Dulce Martínez



Te vi llegar

Rancho Woodhall 1

TE VI LLEGAR

RANCHO WOODHALL 1

Dulce Martínez

ÍNDICE

Tabla de contenido

Índice
TEXTOS LEGALES
1. GABY
2. GABY
3. TREVOR
4. TREVOR
5. GABY
6. TREVOR
7.GABY
8. TREVOR
9. GABY
10. TREVOR
11. GABY
12. TREVOR
13. GABY
14. TREVOR
15. GABY
16. GABY
17. TREVOR
18. GABY
19. TREVOR
20. TREVOR
21. TREVOR
22. GABY
23. TREVOR
24. GABY

25. EPÍLOGO TREVOR
AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

Te vi llegar. Rancho Woodhall 1.

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

1. GABY

Ya estando allí de pie a apenas dos yardas del mostrador y escuchando la verborrea de la mujer de delante maldije mi idea de aparcar frente al Dollar Matt Store a por mi cena en vez de seguir dos calles más y comprarla en el Sally's Cafe. En principio tenía que ser algo rapidito: entrar, pagar y salir. En cambio, llevaba más de cinco minutos escuchando las quejas de la señora Staton sin que hubiera puesto todavía ni una sola cosa de las de su carrito sobre el mostrador y sin que el cajero hubiese dicho nada.

Saqué el teléfono del bolsillo de la cazadora para comprobar la hora y repasé lo que llevaba en la cesta antes de pasear la vista por las estanterías cercanas por si me decidía a meter algo más. Era una tienda pequeña que me recordaba un poco a la que iba cuando vivía con mi abuela en Los Ángeles, aunque con mucha menos variedad de patatillas y refrescos y sin un cajero borde que hiciese desfilar a los clientes sin necesidad de hablar.

En cambio, aquí estaba permitido darle cuerda al tendero de turno sin siquiera comprar nada.

El grito al abrirse la puerta del local me sorprendió y cuando vi que hacía un gesto a la mujer que acababa de entrar para que se acercase no lo dudé y me encaminé con decisión a la zona de los vinos para meter un buen tinto en la cesta. Era lo mínimo que me merecía tras un día tan largo y que parecía que no iba a acabar jamás, porque conocía lo suficiente a la mujer que tenía delante en la cola como para saber que no iba a ser algo rápido.

La señora Staton era una cotilla que no había dudado en presentarse en la consulta con su perro fingiendo que estaba

enfermo cuando se enteró de que Dortmund había elegido a un veterinario con el que compartir su consulta hasta que se jubilase. Y desde que entró y hasta que Robert la echó con mucha mano izquierda no dejó el interrogatorio sobre mí sin importarle demasiado lo que le sucedía a su bulldog inglés.

—¡Menos mal que has entrado, querida! Tengo que ponerte al día porque ni te imaginas *todo* lo que ha pasado por aquí. Y eso que solo has estado fuera dos semanas porque si no…

¿Todo? Ja. Me detengo frente a la estantería de las bebidas por si de casualidad se les ha ocurrido traer mi sabor de cola favorito, pero no tengo éxito. Aun así, me quedo un par de segundos más de los necesarios allí, de espaldas al resto, intentando contener un par de carcajadas tapándome la boca con dos dedos. «Esto es Strokeville, por dios. Aquí no sucede nada. Literalmente».

Sacudí la cabeza con fuerza y mi gruesa trenza oscura me golpeó la espalda en respuesta recordándome que no debía decir nada de esto en alto. Aunque fuera verdad. Al menos en los últimos tres años y pico que llevaba viviendo aquí. Porque más allá de casos de animales enfermos o desaparecidos, de los que estaba al corriente por mi trabajo, y una tontería sobre que encontraron al del taller mecánico pasándolo bien con los pantalones bajados con la esposa del antiguo sheriff al poco de mi mudanza, no había sucedido nada más.

O, al menos, nada que me pareciese de importancia. Así que me costaba horrores imaginar a qué se refería esa mujer con esa expresión.

Al avanzar hacia el mostrador me di cuenta que dos de las tres personas me observaban con severidad y que Nelson, el hijo mayor de los propietarios del negocio me hacía un gesto elocuente intentando controlar una carcajada. *Vaya*. Al parecer no había sido tan buena controlando la risa.

—Me han enviado… —improvisé levantando el teléfono que llevaba en la mano poniéndome tras ellas— algo gracioso.

—Ya —replicó observándome por encima de la montura de sus gafas.

—Si le parece bien, señora Staton, le voy cobrando a nuestra veterinaria y así luego vamos sin prisas.

La otra replicó por lo bajo con un «será lo mejor» sin despegarse de su amiga y yo avancé hasta el joven lo más rápido que pude murmurando un «gracias» entre dientes hasta que llegué a su lado. Esa mujer era la más cotilla del lugar y no era buena cosa indisponerse con ella. Y menos si, como yo, lo que se pretendía era tener una vida aburrida, monótona y, sobre todo, discreta.

Coloqué lo que llevaba en la cesta lo más aprisa que pude ante el chaval ignorando los susurros a mi espalda decidida a no añadir nada más hasta salir de la tienda y con unas ganas tremendas de subirme a la ranchera y no soltar el acelerador hasta llegar a mi casa. Pero cuando Nelson levantó la cabeza, en vez de decirme el precio soltó:

—¿Va a ir al baile del sábado que viene, señorita Winston?

—¿Baile? —repregunté inclinándome hacia atrás incrédula.

—Bueno, en realidad, creo que son más bien unos conciertos en el aparcamiento del Willow Rock —aclaró metiendo mi compra en una bolsa de papel—. Pero yo espero que alguna canción se pueda bailar. ¿Irá?

—¿Va a haber animales o un rodeo?

—Espero que no: es un concierto.

—Entonces no.

Nelson levantó los hombros con indiferencia antes de poner el datáfono ante mí.

—Pues yo sí. Ya le he pedido a una de mi clase para ir juntos y me ha dicho que sí.

Pasé la tarjeta por el aparato con una sonrisa tensa en el rostro. Este era el tipo de conversaciones que siempre eludía.

Extendí el brazo con ganas de atrapar la bolsa y largarme de allí, pero al girarme la señora Staton estaba casi frente a mí.

—El joven tiene razón, Gabriella. Deberías pasarte por el concierto, aunque fuese un rato siquiera. Es lo que se espera de los nuestros cuando vivimos en comunidad, que nos apoyen. A mí me horroriza esa música estruendosa, sinceramente, pero desde luego que tengo pensado asistir. Y tú no te estás integrando en la comunidad. Nunca asistes a ninguno de nuestros eventos con todo el tiempo que llevas viviendo y trabajando en Strokeville. Ya sé que en las ciudades grandes eso da igual, pero aquí no.

Ahí estaba la conversación incómoda. La de la mujer antisocial que rehuía los compromisos sociales. Inspiré hondo contando hasta tres levantando los hombros tan arriba como pude para evitar soltarle que lo que hiciese con mi vida no era asunto suyo. En cambio, mantuve la misma expresión estrujando la bolsa con la mano izquierda.

—Tengo un trabajo con horarios complicados, señora Staton. Sin ir más lejos, el martes llegué a mi casa pasadas las dos de la mañana por el parto de un ternero que no era capaz de salir.

La mujer sacudió la mano en el aire espantando mis palabras como si le pareciese la peor excusa que había escuchado en la última semana. Abrió la boca para replicar algo cuando la puerta del pequeño comercio se abrió de nuevo. El brillo de su mirada me indicó que estaba más interesada en la vecina que acababa de entrar que en mí y aproveché el despiste para largarme de allí sin despedirme siquiera.

No era la primera vez que esa mujer me abordaba recriminándome mi falta de implicación en la comunidad como si se tratase de un crimen. Metí las llaves en el contacto como si se las estuviese clavando a alguien maldiciendo una vez más haber entrado en la tienda en vez de en la cafetería de la otra punta de la calle, hasta que se me escapó una carcajada al recordar algo de nuestra conversación.

No lo había frecuentado mucho, pero desde la primera vez que entré en el Willow Rock resultó evidente que dejaba las cosas muy claras ya solo con el nombre. Lo primero era por el viejo sauce del parque de la esquina y que los vecinos consideraban una institución. Y lo segundo era una declaración de intenciones de lo que ofrecía el local. Una especie de pub con paredes de ladrillo rojo, madera y metal plagado de moteros tatuados, viejos roqueros con tachuelas y rockabillies de la comarca disfrutando de la música rock de los cincuenta, ochenta y noventa, en vez de esa mezcla de country y pop que sonaba en el resto de los negocios. Y me costaba muchísimo imaginar a alguien tan remilgado como Rebecca Staton en un lugar como ese, aunque fuese en el aparcamiento.

2. GABY

Cuando detuve la ranchera en la finca el sol ya comenzaba a bajar así que me apuré. Con un movimiento brusco tiré por la goma del pelo para deshacer la pesada trenza, agarré la bolsa y entré en la casa sacudiendo el cuello hasta que sentí el cabello caer libre por mi espalda y tras guardar la compra abrí la nevera para sacar la botella de vino empezada y servirme una copa.

Hasta que me mudé aquí nunca había vivido en un lugar tan pequeño. Strokeville, situado casi en el centro de Texas, reencarnaba a la perfección la típica ciudad pequeña de las películas de vaqueros de toda la vida. Contaba con una gran calle principal en donde estaban la mayoría de los negocios importantes, una gran comunidad de la que todos se sentían parte y una fuerte industria ganadera que era el motor de la economía de todo el condado. Por lo que sabía su población apenas superaba los 2.000 habitantes, lo que debía ser poco más que un par de manzanas de mi antiguo barrio, y la ciudad grande más cercana era San Antonio, a unas doscientas millas al noroeste, aunque no la conocía mucho. No había ido allí a hacer turismo precisamente.

En cambio, disfrutar de las preciosas vistas de los campos, el río y el lago tiñéndose de colores anaranjados de la puesta de sol con las montañas al fondo con una copa de vino en la mano era uno de mis mayores placeres desde que había alquilado esa especie de cabaña de madera grande a las afueras del pueblo. Casi como un ritual para desconectar después del trabajo y que intentaba practicar tan a menudo como podía.

Sin embargo, apenas me dio tiempo de salir y apoyar la copa en la mesita de la terraza cuando el teléfono vibró en el interior de la vivienda. Con pereza me llevé la bebida a los labios dando un trago largo con los párpados bajados antes de volver a entrar. Me encantaba mi trabajo, era mi pasión, pero las llamadas a esas horas no auguraban nada que no fuese una urgencia y ya llevaba tres en lo que iba de semana.

Descolgué a pesar de que no tenía registrado el número.

—¿Veterinaria Winston? Soy Bill Woodhall, del Rancho Woodhall. —Hablaba despacio, pero no sonaba tranquilo.

—¿Qué ha pasado, Bill? —pregunté ya buscando mi maletín y un jersey. Había tratado lo suficiente con uno de los mandamases del Rancho Woodhall como para saber que se trata de una verdadera urgencia.

—Es Red Smoke. Está tirado de costado en el establo. Tiene toda la pinta de ser un cólico y… ¿Puede venir?

—Intenta ponerlo de pie. Llegaré tan rápido como pueda.

Me puse en marcha nada más colgar. Red Smoke era una antigua leyenda del estado de Texas entre los aficionados al rodeo. Un antiguo caballo de competición de rodeos que lo había ganado todo y que provenía de un gran linaje de campeones y que, ahora que estaba jubilado de las competiciones, servía como semental para las mejores yeguas de la zona.

Un cólico podía ser molesto para algunos animales, pero para los caballos era algo tan grave que podía resultar mortal. Abrí la nevera para prepararme un sándwich de carne con los restos de la cena de ayer y guardar un agua. Si Bill estaba en lo cierto la noche podía ser larga y desde el mediodía no había comido nada. Con la bandolera y el maletín colgado de la mano mi vista se posó en la vieja fotografía de la estantería y le lancé un beso a mi madre y a mi abuela antes de cerrar con llave.

Al llegar al rancho conduje directamente hasta el establo donde se encontraban los picaderos. No era mi primera vez allí. El

Rancho Woodhall era uno de los más importantes de la comarca desde hacía décadas, con sus altos y bajos, pero seguía aguantando. Se dedicaba a la cría de caballos de razas finas y algunos de sus animales se empleaban para doma y rodeo con buenos resultados. Todo eso había tenido gran impacto en la economía de zona y le había valido el reconocimiento tanto de otros del sector como de los vecinos.

Salí de la ranchera apresuradamente y entré en el establo recorriendo cada uno de los lugares destinados a los caballos con la mirada hasta que escuché un ruido al fondo hacia el que corrí. Smoke Red seguía tumbado de medio lado en el suelo gimiendo empapado de sudor y Bill estaba junto a él acariciándole el cuello con la cara contraída.

—Lo he intentado, Gaby, pero, apenas lo he levantado, ha dado unos pasos y se ha vuelto a tumbar.

Asentí colgando el bolso y el maletín de un travesaño con el corazón latiendo acelerado. Eso no era una buena señal. En realidad, era una horrible. Los caballos no acostumbraban a tumbarse de medio lado ya que era una posición antinatural para ellos y en la que quedarían expuestos e indefensos en caso de recibir un ataque. Y mucho menos lo haría uno como Red Smoke, un ejemplar de pelaje cobrizo y fuego en la mirada que todavía conservaba su espíritu salvaje y brioso.

Estiré los hombros con determinación y me aproximé despacio hacia los dos mientras el animal soltaba un par de gemidos más. Me arrodillé frente a su cabeza y le acaricié la testa con suavidad para calmarlo.

—Siento haberla llamado tan tarde, pero es que no tenía a nadie más. Los muchachos estaban trasladando las yeguadas a las tierras del norte para evitar ataques de animales.

—Has hecho bien, Bill —respondí inclinándome hacia el abdomen del animal para escuchar con el estetoscopio—. Nuestro amigo necesita ayuda. Y cuanto antes.

El capataz hizo una mueca apartando un par de mechones grises de su frente antes de agarrar la mano que le tendía para ayudarlo a levantarse y respondió a mi gesto retirándole el ronzal de cuero oscuro de la cabeza susurrándole palabras tranquilizadoras una y otra vez sin que el caballo protestase, acariciándolo al terminar.

—Pensé en ti porque mis sobrinos no están. Han tenido que ir a Austin a una reunión… Y Smoke Red siempre se ha entendido bien contigo.

Le palmee el antebrazo antes de alargar la mano hacia mi maletín. Cuando me había agachado contra su estómago no había escuchado prácticamente nada en sus intestinos, lo cual no era bueno. Y era obvio que estaba deshidratado por lo que tardaba en recuperarse su piel al pellizcarla ligeramente. Aunque tampoco mostraba los peores síntomas, lo cual era un alivio porque me hacía pensar que no era un caso tan crítico como otros que ya había atendido. Y, además, se dejaba atender sin atacarnos o herirse a sí mismo.

Sacando parte del material del maletín comencé a hacerle algunas preguntas a Bill para poder diagnosticarlo lo antes posible que él fue respondiendo con diligencia. No había habido cambios en su alimentación, no estaba haciendo ejercicio cuando comenzó el cólico y por el momento la duración de los cólicos era bastante espaciada. Se notaba que aquel hombre era un profesional en su trabajo y sabía qué era lo que necesitaba saber. Con un poco de suerte no necesitaría cirugía, aunque hubiera preferido atenderlo en la clínica para poder hacerle un escáner, pero ya no podíamos perder más tiempo.

Me puse los guantes para continuar con la exploración mientras el capataz seguía reconfortando al caballo y me ayudó sujetándolo para que pudiese inyectarle el analgésico y el antiinflamatorio antes de suministrarle los fluidos para evitar la deshidratación.

—Ponle de nuevo el ronzal —le indiqué al vaquero, que asintió rascándose la barba con preocupación—, quiero que se mueva y, si es posible, evitar una cirugía.

—Venga, chico, levántate —le pidió Bill tirando suavemente del cuero y sin conseguirlo hasta el tercer intento.

En cuanto Red Smoke se sostuvo en pie me aparté para que pudieran salir hasta el amplio espacio cubierto del establo mientras terminaba de guardar lo que no necesitaba y me aseguraba de tener bolsas de fluidos suficientes o si necesitaba de ir a la clínica a por más cantidad. Tenía dos más, pero recordé que todavía me quedaban algunas en la caja de la ranchera, así que me apuré a salir tras ellos dejando la bandolera y el maletín colgando de un gancho.

Me detuve a sacudir los restos de tierra húmeda y paja que se me habían pegado en la camisa y el pantalón de tela para ver a Bill caminando pausadamente con el animal a unas yardas con su ropa de trabajo que estaba igual de manchada que la mía. Frotando las manos contra las perneras los alcancé y me puse a caminar con ellos en círculos en el amplio interior que usaban para el entrenamiento de algunos de sus mejores ejemplares.

Me quedaría allí un rato más para asegurarme de que Red Smoke mejoraba lo suficiente como para poder darle instrucciones al capataz e irme tranquila a mi casa sabiendo que no necesitaría la cirugía y que bastaría con que me pasase a visitarlo al día siguiente para comprobar su evolución.

El tiempo trascurría de manera monótona y yo perdí la cuenta del número de vueltas que llevábamos a nuestro circuito cuando a Bill le sonó el teléfono. El caballo metió un ligero respingo y yo extendí la mano para coger el ronzal y seguir con nuestra tarea sin poner más nervioso al animal.

Cuando nos lo encontramos en la parte larga del recorrido, las arrugas de su frente eran más que patentes y en cuanto le hice un gesto se pasó la mano por la nuca con incomodidad.

—¿Quieres seguir llevándolo tú? —pregunté y se detuvo un instante para observarme —. ¿Va todo bien?

—Era John, uno de nuestros muchachos —asentí reanudando la marcha. Lo conocía de mis anteriores visitas al rancho. Debía tener la edad de sus sobrinos y parecía contar con la confianza total de los Woodhall ya que en muchas ocasiones hacía las veces de capataz—. Al parecer están teniendo algunos problemas en esas tierras. No le he entendido bien si es que hay algún animal salvaje por la zona, pero no son capaces de contactar con la otra cuadrilla y necesitan que le acerque el jeep con…

—Pues vete —lo interrumpí adelantándome a lo que tanto le estaba costando pedirme—, que ya es casi de noche y pronto no habrá nada de luz. Yo me quedaré con Smoke Red.

—¿Seguro que no te importa?

Claro que me importaba.

Me había levantado a las seis de la mañana después de dormir cuatro horas y había tenido un día cargado de trabajo hasta reventar. Lo único que quería era tirarme en cama y dormir una semana, mínimo. Pero Bill Woodhall también tenía aspecto de necesitar el mismo tratamiento de sueño que yo, me debía llevar unos treinta años, y allí seguía trabajando pese a que debía haberse acostado hacía un buen rato.

Y lo conocía lo suficiente como para saber que no me lo pediría si no fuese completamente necesario.

—Le voy a pasar una factura a tus sobrinos que los voy a dejar tiesos —respondí burlona sacándole una sonrisa y me palmeó con fuerza el hombro con su manaza antes de irse llevándose la mano a la frente.

Seguí caminando con el animal y solo me detuve un par de veces para regresar a su cuadra para cambiar la bolsa de suero. Iba bien, pero todavía estaba deshidratado y era muy importante que dejase de estarlo para sacarlo del peligro cuanto antes. A la tercera vez que se acabó estaba cansada de dar vueltas en redondo y me

molestaban los pies, pero no podía parar por el momento. Al rebuscar en el maletín me di cuenta de que ya no me quedaban más bolsas de fluidos así que abrí el bolso para sacar las llaves de la ranchera. No me di cuenta del hambre que tenía hasta que no vi la cena dentro del táper y sentí un rugido en la tripa.

Me colgué el bolso como pude y salí del establo engullendo una parte del bocadillo que había llevado con Smoke Red siguiéndome los talones. Era noche cerrada y, aunque no llevaba el reloj, calculé que serían sobre las dos de la madrugada. Había refrescado y no se escuchaba nada más que el viento y nuestros pasos sobre la tierra seca. Rodeamos el establo hasta llegar a mi coche y rebusqué en una caja estanca en donde acostumbraba a llevar medicamentos y otros materiales que podía necesitar en los desplazamientos a las granjas y ranchos más apartados hasta que di con las bolsas de fluidos y metí tres en la bandolera.

—Vamos, amigo, que aún nos queda mucha noche —le susurré pellizcando con cuidado la piel del lomo. Todavía se quedó de punta, pero ya menos que antes y eso significaba que estaba mejorando. Era pronto para asegurarlo, pero si seguía así todo quedaría en un susto sin consecuencias.

Tiré del ronzal para regresar al establo y apenas di dos pasos recordé que no había cerrado el coche. Era una tontería, pero aun así me volví para hacerlo tropezando con el caballo. Smoke Red relinchó en voz baja cerca de mi cabeza y llevé la mano a su quijada para acariciarlo tranquilizándolo con la vista perdida más allá de sus ancas.

A unas treinta yardas de distancia me habían parecido ver una luz que, tras unos segundos, volvió a aparecer. Me quedé muy quieta observando con la mano sobre el lomo del caballo. La luz parecía provenir de un teléfono o una linterna que sujetaba una persona iluminando a otros dos hombres ante la puerta de una construcción similar al establo, pero de menor tamaño y pintada de un color claro en la que nunca había estado. Eso significaba que no

se usaba para guardar a los animales, porque conocía todos los establos de aquel lugar.

La luz se movió de manera brusca y vi algo que centelleaba en las manos de uno de ellos mientras que el que estaba a la izquierda de la luz golpeaba con saña en la cabeza al otro un par de veces empujándolo contra la puerta del almacén o depósito o lo que fuera eso.

Estaba claro que algo no iba bien ahí. Bill había repetido varias veces que habían necesitado usar a todos los trabajadores disponibles para guiar las yeguadas al norte mientras que otros arreglaban las tierras del oeste. Y además era tardísimo. Nadie tenía que estar por allí de madrugada. Sin darme cuenta bajé la mano libre y rebusqué en la bandolera hasta dar con el móvil para pedir ayuda, pero el coceo nervioso del caballo me sacó de mi trance.

Dirigí un par de vistazos más al almacén dudando antes de bajar el móvil y tirarlo al fondo del bolso con una idea clara en la cabeza antes de girarme y tirar del ronzal en dirección al establo.

—Vámonos —susurré más para mí que para él—. Nada de volver a meterte donde nadie te llama. Y menos cuando ni siquiera sabes lo que está pasando allí. Calladita estás más guapa.

Al llegar a la esquina del establo eché una última ojeada en esa dirección antes de sacudir la cabeza con fuerza para librarme de esos pensamientos. A lo mejor no era yo y sí la señora Staton la que llevaba la razón y tras tres años viviendo en la inopia resultaba que en Strokeville sí que sucedían cosas, porque eso que acababa de ver tenía pinta de *algo*.

Aunque… tampoco podía estar segura. Ese algo podían ser muchas cosas y ninguna de ellas importantes. Ni siquiera había llegado a distinguir sus rostros como para no estar segura de que fuesen trabajadores yendo a dejar o llevarse material para el día siguiente.

O quizá fuese un *algo* en lo que no me tuviese que meter.

No había escuchado nada en el centro o en mis visitas a los otros ranchos, pero el veterinario Dortmund me había contado hacía tiempo que, en la anterior ciudad en la que había trabajado antes de asentarse definitivamente en Strokeville, había numerosos rumores de que uno de los ranchos que atendía estaba metido en asuntos turbios relacionados con delincuentes y algo así podía estar sucediendo allí perfectamente.

Así que, fuera lo que fuese, más me valía tener la boquita cerrada.

3. TREVOR

La semana estaba siendo frustrante, por no decir algo peor. Los tres días de reuniones en Austin no habían servido para nada más que para perder el tiempo. No habíamos podido cerrar ningún acuerdo ni estábamos más cerca de hacerlo que antes de irnos, aunque mi hermano pequeño se había quedado por cabezota, porque creía que todavía podía conseguir algo.

A cambio, en el rancho las cosas no habían ido mucho mejor: vallas destrozadas en distintos puntos de la finca, un par de encuentros con varios animales salvajes, algunos trabajadores descontentos y ni Jarrad ni yo estábamos allí para lidiar con ello. Y otra vez el bueno del tío Bill teniendo que sacarnos del apuro.

Al menos mi visita de esta mañana sí había salido conforme a lo esperado, aunque tampoco estaba entusiasmado. Si hubiera dependido de mí, hubiese preferido cerrar cualquiera de los acuerdos con los jefazos de Austin que este. Apuré el paso saludando a los vecinos con los que me cruzaba por la calle principal cuando maldije al escuchar el sonido del teléfono esperando que John Buttler no me fuese a dejar plantado.

Jarrad: ¿Cómo ha ido con el viejo? Cuando acabe con las estrellitas del rodeo te llamo.

Yo: Está hecho. Hablamos cuando llegues.

Jarrad: ¿Seguro? El viejo Stover es duro de pelar.

Yo: Que sí. Ha dicho que prefiere prenderle fuego a la granja con él dentro antes de que se la queden los Thompson.

Bufé cuando vi que estaba escribiendo, pero no me detuve a esperar su mensaje. Mi hermano podía ser el mejor, pero también podía ser un pesado. Y con lo poco que había dormido en un motel cutre a mitad de camino no me veía con ánimos de aguantarlo sin acabar discutiendo porque, en el fondo, teníamos un carácter muy parecido. El móvil sonó en el bolsillo del vaquero, pero lo ignoré empujando la puerta de cristal del Sally's Café con más ímpetu del necesario.

No era mi local favorito de Strokeville, pero John siempre insistía en ir allí así que ya me había acostumbrado. A pesar de las cristaleras frontales, era demasiado oscuro para un sitio de desayunos y comidas, con las paredes pintadas de un amarillo apagado, las mesas alargadas lacadas de negro y los adornos metálicos. Y las escasas lámparas apenas lograban alegrar todo aquello. A cambio, la comida era buena y los precios baratos, así que solía estar lleno de vecinos.

Eché un vistazo rápido en derredor solo para descubrir que no me esperaba en la zona de las mesas a pesar de que llegaba cinco minutos tarde y saqué el teléfono de nuevo para comprobar que el mensaje no fuera suyo. Era de Jarrad, así que lo empujé al fondo del bolsillo sin sacarlo siquiera. Di un par de pasos echando un vistazo cuando me llamaron de una de las mesas del fondo y me acerqué a saludar a Greg Jameson, uno de los propietarios de un rancho vecino y su capataz, que estaban almorzando con otros dos hombres a los que no conocía.

—¿Cómo va todo, Woodhall? ¿Qué tal por la ciudad? ¿Te sientas con nosotros?

—Para otra vez será —negué apoyando la mano en su hombro—. He quedado con John para comer.

Al parecer, había corrido la voz de nuestra escapada a Austin, pero ignoré sus insinuaciones. No me gustaba hablar de nuestros negocios, y menos delante de desconocidos. Estaba pensando en una excusa para alejarme o salir del local cuando un ruido a mis

espaldas seguido de unas sonoras carcajadas llamó la atención de medio local y una sonrisa vino a mi rostro de inmediato.

En un par de zancadas rápidas me aproximé a la barra a la izquierda del local con dos ideas claras en la cabeza. Yendo hacia la cafetera la camarera divertida me guiñó un ojo mientras que la otra continuaba carcajeándose sobre su banqueta con una taza rota a su lado.

—¿Qué tal va todo por aquí, chicas?

La sonrisa se le cuajó la cara poniendo los ojos en blanco hacia mí a la vez que se volvía.

—Estupendamente, Woodhall —respondió Vera Stanway antes de darme la espalda con descaro. La cosa no empezaba bien, aunque con esa rubia de armas tomar nunca se sabía. Mejor empezaba por la de la izquierda. Con dos pasos me puse a su costado y vi que me miraba de reojo mientras le pegaba un buen mordisco a su hamburguesa.

—Quería hablar contigo. Me he pasado por la clínica, pero estaba cerrada.

Tragó con apuro el bocado pasándose la servilleta por la boca.

—¿Ha pasado algo con la yeguada? ¿O es que tu chico ha empeorado?

Gaby Winston era lo mejor que nos había pasado en Strokeville desde que había llegado. Y no solo porque fuese preciosa, con su piel olivácea, su melena del color del chocolate a juego con sus grandes ojos negros y esas pequitas que le adornaban la nariz en cuanto comenzaba la primavera y que me moría por acariciar. Me apresuré a negar y arrugó el entrecejo dejándose caer de nuevo en la banqueta esperando a que continuara.

—Quería darte las gracias por lo de ayer.

—¡Ah! —Elevó los hombros con desinterés agarrando una patata—. Era lo que tocaba.

Me lamí el colmillo sacudiendo la cabeza porque los dos sabíamos que no era cierto. Había hecho mucho más que eso. Era una gran profesional muy comprometida con su trabajo y que se hubiese quedado toda la noche con Red Smoke en el establo lo demostraba.

—He tratado con muchos veterinarios y ninguno se hubiese pasado casi doce horas con un caballo. Dormund, tu antecesor, tampoco. Y Red Smoke es muy importante para nosotros.

—Es mi trabajo— insistió con seriedad.

Iba a responderle que había hecho mucho más que su trabajo cuando se abrió la puerta del local y me volví. Era mi amigo John Buttler con la cara sofocada y el cabello castaño pegado a la frente. Con un gesto de la cabeza señalé el fondo del local y él levantó el pulgar yendo hacia allí. Al girarme ella ya no me prestaba atención, envolviendo el resto de la comida en el papel como si se la fuese a llevar para continuar comiendo en otro lado y apreté los dientes.

El único problema con Gaby, además de que no me hacía ni caso, era que apenas se relacionaba con nadie fuera del trabajo. Algunos del pueblo decían que era tímida, pero yo estaba convencido de lo contrario. La había visto tratar con mis hombres más de una vez y discutir con ellos de tú a tú hasta imponerse si no la hacían caso.

—¿Te vas?

—He quedado a las tres en el rancho de los Thompson y todavía tengo que visitar un par de granjas más antes de eso. Te pasaré la factura antes de acabar la semana.

Contuve un jadeo asintiendo con fuerza y otro mechón rebelde cayó sobre mis ojos. El tío tenía razón cuando decía que parecía un hippie con estos pelos, aunque no pensaba cortarlos. Me despedí y me giré para acercarme de nuevo hacia la rubia que seguía riéndose de manera escandalosa con la nueva camarera del Sally’s.

—¿Qué tal te va como contable, Vera? He escuchado en la ferretería que están muy contentos contigo.

Elevó las cejas con sorpresa y se llevó el refresco a la boca sopesándome.

—Bien —dio un trago—, soy muy buena, ¿sabes?

—Eso he oído. Por eso quería preguntarte si también podrías ayudarnos con las cuentas del rancho.

—Cobro mucho.

—Eso no es problema. —Abrió la boca con el labio arrugado y me adelanté antes de que soltase cualquier barbaridad. —. Necesitamos ayuda de la mejor y estamos dispuestos a pagar lo que pidas. Tú piénsatelo, ¿vale?

La vi refunfuñar por lo bajo antes de alejarme hacia mi amigo, que se había puesto en la zona más vacía del local. Me quité la cazadora colgándola de la silla y me remangué la camisa de franela esperando a que colgase la llamada. Conocía a John de toda la vida, desde que, de críos, nos hicimos amigos en el colegio, y era una de las personas en la que más confiaba.

Era él quien me había avisado de los problemas que habían tenido en el rancho en los últimos dos días de manera mucho más detallada de lo que lo había hecho mi tío, que siempre intentaba ahorrarnos los problemas. Al parecer, algo o alguien se había cargado varios tramos de nuestras vallas y algunos animales salvajes se habían colado en nuestras propiedades por allí.

—¿Qué tal por Austin?

—Igual de mal que por aquí. Ahora cuéntame qué es lo que ha pasado y no te dejes nada.

4. TREVOR

La comida con John tampoco había servido para mucho, más allá de pasar un buen rato juntos y ver cómo intentaba ligar con poco éxito con una de las camareras. En realidad, no añadió mucho más que lo que ya me había adelantado el día anterior en un audio. Al parecer, varios tramos de las vallas de la zona norte y noreste de la finca habían sufrido daños. Se había dado cuenta uno de nuestros empleados mientras la cuadrilla desplazaba la yeguada, y eso les había complicado la jornada.

Se habían encontrado con más de ochenta yardas de valla tumbada en la zona próxima al río y otros tramos con desperfectos no tan graves que hubo que arreglar de inmediato. Lo que más me molestaba no era eso, si no que partes de esas vallas dañadas habían sido sustituidas hacía poco tiempo y no era normal ese estado de deterioro en esos meses.

No había encontrado marcas de animales salvajes ni de nuestros propios caballos, aunque no podía descartarlo como el origen, pero me inclinaba más por creer que se debía a un trabajo deficiente de alguno de los muchachos, lo que me mosqueaba bastante. Pagábamos bien, mejor que la mayoría de los ranchos de los condados vecinos, y siempre respetando todas las normas. Por eso no podía entender que alguien hubiese sido tan descuidado con todo lo que nos jugábamos.

Me pasé el antebrazo por la frente con frustración antes de dar media vuelta con el todoterreno para regresar a nuestra casa pensando en qué hacer a continuación. Había perdido la mitad de la tarde asegurándome de que el resto del vallado estaba en perfectas

condiciones y de que las reparaciones del día anterior estuviesen bien.

Solo por si acaso.

Además, tampoco me apetecía demasiado encerrarme en el despacho y cualquier otra tarea me parecía mucho mejor que enterrarme entre aquella marea de papeles que no paraba de crecer y que no sabía manejar. Mejor dicho: que no *sabíamos* manejar.

Los Woodhall éramos hombres de campo. De acción. Lo que se nos daba bien eran los caballos y no estar frente al ordenador moviendo papelitos a los lados. Tal y como había demostrado mi abuelo cuando montó el rancho y como después continuó mi padre con la ayuda del tío Bill. Ninguno de ellos era bueno con los números, pero sabían perfectamente todo lo necesario sobre los caballos. Y eso mismo nos pasaba a Jarrad y a mí. Éramos los mejores de la zona seleccionando los caballos de cría, pero el papeleo nos daba alergia. Aunque ahora que nuestro padre ya no estaba no nos quedaba otra que asumir todas las obligaciones que conllevaba. Incluso las que no nos gustaban para nada.

Me dejé caer en la silla de escritorio con un resoplido que movió varios papeles además de la especie de flequillo que me caía por la frente. Mi vista se desplazó lentamente por la montaña desordenada de papeles, carpetas, facturas y ficheros que se acumulaban tanto sobre el escritorio de madera como en varias de las sillas pegadas a la pared y de solo pensar en todo el trabajo que eso suponía sentí una punzada en el cráneo.

Lamentablemente, tener el mejor olfato para criar y seleccionar ejemplares brillantes para que participasen en el rodeo, la doma o a los mejores vaqueros de los condados no era suficiente. Ni mucho menos. Y eso nos había quedado muy claro a mi hermano y a mí desde la primera reunión en Austin. Al parecer, también había que saber de números. Y mucho. Y ese nunca había sido nuestro fuerte. El problema era que, en esos términos, llevar un rancho de treinta mil hectáreas se parecía mucho más a dirigir un negocio

cualquiera que a ser un auténtico ranchero. Y eso era lo único que nos importaba realmente a la familia.

—¿Has hablado con tu hermano, hijo? —preguntó mi tía Rita desde el pasillo frotando las manos en el mandil y sacudí la cabeza negando.

—He estado cerca de las montañas.

Mi tía sonrió a su vez dando un paso hacia el despacho. En las tierras del norte, en la parte más próxima a las montañas, no era raro que fallase la cobertura. Especialmente cuando amenazaba tormenta.

— Dice que llegará tarde, probablemente de madrugada. Sonaba cabreado. ¿No os han ido bien las cosas, Trev?

Elevé los hombros con desinterés para no preocuparla y me subí la manga de la camisa de cuadros hasta el codo de un tirón seco. Tampoco es que hubiese motivo. Los de la ciudad podían decir lo que quisieran, pero el Rancho Woodhall daba sus frutos. Podíamos no tener muy claras nuestras cuentas, pero a final de mes había dinero suficiente en la cuenta para mantener las instalaciones y a la familia después de pagar a todos los empleados y proveedores. Y eso era algo que no podían decir muchos de los negocios ganaderos de la zona.

—Regular, más bien. Nos han preguntados por los números y… —moví el brazo a lo largo abarcando el desorden ante mí y a la tía se le escapó una risita antes de taparse la boca con la mano—. Ya sabes.

La tía asintió poniendo una mueca frotándose las manos con nerviosismo porque nos conocía a todos de sobra. Llevába más años que yo formando parte de esta familia.

—¿Entonces no vais a poder conseguir ningún contrato para la liga profesional de rodeo para la próxima temporada?

—Al parecer, si no aprendemos a gestionar todo esto de la manera que quieren esos tiburones, no.

—Pues Dios nos pille confesados —replicó pasando las manos por su pelo entrecano—, porque esto está así desde que erais unos niños. La cena estará lista en media hora. Deberías pedir ayuda a alguien con esto de las cuentas. Seguro que alguien sabe llevarlas sin cobrar demasiado. Sé que no os gusta que metan las narices en el rancho, Trev, pero igual no hay más remedio. Si quieres le puedo preguntar a la señora…

—No hace falta, tía —la interrumpí—. Ya he hablado con alguien que sabe de eso y es de fiar.

Dio dos aplausos desde el pasillo como si con eso quedase todo zanjado antes de dejarme solo y, sin saber qué hacer, ojeé una de las pilas de papeles que tenía delante. Allí había un taco de facturas que tenían más de tres meses sin anotar ni archivar. Tenía que convencer como fuera a Vera Stanway de que nos ayudase con ese problema.

Ya vería cómo convencía a mi hermano. Seguramente se cabrearía, porque se llevaban fatal desde hacía mil años, pero eso me daba igual. Lo primero era el rancho y no una chiquillada de la que ya nadie se acordaba. Además, no tenía ni por qué tratar con ella. Según me había dicho el de la ferretería, Vera se pasaba por allí para recoger las facturas y poco más. El resto del trabajo lo hacía desde su casa, lo que resultaba ideal en nuestro caso.

El tío Bill o yo podíamos acercarle las facturas hasta el centro de Strokeville para que ni tuviera que pasarse por el rancho. Y, aunque lo hiciese, Jarrad debía llevar más de medio año sin entrar en «la cueva», como denominaba él al despacho. Y si coincidían, ¿qué? Los dos tenían casi treinta años. Si se querían pegar cuatro gritos, que lo hiciesen. Y, si no, que aprendiesen a ignorarse las cuatro veces que se cruzasen.

Seguro que en cuanto cerrásemos el primer contrato con los peces gordos del rodeo profesional a Jarrad se le olvidaba todo.

Asentí con ganas como para darme fuerzas y reparé en el papel que tenía en la mano antes de soltarlo. Una factura de la ferretería de hacía más de seis meses que tendría que estar más que

registrada y archivada. Y allí la estaba, tirada ante mis narices. Normal que los inversores no confiasen en nosotros para invertir una enorme cantidad de dinero para conseguir lo que queríamos convertir en nuestra principal fuente de negocio: el rodeo profesional. Estábamos demostrando que no éramos capaces de llevarlo como se requería en las grandes ligas.

Detuve el dedo encima del botón de encendido de la torre del ordenador bajo la mesa del escritorio y tamborileé sobre la superficie plástica durante un par de segundos antes de levantarme para salir disparado de allí. Era verdad que había que arreglar todo aquel desastre, pero también lo era que no quedaban más de veinte minutos para la cena.

Si todo había aguantado en ese estado durante tanto tiempo, bien podía hacerlo un par de días más. Así que hice lo de siempre. Lo que llevaba haciendo desde que era un crío y quería escapar y evadirme de cualquier responsabilidad que no sabía manejar. Lo que hacíamos todos los Woodhall en esa casa cada vez que estábamos nerviosos o nos costaba pensar con claridad.

Largarme a toda prisa hasta los establos para poder relajarme cuidando de los caballos.

5. GABY

Pulsé el botón de bajar el volumen para silenciar la llamada y me concentré en ignorarla con la vista puesta en la pantalla del ordenador mientras intentaba actualizar un informe. Los últimos días habían sido mucho más tranquilos que los anteriores. Nada de llamadas a horas intempestivas que requirieran pasar media noche en una granja a más de treinta millas de mi casa ni todo un día fuera de la clínica.

A cambio, una de las clientes más pesadas que había heredado de Dortmund había regresado a la carga tras pasar una larga temporada con su hija. Resoplé intentado concentrarme en el informe de vacunas que tenía delante contrastando con cuidado los datos de los papeles a mi izquierda. Se trataba de documentación muy importante que justificaba ante las autoridades que los animales estaban debidamente vacunados y sanos conforme a la normativa, así que era muy importante no cometer ningún tipo de error que perjudicaría a los vaqueros. Especialmente cuando realizaba tareas tan aburridas y monótonas como esa.

Además, lo de la señora Grass no era tan raro. Desde mi primer trabajo en prácticas me había encontrado con más de un caso de persona hipocondríaca con la salud de su mascota y que se preocupaba con cada estornudo o cojera, por muy liviana que fuera. Aunque esta vez la ancianita se estaba pasando con las llamadas. Once en dos días y medio. Y a su chihuahua no le pasaba nada.

Sabía que la mujer no se fiaba plenamente de mí. No era la única. La culpa la tenía, en parte, mi edad. Nadie lo había señalado expresamente, al menos no en mi cara, pero sabía que lo pensaban.

Al parecer, treinta y dos años no eran los suficientes para hacerse cargo de una clínica de una ciudad pequeña a la que tampoco le habían sobrado los candidatos, precisamente.

Mi antecesor me había comentado que solo había recibido un par de solicitudes más y todas ellas de personas con menos experiencia que yo. Y, aun así, me había enfrentado más de una vez a esas miradas cargadas de críticas y dudas cuando mi diagnóstico no coincidía con lo que suponían antes de llamarme.

Tampoco es que me importara demasiado. Me molestaba, claro. Pero no hacía mella en mi propia estima. Era buena en mi trabajo, lo sabía y lo había demostrado cada maldito día desde que había llegado a Strokeville. Y más de un vaquero y un granjero me habían dado muestras de aprecio a lo largo de esos tres años.

«Y, aun así, sabes de sobra que ese no es el problema»

Gruñí por lo bajo echando el pesado cabello tras la espalda antes de tirarme contra el respaldo de la silla. Claro que lo sabía. Como sabía que era buena en mi trabajo. Como para no serlo, si no hacía nada más que eso con mi vida.

Cuando el teléfono volvió a sonar con el nombre de la señora Grass escrito en la pantalla me incorporé y apagué el monitor con rabia. Estaba claro que no tenía un buen día, pero es que en ese momento estaba hasta las narices de llevar toda la mañana encerrada entre esas cuatro paredes y que la conversación más interesante desde el miércoles y que no tratase sobre los animales que trataba hubiera sido sobre el tiempo.

Harta abrí el cajón inferior del escritorio sacando la comida que había comprado a primera hora en el Sally’s junto con el café del desayuno y la planté a la derecha del teclado, pero sin llegar a sentarme de nuevo. En vez de eso, guardé el teléfono en la bandolera, me puse el cortaviento y salí de la consulta con la bolsa de comida en la mano.

Podía no tener mucha vida social. Tampoco es que fuese la persona más popular del mundo en mi anterior vida ni que me

arrepintiese de mi decisión, pero no había nada que me obligase a vivir enclaustrada. Podía no tratar con nadie, pero al menos podía disfrutar del cálido sol de abril de Texas.

Iba tan cerca que ni me molesté en buscar el coche. En realidad, un pequeño paseo me podía ayudar a liberar esa tensión a punto de estallar dentro de mí. Llevaba un par de semanas sopesando ir a la ciudad. Tampoco sería la primera vez que lo hacía. Mezclarme entre el resto de los habitantes de San Antonio, tomar una copa en algún pub de moda de manera anónima y desfogar durante un par de horas con un absoluto desconocido al que no volvería a ver más. Liberador. Fácil. Tentador.

Todavía rumiaba en ese asunto cuando llegué a mi destino. Yo lo llamaba «el parque», pero más bien era un banquito de madera a un lado de un camino poco transitado que lindaba con una granja cercana. No había un gran paisaje de fondo ni un árbol que diera sombra. A cambio, tampoco vecinos pesados que se empeñasen en hacerme sentir parte de la comunidad. Y allí también podía sentir el sol acariciándome la nariz.

Cerré los ojos e inspiré lentamente con la bolsa sobre las rodillas intentando que aquella calma entrase en mí antes de comenzar a comer.

Tampoco es que la paz durase mucho.

—Sabes que hay un parque de verdad a dos cuadras de tu clínica, ¿verdad?

Claro que lo sabía. Y por eso venía a *mi* parque. Para evitar encontrarme con vecinos, aunque esta vez no hubiera funcionado. No abrí los ojos de nuevo hasta que sentí la madera del banco ceder ligeramente.

—¿Qué es lo que…?

Ni terminé la frase. Vera Stanway me observaba con una sonrisa entre curiosa y burlona colocando el bolso sobre sus piernas antes de abrirlo.

—Yo también tengo hambre —señaló sacando una bolsa similar a la mía de su interior—. Pensaba que me iba a tocar comer sola, así que salimos ganando las dos.

Me guiñó el ojo con su habitual descaro y continuó parloteando un rato mientras se peleaba con el papel que recubría su burrito hasta que me lo ofreció con un gesto para luego meterle un buen bocado. Me llevé mi bocadillo vegetal a la boca imitándola sin sacarle la vista de encima intentando averiguar qué hacía allí.

No nos conocíamos demasiado. Apenas había intercambiado un par de frases de compromiso con ella hasta ese momento, exactamente igual que con cualquier otro convecino que no tuviese mascotas o animales a cargo.

Pero Vera Stanway era la típica persona que hacía imposible no fijarse en ella. Era despampanante. Con ese cabello rubio claro cortado al ras de la mandíbula, los ojos azules grandes y cristalinos, un cuerpo atlético que debía rondar el metro setenta y cinco y una seguridad en sí misma que podría hacer temblar a cualquiera, estaba más cerca de parecer una actriz de cine famosa que a una simple contable de un sitio en medio de la nada de Texas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entre mordisco y mordisco en un tono un tanto seco. Ella sonrió con burla girando su burrito ante mis narices.

—¿Tú qué crees? Para lo lista que dicen que eres, no estás teniendo tu mejor día.

Se me escapó una risa sin querer y su sonrisa de suficiencia se amplió. Me caía bien. Todo lo bien que te podía caer una persona a la que apenas conocías, pero la había escuchado despotricar con la camarera con mechones de colores del Sally’s en cientos de ocasiones, además de pararle los pies a cualquiera que intentase aprovecharse de su amiga mientras trabajaba, con lo que me había ganado, porque yo hubiera hecho lo mismo.

Y era la primera vez que me abordaba directamente. O a solas.

Arrugué el ceño en el mismo momento en que una vieja alarma resonó en el interior de mi mente. Sonaba demasiado fuerte como para poder ignorarla. Así que se lo repetí:

—¿Qué haces *aquí*?

Nos rodeé a las dos y al banco en un gesto de lo más obvio, pero que no tuvo ningún efecto. Ni se achantó. Dio de hombros con indiferencia sosteniéndome la mirada. Se llevó una patata a la boca con aburrimiento y una ligera línea se dibujó en su frente.

—Vale —soltó de golpe limpiándose las manos contra los vaqueros desgastados—. Si no te sirve con la versión corta… Le llevo las cuentas a estos… —se detuvo y señaló con la coronilla la granja a nuestra espalda— desde hace medio año. Los padres son legales, pero el hijo es un salido que intenta aprovechar cada oportunidad. Así que prefiero comer sola en el coche, que es ese de ahí —indicó señalando un coche medio destartalado estacionado al principio de la calle—, en vez de tener que soportar sus intentos de meterme mano o soltarme alguna babosada. ¿Y tú? ¿Por qué vienes *aquí*?

Detuve el bocadillo a medio camino de la boca con la sangre fluyendo acelerada por las venas.

—Llevaba toda la mañana encerrada en mi despacho. Aquí, al menos, me da el sol. —Sacudí la cabeza apartándome un mechón oscuro de los ojos y las palabras se escurrieron por mi boca—. ¿Y no le has dicho nada a ese tipo?

Negó poniendo una mueca mientras masticaba. Incrédula la observé con más detenimiento. Desde que era una niña siempre me había costado muchísimo no hacer frente a lo que me pareciese una injusticia. Era algo que me había metido en más de un lío desde el colegio. Algo que me había traído más de un disgusto y que me costaba mucho refrenar. Y uno de mis rasgos de los que más orgullosa se había sentido mi abuela.

Había observado más de una vez a Vera en la cafetería parándole los pies a clientes que intentaban propasarse con la

camarera de turno casi sin despeinarse. Me chocaba mucho que huyese cuando algo así le sucedía a ella.

—¿Qué? —preguntó chocando su rodilla con la mía— ¿Lo sueltas de una vez?

Carraspeé deseando haberme quedado en el despacho en vez de tener que estar allí mordiéndome la lengua.

—No es asunto mío —dije forzando una sonrisa—. Solo me ha sorprendido. Por cómo te he visto en el Sally's pensaba que eras una de esas personas que no se callaban nada.

—Y lo soy. Tengo principios —respondió girándose hacia mí—. Y me hubiera encantado ponerlo en su sitio, no te creas. Pero los principios no se comen, así que...

—Perdona, pensaba que te iba bien el negocio. Que te sobraban los clientes. No es que estuviese poniendo oreja, pero el otro día te escuché hablando con Trevor Woodhall y…

Riéndose con desparpajo me clavó un par de veces el codo en las costillas como si de repente hubiese contado el mejor chiste del mundo, con el pelo rubio cayendo desordenado por su cara.

—Ya te digo. Le cerré bien la boca a ese vaquero… Según Anitta, me tuvo que escuchar medio local. —Arrugó el ceño un instante agarrando el resto del burrito con saña—. Que les den a esos Woodhall.

Asentí pasándome una servilleta por los labios sin ganas de añadir nada más. Hacía tanto tiempo que no intimaba con alguien que ya no estaba acostumbrada a ese tipo de contacto. Y Vera era demasiado franca, demasiado abierta. El tipo de persona con el que me resultaría sencillo encajar. O confiar.

En definitiva, lo que había intentado evitar.

Giré la cabeza con brusquedad clavando la mirada en la vivienda de enfrente esforzándome en devorar lo que me quedaba lo antes posible.

—¿No vas a preguntar nada más?

Negué con firmeza sin moverme.

—Mejor que no. No suelo hablar de esos temas con personas a las que apenas conozco.

Se pasó el dorso de la mano por la boca para después frotarlo contra la pernera con ganas.

—Pues eso se arregla fácilmente —respondió burlona clavando sus ojos cristalinos en mí—. El sábado a las cinco he quedado en el Sally's con dos amigas para tomar algo antes de que empiece el concierto en el Willow Rock Bar.

Tragué con esfuerzo sintiendo que las patatas se habían convertido en chinchetas para luego dar un prolongado trago de agua para ganar tiempo.

—No te emociones tanto, veterinaria Winston. Solo van a ser un par de copas, reírnos de cuatro tonterías y, como mucho, que varios vaqueros borrachos te pisen los pies. ¿Qué me dices? —preguntó extendiendo la mano con firmeza.

Respiré hondo y lo consideré durante unos segundos. No tenía ni idea de qué responder. Lo obvio era un rotundo «no» y esperar a que se largase y me dejase sola de nuevo en el maldito banco. Su sonrisa se amplió de una manera deslumbrante moviendo la mano como si me estuviese saludando.

—Venga, Gabby. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? —preguntó sarcástica—. ¿Aburrirte en compañía? ¿Que te pille por banda la bibliotecaria para hacerte de su aburrido club de lectura? Puede que esto no sea Los Ángeles, pero hasta te lo puedes pasar medio bien.

«Dile que no». Apreté los labios alternando la vista entre sus ojos y la punta de sus dedos. No entendía por qué estaba dudando tanto. La respuesta era muy sencilla.

No.

Aunque quizá no lo fuese tanto. Al fin y al cabo, ese era el motivo por el que me había recluido a comer en «el parque»

huyendo de la soledad de mi despacho. Llevaba una semana espantosa cargada de trabajo y de más trabajo. Sola, como siempre. Tanto que había vuelto a barajar la posibilidad de escapar a la ciudad para poder alternar con desconocidos para poder liberar la cabeza y el cuerpo.

No es que fuese la persona más sociable del mundo. Nunca lo había sido. Pero tampoco era un eremita. Y en los momentos de más estrés no podía evitar echar de menos tener un poco más de contacto social.

«Por favor, si esta ha sido la conversación más larga que he tenido fuera del trabajo en meses». Sentí un hormigueo extraño en la base de la nuca que decidí ignorar, al igual que a la señal de alarma que no había dejado de sonar desde que la rubia se había adueñado de *mi* banco.

Me gruñí a mí misma por dentro. «No va a pasar nada». Era un plan sencillo y sin complicaciones. Estar al aire libre junto con la mitad del pueblo escuchando rock malo en el aparcamiento de un bar. La verdad, me parecía mucho más peligroso agarrar el escalpelo del revés.

Además, tampoco tenía pensado intimar demasiado con Vera y las demás. Solo estar el rato suficiente como para recargar mi pila social para un par de semanas. Olvidar la rutina, el trabajo y los problemas durante un rato. Eso tampoco implicaba repetir la experiencia ni hacerme amiga de nadie.

«¿No?»

Dejé caer el resto del bocadillo sobre la bandeja de cartón de mis piernas sacudiendo una mano contra otra. Sus ojos azules brillaron de satisfacción adelantándose a estrechar mi mano antes de que tuviera tiempo a cambiar de opinión.

—¡Cómo te haces de rogar, chica! —exclamó sin soltarme—. Lo pasaremos bien. Y ni se te ocurra darme plantón que voy a tu consulta y te la lío un mes entero.

Me guiñó un ojo con desfachatez y para cuando me quise dar cuenta ya estaba correspondiendo a su sonrisa de oreja a oreja. Pasarlo bien sonaba perfecto. Tanto que deseé con todas mis fuerzas que no se equivocase. Se incorporó a toda prisa colgándose el bolso del hombro murmurando que se le había echado el tiempo encima.

—Mañana a las cinco en el Willow Rock Bar —añadió señalándome por encima del hombro sin dejar de caminar hacia la granja—, o la tenemos.

Asentí con firmeza dejando escapar el aire de los pulmones cuando dejé de verla sin saber todavía si me arrepentía de la decisión o era justo lo que necesitaba para escapar de mí misma.

6. TREVOR

Con el cuerpo pegado al vallado de madera de mediqué a observar las rutinas de ejercicios de la mujer con el animal en el picadero interior mientras que ambos me ignoraban. Debían llevar un buen rato por el modo en que su cabello cobrizo se le pegaba a la frente, pero todavía estuvieron un buen rato más hasta que decidió tomarse un descanso y le hice una seña con la cabeza para que se acercase a mi lugar.

—Jefe —saludó llevándose dos dedos a la frente antes de detenerse y bajarse al otro lado de la madera.

Isabella no llevaba demasiado tiempo con nosotros. Apenas medio año. Y eso le había bastado para demostrar que era digna de confianza y no solo por los resultados conseguidos con los caballos. Moví la cabeza a modo de saludo mientras ella acariciaba el cuello del joven ejemplar a la vez que sujetaba el ronzal en un saliente.

Nuestro rancho siempre se había distinguido por tener caballos de calidad, sobre todo respecto a la mayoría de nuestros competidores más cercanos. Caballos de buenas razas americanas con gran desempeño en diversas labores, además de para el campo, ese había sido el primer objetivo de mi padre cuando asumió las riendas del rancho cuando su padre enfermó. Y lo había mantenido durante todo el tiempo que estuvo al mando sin apenas salirse del rumbo hasta que hacía casi veinte años un montador de rodeos había elegido al primer ejemplar de nuestras cuadras para un campeonato de poca categoría a un par de condados del nuestro.

Algo insignificante a lo que en un principio no le dio demasiada importancia más allá de bravuconear con los vecinos en la barra del bar sobre lo buenos que eran sus jamelgos y poco más.

Cervezas, risas y gritos que podían haberse quedado ahí, en otra anécdota más. Y así hubiera sido si unos meses después no hubieran venido a por otro animal.

Eso hizo que nuestro padre se replantease el negocio, que ampliase las miras a pesar de que mucha gente creyese que estaba equivocándose y que ese cambio de dirección lo iba a llevar a la ruina. No fue así. Más bien al revés.

—¿Y Chistera? —pregunté acariciando el morro del caballo que tenía a la derecha—. Pensaba que le tocaba entrenamiento.

—Y le tocaba —respondió con seriedad echándose la trenza tras la espalda—, pero a los pocos minutos comenzó a cojear y parecía molesto. No creo que sea nada importante, pero he llamado a la veterinaria para asegurarnos de que sea así.

Arrugué el gesto con contrariedad rascando la base de la nuca y abrí la boca para señalar que debería haberme avisado de lo que sucedía, pero ella pareció anticiparse.

—Estaba con Jarrad en ese momento. Él fue quien sugirió que continuase entrenando con Prince antes de marcharse hacia los establos para esperar allí por la veterinaria. Pensaba que te había avisado.

Relajé el ceño escondiendo las manos en los bolsillos del vaquero y sacudí la cabeza para quitarle importancia. Para variar, mi hermano no me había informado de nada. Tampoco me sorprendía porque a esas horas se suponía que yo todavía debía seguir con la cuadrilla en las tierras del noroeste y solo estaba allí porque un contratiempo con uno de los todoterrenos nos había obligado a regresar antes de poder terminar la faena.

—¿Y qué tal va nuestro Prince?

Isabella acarició la grupa caoba del animal con una sonrisa complacida.

—Es un chico estupendo y nos entendemos muy bien, ¿verdad? —le preguntó palmeándolo y ganándose en respuesta un suave relincho.

En realidad, Prince era mucho más que un «chico estupendo» de preciosos ojos negros y fuerte temperamento. Era uno de nuestros mejores caballos jóvenes, al igual que Chistera. Y de los más prometedores. Los dos pertenecían al linaje de nuestro mejor semental, Red Smoke, aunque hijos de diferente yegua. Y uno de los motivos por los que, tras muchas discusiones durante la hora de la cena, entre todos los Woodhall habíamos decidido contratar a Isabella Blackhorn.

Aunque todos en el pueblo asegurasen que fue a mi padre al que se le ocurrió la venta de ejemplares de competición, todos en casa sabíamos que eso no era más que parte de la leyenda. Y aunque lo había incorporado como parte del negocio, no lo había hecho con un gran fin comercial. «Mira si serán buenos nuestros caballos, que hasta me los compran para el rodeo» era una de sus frases fetiche cuando una venta se le resistía. Y solía tener efecto. Era algo que mantenía más por darle caché al rancho, por diferenciarse de los competidores y por llamar la atención que porque le viese un gran potencial económico.

Para ser sinceros, ninguno lo hacíamos. O eso pensábamos mis tíos y yo.

Al parecer, el pequeño de la familia tenía algo que decir al respecto. Pocos años después de perder a mi padre, Jarrad nos sorprendió al llegar a casa con varias noticias. La más importante era que había cerrado varios acuerdos con otros campeonatos de nuestro estado que querían a nuestros caballos. Y algunos de esos campeonatos eran de más categoría que en los que los nuestros habían participado hasta el momento, lo que significó mayores ingresos.

Y a partir de ahí Jarrad comenzó a insistir en que el camino estaba en los caballos de competición. No para que abandonásemos el resto de ramas de nuestro negocio, que era la parte troncal de la empresa, si no para que diversificásemos. Decía que muchos de los ranchos equinos de varios condados a la redonda sufrían con frecuenta problemas económicos en un mercado competido y más

generalista, y no le faltaba razón. Entre los problemas de enfermedades, los robos recurrentes de ejemplares y la dura competencia de razas y precios, conocíamos a más de un colega al que le había costado muchísimos esfuerzos mantenerse abierto.

Según el tío Bill, mi padre interpretó en su momento como una especie de señal que los organizadores de varios torneos se pusiesen en contacto con ellos para conseguir algunos de nuestros ejemplares más briosos que hiciesen difícil aguantar más de ocho segundos a cualquier vaquero dispuesto a montarlos. Y eso mismo argumentó Jarrad cuando nos topamos con Red Smoke y la posibilidad de comprarlo: estaba seguro de que era la señal equina definitiva que necesitábamos para marcar el camino al que debíamos dirigirnos.

Una inversión altísima que nos había traído a todos de cabeza, pero que acabó dando resultados. Jarrad no sería el mejor con los números, pero había resultado ser mucho mejor comercial que cualquier otro de la familia. Y eso había supuesto más presencia en torneos y campeonatos de rodeo, sobre todo en la modalidad de monta en estado salvaje con o sin silla, más jinetes interesados en nuestros potros y caballos y más vaqueros interesados en que nuestro mejor semental cubriese a sus yeguas para criar a sus propios campeones.

En definitiva, más dinero.

El problema consistía en que no éramos capaces de dar el salto al alto nivel. A los campeonatos profesionales con grandes presupuestos. A los jinetes profesionales con patrocinadores, y no estrellas infantiles o vaqueros amateurs que participaban en torneos de segundo o tercer nivel. A otras modalidades del rodeo en donde los inversores y patrocinadores estaban dispuestos a gastar un buen dinero del que poder llevarnos un pellizco que nos ayudase a mantener el rancho con más facilidad.

Y para eso contratamos a Isabella.

—¿Te importa que siga con el entrenamiento? —preguntó al ver que no añadía nada más y en cuanto negué se subió al caballo

con gran agilidad. Toda una amazona de verdad.

Los vi recorrer el perímetro del picadero un par de veces antes de regresar a los barriles que había colocado en los extremos de las diagonales y me despegué de la madera dispuesto a regresar a mi trabajo. Observar a los caballos podía resultar hipnótico en algunos momentos, y muy relajante, pero en un rancho del tamaño del nuestro siempre había muchas tareas pendientes por hacer. Todavía no me había dado la vuelta cuando sentí el peso firme de un brazo cayendo sobre mis hombros y una risa familiar a mi costado.

—¿Ya has llegado? Pensaba que terminaríais más tarde.

—Eso es porque no hemos terminado —respondí sin entrar en detalles—. ¿Y por qué has llegado tan pronto tú?

Tras arrugar la frente un instante, Jarrad me dedicó una media sonrisa espantando la pregunta con un gesto de la mano para luego girarse con los brazos cruzados sobre la valla. Estaba más que claro que no quería responder. Me era tan fácil leer en su cara como hacerlo en la mía propia porque era como verme en un espejo. O casi, si no fuese porque me llevaba medio palmo, tenía el cabello un poco más oscuro y ondulado y una marca en la barbilla de una pedrada que le había regalado uno de su clase en el colegio.

Nuestros ojos se perdieron en el mismo punto durante un minuto largo. La pista en la que Isabella indicaba sus órdenes a Prince, que las ejecutaba como si lo llevara haciendo toda la vida. Al verlos a los dos tan coordinados me di cuenta de que no éramos los únicos buscando una oportunidad. Ella también había aceptado nuestra oferta para intentar labrarse un nombre como entrenadora principal. Contemplándolos esquivar de manera más brusca el grupo de barriles contrario recordé la anterior conversación con ella.

—¿Qué le ha pasado a Chistera?

Sin girarse, Jarrad sacudió ligeramente la cabeza siguiendo el trote del caballo al hacer la diagonal.

—Nada grave. Un par de días de descanso y ya. Lo que me recuerda… —Metió los pies en el larguero inferior para sacar medio

cuerpo por encima de la valla llevándose una mano a la boca antes de gritar—. ¡Eh, Bella! Que dice Gaby que, si le notas algo raro a Chistera el lunes, la llames. Y que no trabaje hasta entonces, ¿vale?

No esperó su respuesta y se volvió hacia mí con los ojos brillantes.

—Oye, tío Bill me ha dicho que tienes a alguien para que nos ayude con las cuentas. Eso podría ser lo que necesitamos para convencer a alguno de los inversores. Yo creo que hay uno que…

Dejé los ojos en blanco y escuché su carcajada por respuesta seguido por el manotazo en la espalda. Jarrad llevaba varios días dándole vueltas al mismo tema sin parar y me estaba poniendo de los nervios. Estaba convencido de que todavía podía cerrar el trato con Lucien Anderson, uno de los inversores con los que nos había citado en Austin y que, a mi modo de ver, tampoco había dado muchas más señales que el resto de querer ningún tipo de trato.

Pero mi hermano era el más cabezón de los dos. Y el que conseguía los contactos para esos acuerdos, además. Así que me limité a elevar los hombros en un gesto ambiguo justo cuando la amazona se detuvo ante nosotros sobre Prince.

—Quería comentaros algo a los dos —con un movimiento seco se apartó un mechón cobrizo de los ojos y luego acarició la crin del jamelgo—, aunque no sé si estaréis de acuerdo. En mi opinión, Prince ya está listo para comenzar a competir. Al menos en la carrera de barriles. Es un chico listo que aprende muy rápido.

Me encaramé a la valla al igual que mi hermano y pasé la mano por el lomo del animal para celebrarlo. Isabella se quedó callada durante un breve instante con los labios apretados y los dos aguardamos a que siguiera. Estaba claro que quería decir algo más, pero que le costaba. No era la primera vez que le pasaba. Estaba claro que no quería molestarnos y fastidiar su primera oportunidad de hacerse un nombre en el sector.

«Venga, suéltalo de una vez». Me aguanté de soltarlo en voz alta y conté mentalmente hasta el siete antes de que carraspease de

nuevo alternando con nerviosismo sus ojos verduzcos entre uno y el otro, como si no supiese en quién mantener la vista fija.

—Ya sé que no es de mi incumbencia, pero sé de una chica joven que busca un caballo para competir en esa modalidad. Un contacto me ha hablado de ella y me asegura que es buena y muy seria. Tiene trece años y ya ha ganado varios campeonatos infantiles y uno juvenil en esa modalidad. Se ha quedado sin caballo para competir y está buscando uno que la ayude a destacar. Si queréis les puedo hablar de Prince. Son de Menard, así que la chica y su entrenadora podrían venir a conocerlo y si encajan…

La valla se movió ligeramente por el giro brusco de mi hermano y lo vi por el rabillo del ojo. Apretó tanto la mandíbula que Isabella que detuvo en mitad de la frase.

—Hazlo — respondí con firmeza bajándome al suelo.

—No —resopló molesto inclinándose hacia mí con los ojos entornados—. Es uno de nuestros mejores chicos. *Necesitamos* entrar en el circuito profesional y no seguir desgastándonos en esos rodeos juveniles donde nadie importante va a saber que existimos.

—Puede. Pero tenemos un negocio, Jar, y empleados. Y para que siga funcionando y lo podamos mantener *tenemos* que ganar dinero con ellos.

Echó la barbilla para adelante dispuesto a replicar, pero me adelanté. Era el problema de trabajar con alguien a quien conocía perfectamente desde que tenía tres años y medio. Sabía perfectamente lo que resonaba en esa cabeza, así que negué con fuerza.

—No podemos esperar eternamente a que alguno de tus inversores se decida, Jarrad.

—Pues volveré a llamar a Anderson. Y si me dice que no, llamaré a más.

—Perfecto, pero si a la chica le interesa y tienen el dinero, Prince se va.

Se giró cabreado con los pasos levantando el polvillo de la tierra por esa manera tan brusca al andar. Isabella encogió los hombros sobre el caballo, que en respuesta se separó dos pasos del cercado. Al llegar a la puerta mi hermano de detuvo girándose de medio lado.

—Tú consigue a alguien que nos lleve las cuentas y ya me encargo yo de cerrar un trato que haga que Chistera acabe con un jinete de verdad.

Levanté el pulgar por toda respuesta antes de volverme.

—Llama a tu contacto. Si están interesados, que vengan la semana que viene. —Isabella tenía una mueca extraña en la cara a la vez que asentía—. No te preocupes por Jar, que has hecho bien en avisarnos. Y de él ya me ocupo yo.

7.GABY

En cuanto torcimos la esquina se me escapó un soplido entre los dientes. Había mucha más gente de la que me esperaba en aquel aparcamiento. Más que eso, incluso. La zona cementada estaba llena a reventar y parte de la gente ocupaba la carretera que las autoridades se habían encargado de cortar al tráfico con la antelación suficiente. Y menos mal.

Los del Willow Rock Bar habían sacado al exterior una barra y varias mesas largas de madera que habían dispuesto entre la acera y el comienzo del parque situado justo enfrente de su local para que los asistentes al concierto no tuviesen que perderse parte del espectáculo al entrar y salir por sus consumiciones. Todavía no había comenzado el concierto principal y aquello ya estaba atestado de una enorme cantidad de personas conocidas y desconocidas que pululaban excesivamente cerca.

Y, por una vez, me daba igual.

Claro que eso podía deberse a las dos rondas de chupitos que me había inducido a tomar Vera en el Sally's mientras esperábamos a que Anitta Larsen se cambiase en el reservado tras terminar su turno. Hacía tiempo que no bebía, más allá de esa copa de vino a solas en la terraza de mi cabaña de la que procuraba disfrutar a diario, y el calor que el ron había dejado en mi cuerpo me resultaba extrañamente reconfortante. Calmante. Tanto que escuchar la discusión de fondo de las chicas por qué hacer a continuación me tenía la mar de entretenida.

Las seguí por el medio de la gente alejándonos del estruendo que llegaba desde el improvisado escenario a la izquierda de la

fachada del local. Para amenizar la espera alguien había decidido que era buena idea que actuasen como teloneros un grupo de rock de unos chavales del pueblo y la idea había salido regular.

—¡Qué manera de desafinar tiene ese chico! —rio Anitta cuando se le volvió a escapar un gallo al cantante—. Mejor nos sentamos en las mesas del fondo a ver si así no lo escuchamos tanto.

Sonreí y la seguí por entre la gente reconociendo la versión de un grupo muy conocido de los noventa gracias al riff de la guitarra. Los chicos no tocaban mal, pero si querían llegar a algo en la vida necesitaban cambiar de vocalista. No me di cuenta hasta llegar a la mesa de madera vacía que Vera se había quedado atrás charlando con un vecino que me sonaba de vista. Para cuando volví a girar la cabeza, estaba sola y Anitta me hacía gestos para que no soltase la mesa a la vez que señalaba la barra exterior.

Asentí tirándome contra el banco largo de madera barriendo el lugar con la vista mientras que mi pie tamborileaba al son de la batería de la nueva canción canturreándola por lo bajo reconociendo a muchos de mis clientes entre la multitud. Había dudado mucho en si acudir o no a la cita, pero ahora que estaba allí no me arrepentía. Vera y Anitta se estaban portando conmigo. Eran divertidas, acogedoras y simpáticas. Y, si yo no fuese esta yo, hubiésemos congeniado lo suficiente para ser amigas en poco tiempo.

La rabia me pinchó el estómago con fuerza y sacudí la cabeza para librarme de los pensamientos que estaban por llegar y que no harían más que fastidiarme el plan. Pensamientos de otra vida, de otro lugar. De una yo a la que no le costaba confiar en las personas y disfrutar.

«Para con el tema y déjate llevar un poco»

—¿Con qué?

Me giré como un resorte y me sorprendí al encontrar a Trevor Woodhall sentado a dos palmos de mí observándome con una sonrisa provocativa. Era condenadamente guapo. No en un sentido

tradicional de proporciones perfectas y aburridas. Tenía los ojos ligeramente hundidos, el rostro anguloso, la nariz larga, la barbilla puntiaguda y la mitad de las veces que me lo había cruzado llevaba el cabello tan despeinado que parecía que se acababa de despertar después de una larga siesta o algo peor. Y aun así tenía algo tan magnético y atractivo que me había llamado la atención desde la primera vez que me lo crucé en los establos de su rancho.

En resumen, un peligro más a evitar si quería seguir llevando esta especie de vida de monja de clausura en Strokeville.

—Perdona, no te he escuchado.

Me respondió con una carcajada grave antes de inclinarse hacia mí.

—Pues yo a ti sí —repuso guiñando un ojo con desfachatez—, y me preguntaba qué es en lo que te querías dejar llevar.

Me costó tragar saliva por un momento al darme cuenta de que lo había dicho y no solo pensado. «Por favor, que solo haya dicho eso en alto». Su sonrisa se esfumó y arrugó la frente observándome detenidamente. Por un momento dejé de escuchar el bullicio de alrededor. Ni banda desafinada, ni gente gritando, ni los pitidos de claxon lejanos. Solo esos ojos color miel intentando leerme la mente y yo.

—Era una broma, Gaby. No quería…

Un golpe sordo cercano lo interrumpió. Era Vera que había golpeado la mesa de madera con saña y nos observaba de pie con el ceño fruncido.

—¿La estás molestando, Woodhall?

Sacudí la cabeza a la vez que Trevor lo negaba, pero la expresión de Vera no se relajó. Incómoda por primera vez en toda la tarde me estiré las mangas de la camiseta por debajo de la mesa.

—¿Por qué no te vas con tus vaqueros antes de que nos invadan la mesa? Esta es una reunión de chicas.

Su risa nos sorprendió a las dos. Al parecer no se la estaba tomando tan en serio como creía. Ignorando sus brazos en jarras, apoyó los codos sobre la mesa invitándola a sentarse enfrente ganándose un nuevo gruñido.

—¿Te has pensando ya mi oferta, Stanway?

Vera se dejó caer con gracia en el banco de enfrente copiándole la pose con una expresión entre burlona y molesta.

—Si has venido aquí solo para eso, vas mal. Pareces desesperado. Y no hablo de trabajo los fines de semana.

Trevon abrió la boca para replicar algo, pero un botellín de cerveza se coló entre ambos.

—Como no sé lo que bebes, te he traído esta —indicó Anitta señalándome la cerveza—. Hola, Trev. A ti no te he traído nada porque no sabía que te ibas a venir con nosotras.

—No le digas eso que es capaz de unirse —siseó su amiga cuando se sentó a su lado y le pasó otro botellín.

—¿Por qué no? Con un poco de suerte se trae a alguno de esos vaqueros buenorros que trabajan para él.

—¿*Suerte*? Le acabo de pedir que se pire, Ani.

La camarera le devolvió un suspiro exagerado con los ojos en blanco antes de dar un trago largo a su consumición y volverse hacia nosotros negando.

—Ni caso, Trev. Ya se ha cabreado porque antes la han parado con algo del trabajo y no ha sabido esquivarlo. —Se apartó un mechón rubio platino tras la oreja con coquetería con la vista puesta en algún punto a nuestra espalda—. Si alguno de tus chicos pregunta por mí, dile que luego me saque a bailar una lenta.

Hablaba hacia nosotros, pero se notaba que el mensaje iba dirigido a quien estuviera detrás y tuve que controlar el impulso de girarme para averiguarlo.

—Es un concierto de rock, no de Ed Sheeran.

—¿Y qué? Mi hermano siempre dice que las mejores baladas son las roqueras. Y si no pues improviso, lista.

Las dos se enzarzaron en una discusión ridícula sobre las posibilidades de que sonase una balada durante el concierto que empezaría en una hora. La rodilla del vaquero se clavó ligeramente en la mía desviando mi atención y sentí su aliento cálido contra mi nuca.

—Lo de antes no era para molestarte. Espero que luego tú también quieras bailar conmigo.

Su mano rodeó mi muslo apretándolo con suavidad en donde antes habían chocado nuestras piernas. No duró nada, apenas un segundo, pero era lo más cerca que habíamos estado desde que lo había conocido y la reacción de mi cuerpo en respuesta me sorprendió. Me obligué a respirar intentado no mirarlo mientras se despedía, pero cuando nuestros ojos se cruzaron me llevé la mano al punto que me había agarrado y noté la piel erizada bajo la tela del vaquero al rozar la zona. Sin saber qué responder me llevé el botellín a la boca y antes de que tragase ya estaba alejándose en dirección a una mesa cercana a la barra llena de hombres con sombreros vaqueros que parecían muy animados al recibirlo con sus jarras de cerveza.

Las otras conversaban acaloradamente sobre algo, pero no me enteré de mucho ensimismada en lo que acababa de suceder. Quizá se debiera a que había pasado un tiempo desde la última vez que había estado con un hombre, aunque tampoco es que yo respondiese de ese modo ante el más mínimo roce. Y por muy bueno que estuviese Trevor, su hermano también lo estaba y no había perdido el habla el día anterior cuando coincidimos en los establos. Me mordí el interior del carrillo y casi al instante un movimiento rápido frente mis ojos me sacó de mis pensamientos.

—Oye, ¿estás bien o se te ha subido? —preguntó Vera acompañándolo con un movimiento de la mano imitando una botella. Me apresuré a negarlo. No estaba borracha, me negaba a

usar eso de excusa, aunque sí que me notaba un poco menos rígida que de normal.

—Bueno, mejor vamos a por una hamburguesa con extra de queso para asegurarnos de que aguantamos la juerga antes de que empiece a tocar la banda de verdad.

***

Llevaba un buen rato allí sola, con el codo clavado en el barril de madera que habían colocado a modo de mesa improvisada a la izquierda de la barra exterior. Llevaba tanto tiempo sin mezclarme con la gente que, hasta estar así, observando el concierto de lejos me parecía casi como estar con el brazo en alto en el medio del gentío que ya habían pedido un par de bises para evitar que se terminase el concierto.

Tampoco era la única que había escapado de la pista de cemento. Vera llevaba un buen rato a un lado de la multitud, frente al ciprés que daba nombre al pub, en una acalorada conversación con varios vecinos de nuestra edad en la que los veía reír y gesticular por igual. Solo Anitta se había quedado entre el público desde que habíamos regresado de la cena como si fuera la mayor fan de la banda cuando hacía poco más de dos horas había confesado que no los había escuchado en su vida.

Me acerqué la cerveza a los labios, pero volví a bajarla sin darle ni un trago. Vera había tenido razón cuando me la encontré en «el parque» al asegurar que no iba a ser un gran plan. Habíamos tomado varias rondas, me habían pisado un montón de veces cuando algunos les dio por hacer pogo en la pista y la bibliotecaria había intentado abordarnos a las tres juntas en la hamburguesería para que nos uniésemos a su club de lectura. Además de que había tenido que conversar con medio pueblo.

Y, aun así, me lo había pasado genial.

«Mejor que en los últimos cuatro años, desde luego»

Las conversaciones con mis clientes y vecinos no habían pasado de nada más allá de una charla ligera. Cuestiones fáciles de

manejar como lo alta que estaba la música o lo fría que había arrancado esa primavera y, en pocos casos, alguna que otra pregunta sobre sus animales. Nada más.

Y con las chicas había sido algo parecido. Ningún interrogatorio directo ni preguntas comprometidas más allá de mi opinión sobre el plantón que les había dado una de sus amigas a última hora. Y me había servido para conocerlas más yo a ellas que a la inversa, que era lo que me temía. Claro que también había tenido la prudencia de alejarme de las mayores cotillas de Strokeville cuando me habían rondado y con eso me había ganado un par de miradas reprobatorias de la señora Staton y de algunas de sus conocidas.

Me daba igual. Le di un trago largo a la cerveza con satisfacción. Que le den a la estirada esa. Si no le gustaba tendría que aguantarse o conducir hasta Menard, por ejemplo, cada vez que se inventase algún problema de su perro en busca de cotilleos. Se me escapó una risita baja solo de pensar en la cruz que le caería a ese veterinario en el caso de que sucediera algo así.

—¿Me cuentas el chiste, Gaby?

Su voz grave retumbó demasiado cerca de mí y por un instante, al ver que posaba su vaso junto al mío con esa sonrisa seductora, todo lo demás que había a mi alrededor comenzó a difuminarse.

«Mierda»

Si antes no podía decir que era por el alcohol, ahora mucho menos porque desde que me vi obligada a comer una horrible hamburguesa a medio hacer no había bebido mucho más y estaba claro que eso era un problema. No sabía lo que me estaba pasando, pero era el tipo de situación en la que sabía que debía poner los pies en polvorosa y no parar hasta llegar a mi refugio seguro. Y en vez de eso me quedé allí mirándolo.

—¿Qué haces *aquí*?

Intenté sonar borde para que fuera él quien se marchase. No lo hizo. En cambio, sonrió pasándose la mano desde la nuca hasta la coronilla provocando que el desastre permanente de su pelo fuese todavía mayor sin apartar esa mirada aguda de mí.

—Buscar compañera de baile.

Apuntó con la barbilla hacia la pista improvisada y volví a fijarme en Anitta, que ahora bailaba abrazada a uno al que no podía ver bien por la oscuridad y la distancia, pero que me sonaba de verlo en el Rancho Woodhall, aunque la canción no fuese lenta ni romántica. Claro que Anitta venía vestida como para protagonizar una cita en una película romántica de cowboys con ese vestido ajustado y sus botas vaqueras rojas mientras que yo llevaba exactamente la misma pinta que cuando visitaba las granjas.

Estaba a punto de replicarle que fuese a buscarla en otro sitio cuando se nos unió otro a la mesa. Al parecer, estaba convirtiéndome en la persona más popular de Strokeville, así que esa idea absurda que había tenido media hora antes de repetir plan con las chicas quizá había que descartarla.

—Te estaba buscando, Trev. Tengo que comentarte algo.

Vaya. A lo mejor seguía siendo una perfecta anónima. Me llevó más de lo necesario darme cuenta de que se trataba del sheriff de paisano. Era joven para el cargo, o eso me parecía a mí. No debía ser mucho mayor que yo, rondando los treinta, mientras que uno de sus ayudantes debía llevarnos veinte años. La frente del sheriff Gómez se arrugó y sus ojos negros nos escrutaron con intensidad.

—¿Ha sucedido algo en el rancho? —la voz sonó ligeramente crispada.

—No es nada de eso. Es… —con poco disimulo me señaló con la barbilla y después a una mesa vacía a su espalda. Me separé del barril y compuse una sonrisa de compromiso antes de despedirme.

—No hace falta que te vayas. —Posó la mano sobre mi muñeca para retenerme a su lado y le devolvió una mirada igual de aguda al agente—. Gaby es de fiar y lo sabes porque en estos tres

años no te ha dado ni un solo problema. A la tía Rita no le va a hacer ninguna gracia enterarse de que tratas a las damas así.

El sheriff expiró de manera exagerada frotándose el pelo negro de la coronilla sin decidirse a abrir la boca. Finalmente se apoyó en el barril con pesadez y nos señaló a ambos con el índice.

—Está bien, pero ni una palabra a nadie hasta el lunes. He hablado un par de veces con un compañero de Nuevo México que me ha llamado para prevenirme. Al parecer, en el último mes en distintas localidades se han producido varios robos de caballos y mi colega cree que no son casos aislados. Que se trata de algo más *organizado*.

—¿Y te ha llamado un sábado para contarte eso?

—No. Hoy lo ha hecho para confirmarme que también se han producido varios robos en Arizona y que andemos con ojo por si deciden volver a cambiar de estado. O por si ya lo han hecho.

—Andaremos con cuidado —respondió apretando la mano que todavía no me había soltado.

—Vuestro rancho es uno de los más grandes del condado y unos ejemplares que podrían rivalizar con muchos de los mejores ranchos del estado. No sería raro que os convirtieseis en un objetivo para una banda de cuatreros, si es que la hay. Por eso quería hablar contigo. Por si habíais visto algo raro.

Tragué saliva con esfuerzo con una sola imagen en mi mente. La de aquellos tipos contra el almacén próximo al establo principal la noche en que tuve que atender a Red Smoke por el cólico. Era algo que fácilmente se podía calificar como raro. Hasta había sacado el teléfono para llamar a las autoridades, pero…

—No —negó con firmeza sin necesidad de pensárselo mucho —. No ha sucedido nada fuera de lo común en el rancho en las últimas semanas. Vallas rotas, jeeps que se estropean, herramientas que se pierden, … lo de siempre.

—Pues estate atento y si cualquier cosa te llama la atención, me lo avisas. —Se volvió hacia mí ya con las facciones más

suavizadas—. Y si en alguna de tus visitas a las granjas o ranchos cercanos te comentan algo que te parezca sospechoso también.

Asentí tapándome los labios apretados con la bebida para terminármela de un trago, pero ni el ácido de la cerveza era capaz de quitarme esa sensación de la garganta. La de una aprendiz de mentirosa. Y ante un representante de la ley. Algo que recordar la próxima vez que me sintiera una justiciera. Un hormigueo desagradable me recorrió la espalda mientras ellos seguían hablando.

Aunque tampoco tenía por qué sentirme así. Trevor acababa de decir que no había notado nada raro en toda la semana y, según el sheriff, nadie había denunciado el robo de sus animales y ya había pasado casi una semana así que seguro que lo que había visto aquel día en realidad no era *nada*.

***

No tenía que haberme dejado convencer para subir al maldito todoterreno. Claro que tampoco había tenido muchas opciones más.

La cabaña estaba demasiado apartada del centro de Strokeville para regresar andando de noche y con la mitad de los caminos sin alumbrado. Y el sheriff, que vigilaba la zona donde había dejado el coche, levantó una ceja en señal de advertencia cuando insinué que podía conducir perfectamente de regreso.

No estaba borracha.

Al menos no como Vera, que habían tenido que bajarla de uno de los altavoces entre dos camareros del Willow Rock. Y tampoco podía contar con Anitta, que había desaparecido del aparcamiento sin despedirse en algún momento de la noche. Al parecer, tenía un lío con uno de los empleados de Woodhall desde hacía un tiempo. De eso me había enterado mientras varios de sus vaqueros invadían nuestro barril invitándonos a un par de rondas.

Y ahora estaba allí, esforzándome por clavar la vista en el camino de gravilla e ignorarlo. Pero no era fácil. No cuando me

moría por estirar la mano y poner un poco de orden en ese cabello rubio oscuro y completamente enmarañado.

A lo mejor sí que estaba más bebida de lo que pensaba, porque me estaba costando mucho controlarme en su presencia. Y eso no era nada propio en mí. Sus ojos brillaron en la oscuridad al descubrirme observándolo y giré la cabeza con brusquedad sujetándome una mano con la otra en el regazo.

—¿Te mareas? ¿Vas bien?

No. Pero no pensaba responder a eso.

—¿Por qué el Sheriff Gómez te ha contado lo de los robos si dice que no va a hablar con el resto de los ganaderos hasta el lunes?

Se giró con una expresión sorprendida. Luego puso el intermitente y se metió por el desvío de tierra que llevaba a mi cabaña.

—Debes ser la única de Strokeville que no lo sabe. Somos primos. Si la tía Rita se enterase de que está pasando algo así y no nos lo dice le calentaría las orejas en la comida del domingo por mucho que ahora sea el sheriff de la ciudad.

Un movimiento brusco a la izquierda le hizo pegar un volantazo y casi al instante detuvo el coche en el margen del camino. A lo lejos se escapaba corriendo entre las sombras un bulto oscuro del tamaño de un perro grande hasta que quedó escondido por la espesura.

—Creo que era un cervatillo. ¿Los has visto merodeando por aquí?

El movimiento de su cabeza hizo que un olor oscuro a madera y algo picante me envolviese de manera peligrosa. Como una enredadera. Y mi cuerpo aletargado reaccionó al instante en todos los puntos en que no debería hacerlo. Ahora sí que mataría por una cerveza. O por saltar del coche sin tener que cruzar más palabra.

Dejé escapar el aire entre los dientes con disimulo. No podía estar tan encendida por nada, salvo por la falta de sexo. Y eso era

algo que no podía tener con alguien de Strokeville si no quería complicarlo todo. Estaba siendo ridícula. Quizá ese tipo de salidas no eran buena idea, después de todo. Y menos si tenía que contemplar esa sonrisa encantadora a un palmo de distancia.

—¿Gaby? ¿Estás ahí?

—¿Por qué has insistido en traerme tú a casa? —le espeté.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza y se rio. Sus ondas se removieron lo suficiente como para distraerme otra vez y lo solté de golpe.

—No me voy a liar contigo. No tengo *nada* con gente de aquí o que sean clientes míos.

—Ah, pues estamos de suerte. Yo tampoco quiero *liarme* contigo.

—Pues mejor.

Arqueó las cejas y me dedicó una sonrisa provocativa para luego reanudar el trayecto todavía más despacio. Me forcé a no soltar ni una sola palabra más hasta que se detuviese en mi casa más que para despedirme. O quizás ni eso.

En cambio, cuando su mano rozó mi rodilla por accidente la lengua se me disparó sola.

—Si no quieres nada conmigo ¿por qué has insistido tanto en que bailásemos juntos?

Ahí estaba la sonrisa burlona de nuevo.

—Te lo he pedido dos veces, nada más. Y no me has contestado a ninguna. ¿O es que acaso en Los Ángeles eso es un eufemismo para referirse a follar?

Tuve el impulso de llevarme las manos a la cara al sentir la sangre bullendo por dentro. Lo que había bebido no había servido para atontarme lo suficiente. No al menos al tenerlo tan cerca hablando de estos temas. «Dios». Volví la cabeza hacia la ventanilla y aproveché para calmarme el ardor de la mejilla con la mano y el

cristal en los minutos de tregua que Trevor me dio hasta detener el Jeep ante la puerta de mi casa.

Todavía me sentía un poco avergonzada por la conversación. Y estaba segura de que si fuese un poco más pálida mis mejillas estarían del mismo color que su camisa de cuadros. Eché la mano a la manilla y abrí la boca para despedirme. Por mucho que él se hubiera divertido mortificándose, debía darle las gracias por el favor.

Y recordarme no repetirlo.

Sentí su olor pegado a mí antes de notar el ligero agarre de su mano ancha y fuerte en mi codo y me detuve.

—Si quieres saber por qué te lo pedí, es sencillo: me apetecía bailar contigo —musitó a unas pulgadas de mi oreja de un modo que sonó demasiado íntimo—. Me gustas lo suficiente como para querer conocerte un poco más.

Giré la cabeza para mirarlo de frente. Para saber si era verdad o solo intentaba vacilarme, pero no vi nada en su rostro que indicase lo segundo. Lo que sí noté fue que estábamos demasiado cerca. Apenas un par de pulgadas entre su nariz y la mía y su olor especiado me invadía por completo. Trevor recorrió mi rostro con sus ojos y separó ligeramente los labios, pero no hizo el más mínimo movimiento.

Mi codo ardía con su contacto a pesar de las capas de tejido que debían protegerme de él. Exactamente igual que hacía apenas unas cuantas horas. Y volví a sentir que no había nada más que él y yo alrededor y esa corriente magnética que me había esforzado por ignorar. Sus ojos color miel lucían tan oscuros como los míos y en el momento en que volvieron a bajar a mi boca no lo pude aguantar.

Me tuve que acercar más.

—¿Qué haces? —susurró casi sin voz.

—Yo qué sé.

Era la única verdad. Eso y que acariciar sus labios con los míos se sintió de lo más natural. Recorrí su labio inferior con la

punta de la lengua saboreándolo y su mano apretó mi brazo con más fuerza. Pasé la mano libre por su barba incipiente, disfrutando del contacto áspero contra mi piel a la vez que nuestras lenguas se enredaban una y otra vez. Sabía a cerveza, a menta y a algo oscuro que me moría por probar. Lo agarré por el cuello de la camisa y tiré de él hasta sentir su torso duro contra mí dejándome llevar.

Trevor se agarró a mi camiseta con fuerza a ambos lados de mis caderas. Sentía su pulso alocado en el cuello y la respiración tan descontrolada como la mía. Estaba a menos de un segundo de hacer una gran tontería y sentarme encima de sus piernas cuando Trevor me empujó por el abdomen ligeramente hasta separarnos. Sus ojos brillaban de deseo y el pecho subía y bajaba de manera exagerada, pero aun así continuó apartándome con una sonrisa franca en la cara.

—Lo de antes iba en serio. No intentaba liarme contigo. Solo quiero una cita.

Me esforcé por recobrar un mínimo la respiración antes de abrir con fuerza la puerta y salir a toda prisa del vehículo.

—Pues lo llevas claro. No sé bailar.

Me apresuré a localizar la llave en uno de los bolsillos del vaquero y en cuanto entré dejé caer la espalda contra la puerta frotándome los labios con la manga escuchando el motor del coche alejándose de fondo.

Pensé en tomar una copa, pero lo rechacé enseguida. Mi vino no era tan bueno como para borrar el sabor de un beso como ese.

Todavía perpleja con mi reacción me dirigí a la habitación tirándome directamente sobre la cama esperando quedarme dormida al instante y poder olvidarme de todo, pero el sueño tampoco consiguió borrarlo.

8. TREVOR

Me pasé la mano hacia atrás para despegar el pelo húmedo de la frente contando hasta tres antes de volver a meter un bocinazo. Mantener los pensamientos alejados de Gaby me estaba costando más de lo que había esperado. No era una persona de relaciones serias ni tampoco las evitaba. Simplemente no se daba. Estaba demasiado centrado en mi familia y en el rancho como para tener espacio para alguien más.

Y me iba bien así.

Sin embargo, ese maldito beso no se me iba de la cabeza desde hacía días. Eso y en lo estúpido que había sido al apartarla de mí en vez de arrastrarla hasta el asiento trasero para hacerla gemir, que era lo que realmente deseaba hacer en ese momento. Aunque después de habernos topado en una única ocasión y ver como su atractivo rostro reflejaba una mueca de arrepentimiento tan evidente en la fracción de segundo que nuestros ojos se cruzaron me hicieron darme cuenta de que había hecho lo correcto al apartarla la otra noche.

Tamborilee los pulgares con impaciencia sobre el volante cuando dos de las puertas se abrieron y mi tío se coló a mi derecha arrugando su sombrero vaquero castaño mientras mi hermano se sentaba atrás con el ceño fruncido. Jarrad y yo habíamos discutido más en esa última semana que en el mes anterior y todo por esa obcecación suya de dar el salto al rodeo de alta competición.

Eso y el no salirse con la suya respecto a Prince. Llevaba días dando la matraca para que esperase por ver si podía acordar una nueva reunión con ese tal Anderson, el inversor, o contactar con

otros posibles interesados, pero en esto no pensaba dar marcha atrás.

Si la chica de Menard podía pagar lo que pedíamos por el caballo, encajaban y se lo quería quedar, sería suyo.

Aunque ninguno de los tres que estábamos en ese coche priorizásemos los números, todos teníamos claro que era imprescindible que las cuentas diesen para poder seguir adelante con la explotación. Y quizá Jarrad tenía razón conque nuestro futuro estaba en los caballos de competición y que debíamos derivar hacia ahí todos nuestros esfuerzos en la cría, pero eso no podía hacerse inmediatamente. Además de que acarreaba con otras exigencias; al menos, mientras se resistiesen los inversores.

Y al final, el rancho era lo más importante. Era el legado de los Woodhall desde generaciones. Y en contra de lo que rumoreaban algunas lenguas envenenadas de la ciudad, no íbamos tan sobrados de dinero, aunque tampoco nos faltase.

—Si no teníais tiempo no tenéis por qué venir conmigo.

El tío Bill frunció el ceño y mi hermano ni se molestó en devolverme la mirada a través del retrovisor sacudiendo una mano al aire.

—Arranca, que vamos a llegar tarde.

Quité el freno de mano con ganas de contestarle que llevaba más de un cuarto de hora esperándolos en mi coche. Esa mañana tenía que visitar dos granjas. Una, la del viejo Stover. Otra, en la otra punta de Strokeville, a los Miller, unos granjeros que se rumoreaba que estaban interesados en deshacerse de parte de su maquinaria y si estaban en buenas condiciones y el precio era razonable nos podría venir muy bien para nuestro rancho.

Y no los necesitaba a ninguno de los dos para esto, pero ambos se habían empeñado en acompañarme.

—¿Qué fue lo que te dijo Stover en la ferretería? —pregunté mientras enfilaba el camino de tierra y grava que daba a la entrada principal.

Mi tío se encogió de hombros y rumió la respuesta unos segundos encajándose el sombrero en la pelambrera entrecana.

—Ya lo conoces. Su granja ha sido su vida y, aunque no la puede mantener, duda. Es la quinta generación de Stovers al frente de esas tierras. Es tradicional y le cuesta deshacerse de ellas. A nosotros también nos costaría, si estuviésemos en su lugar.

Asentí hundiéndome en el asiento comprendiendo al instante el empeño del tío por acompañarme. A veces los hombres como Stover nos seguían viendo como a críos jugando a los vaqueros a pesar de que Jar y yo teníamos veintinueve y treinta y tres respectivamente. Bill abrió la ventanilla y apoyó el antebrazo en ella mientras el olor a hierba, tierra y caballos se colaba en el habitáculo. Justo la mezcla de olores que recordaba desde mi infancia y a la que pensaba dedicar toda mi vida.

—Iremos a la granja de los Miller primero. Si hay algún material que valga la pena no quiero perderlo.

—Además de que la charla con el viejo llevará su tiempo —masculló Jar desde atrás con la vista en sus piernas.

Al parecer, habían decidido cerrar un frente común para que Stover no se echase atrás con la venta y eso me venía bien. Stover confiaba más en nuestro tío que en nosotros, aunque fuese por edad, y Jarrad sabía encontrar las palabras adecuadas para cerrar los tratos. Así que quizá el que sobraba esa mañana era yo, salvo para hacer de taxista.

La mente voló un instante a la última ocasión en que había hecho de taxista con ese mismo vehículo y en las diminutas pecas que rodeaban la nariz de la veterinaria. Inspiré con lentitud un par de veces antes de tomar el desvío a la otra punta de la ciudad y me limité conducir por la carretera tan desgastada que había perdido gran parte del pavimento sin prestar especial atención a la conversación entre ellos.

La primera visita fue rápida. El mayor de los Miller ya estaba esperándonos en la entrada cuando enfilamos el camino de tierra y

tras subirse al todoterreno nos guio hasta un granero de buen tamaño en donde tenía gran parte de los materiales que quería vender. No necesitamos examinar mucho para cerrar el trato y quedarnos con un par de vehículos en bastante buen estado con los que remplazar dos de nuestras viejas rancheras que no paraban de dar problemas, bastantes herramientas y muchísimas yardas de alambre de espino con los que reforzar las zonas valladas de la parte sureste que todavía estaban sin reparar.

El resto de las cosas que tenía a la venta no nos interesó y menos de una hora después de llegar los tres le habíamos estrechado la mano acordando que dos de nuestros trabajadores se pasarían al día siguiente para llevárselo tras entregarle el correspondiente cheque.

Veinte minutos más tarde ya cruzábamos el sendero de entrada de la granja de Stover y a mi hermano se le escapó un silbido entre dientes al ver su aspecto. Nada que ver con la de los Miller, tan cuidada y bien mantenida. Aquella era un pequeño desastre en donde la hierba mala campaba a sus anchas por zonas que deberían estar despejadas y que se observaban desde la distancia. Bajo el letrero de entrada, a uno de los lados, se acumulaban varias maderas que tiempo atrás habían pertenecido a la valla que apenas conservaba zonas pintadas de blanco y la falta de cuidados se hacía ver hasta en el tejado de la casa.

—Esto es un desastre. Normal que quiera vender.

El tío chasqueó la lengua con molestia haciéndonos callar a los dos. Al verlo así de perfil, por un momento me recordó a mi padre.

—Ni se os ocurra hacerle sentir mal por eso —bramó serio—. Es un hombre solo y de mucha edad y una granja da demasiado trabajo. Hace lo que puede con lo que tiene. Si nos vende los terrenos, eso le ayudará a mantener la parte de la granja que conserve hasta que ya no pueda trabajar más.

Esperé con el coche en marcha durante unos minutos más por si salía de la casa ubicada a escasas yardas, pero eso no

sucedió. Pité un par de veces y al final aparqué a un lado de la vivienda para esperar. No era tan grande como nuestro rancho, pero contaba con mucho terreno y no pensaba perder más tiempo dando vueltas por sus tierras para que ese hombre decidiera meterle un tiro a mi coche como había hecho meses atrás con el del su vecino.

—Oye, ¿has hablado con Kevin?

—Desde que vino a comer el domingo no —respondí observándolo por el retrovisor.

—Pues tiene que estar que trina. —gruñó levantando una ceja con diversión. No tenía ni idea de a qué se refería. Mi hermano se dio cuenta y casi al instante un ejemplar del periódico local cayó sobre mis rodillas.

«Una cuadrilla de cuatreros se acerca a Strokeville sin que el sheriff Gómez haga nada. ¡Vigilad vuestros caballos!»

Mierda. Jarrad se quedaba corto. Nuestro primo tenía que estar con ganas de enganchar a más de uno por el pescuezo. Empezando por el que se había ido de la lengua y siguiendo por el que había escrito esa basura tan sensacionalista. Aunque no era nada nuevo. Todavía tenía detractores que no confiaban en él para su puesto. Repasé la portada con rapidez y hojeé el periódico hasta dar con la noticia a doble páginas en el interior que leí saltándome todos los párrafos que no significaban nada.

No añadía nada de interés. Apenas un par de frases indicando que se habían producido varios robos de caballos, pero sin aclarar que había sucedido en otros estados, y que el sheriff había pasado por los ranchos y granjas de las zonas para alertarlos del peligro y solicitar su colaboración. Solo que lo habían escrito de un modo en que parecía que Kevin no sabía hacer su trabajo ni se lo tomaba en serio. Y no era la primera vez que sucedía. En cuanto acabé se lo pasé a mí tío que lo arrugó con saña antes de tirarlo contra el asiento trasero vacío.

El viejo Stover apareció poco después por detrás de la casa acomodándose su peto de trabajo y llamándonos con el brazo para

que nos acercásemos hasta él. Lucía tan descuidado como su granja y las bolsas bajo sus ojos diminutos le daban más aspecto de cansado.

—Woodhall, seguidme hasta el establo que tengo que vigilar a mi Betsy.

Al llegar nos encontramos con Stover observando a una vaca de cuernos largos que descansaba contra la paja junto a un ternero recién nacido que caminaba en torno a su madre, apartados de los demás animales con los que compartían el establo de madera.

—Ha habido una complicación con el parto y no quiero dejarla sola —añadió mientras se alejaba para no molestarlos. El establo estaba en mejores condiciones que nada con lo que nos habíamos topado hasta ese momento. Estaba claro dónde había puesto sus esfuerzos. En sus animales. Como hubiese hecho yo en su lugar.

—¿Prefieres que vengamos en otro momento, Hank? —preguntó mi tío, pero el hombre negó acercándose hasta la entrada con las manos hundidas en los bolsillos.

No era un gran conversador. En un principio intercambiamos un par de frases de cortesía interrumpida por sus constantes visitas hasta el espacio vallado cada vez que Betsy desaparecía de su vista o la escuchaba mugir de un modo que consideraba extraño. Al parecer, el mundo de ese hombre giraba en torno a esos animales, y era lógico ya que se habían convertido en su mayor compañía. Stover no salía a menudo de su granja, y solo lo hacía para comprar lo que no podía producir por sí mismo en aquel lugar. No frecuentaba los bares ni a los vecinos y sus hijas no se pasaban más que una vez al mes por allí con suerte.

Mi tío le fue arrancando las palabras mientras derivaba el tema hacia el motivo de nuestra visita con la ayuda de Jarrad. La anterior vez había resultado mucho más sencillo, claro que fue porque había sido el propio granjero quien me había abordado a bocajarro. Casi una hora después nos estaba estrechando la mano con firmeza, aunque la mirada que me cruzó el tío Bill me dijo que no daba el trato por cerrado. Compuse una sonrisa extendiendo la

mano hacia el hombre que la apretó con fuerza para luego hacer lo mismo con mi hermano antes de darse media vuelta para regresar con su vaca sin despedirse siquiera.

Jarrad me palmeó el hombro con condescendencia susurrando por lo bajo:

—Menos mal que no te hemos dejado venir solo, porque no has dado ni una, chaval.

Le devolví una mueca sacándome la manaza de encima viendo cómo se contenía la risa y al girar vi algo brillante que me llamó la atención medio enterrado entre el serrín y la paja a un lado de la puerta de uno de los compartimentos que estaba vacío. En dos pasos llegué hasta allí y removí la zona con la puntera de la bota hasta que me agaché al darme cuenta de lo que era. Con un par de zancadas me aproximé hasta la espalda del anciano y carraspeé para que se volviera.

—Se te ha debido caer al sacar a los caballos; lo he encontrado por casualidad —indiqué extendiéndole el teléfono. Stover ni sacó la mano de los bolsillos mirando el aparato como si fuese un demonio con el cejo arrugado.

Sacudí ligeramente el móvil para que lo tomara, pero no surgió efecto. A cambio, las arrugas de su frente se marcaron todavía más apuntándome con el índice.

—Yo ya no tengo caballos, muchacho. Solo una mula tan vieja como yo.

Genial. Iba a tener razón Jar conque hoy no tenía el día. Se frotó la sien con el grueso pulgar haciendo que lamentase haber encontrado el maldito chisme

—Creo que *eso* es de la veterinaria Winston. Tuve que llamarla para que me ayudara con mi Betsy, y menos mal que lo hice. Yo —farfulló por lo bajo rascándose el escaso cabello gris alternando la vista entre sus ojos y lo que sostenía en la palma de mi mano—… sé que la chica lo necesita para hacer su trabajo, pero prefería no apartarme del establo hasta que…

Lo interrumpí sacudiendo la mano libre a la que vez que guardaba el teléfono en un bolsillo de la cazadora con la primera sonrisa sincera del día.

—No te preocupes, Stover, ya se lo acerco yo. Total, tengo que pasarme por la ferretería y no me cuesta nada. —Esa vez sí que me gané un manotazo de despedida.

9. GABY

En cuanto metí las llaves en el contacto de la ranchera y escuché su rugido dejé salir un resoplido de alivio. Era tan tarde que estaba a punto de atardecer y me iba a perder otra vez mi ritual de la terraza. Hundí los hombros en el asiento acolchado y bajé con rabia el freno de mano.

De lo único que había tenido ganas en los últimos quince minutos había sido de colarme en mi ranchera cubierta de polvo y fango y pisar el acelerador hasta llegar a la cabaña en vez de escuchar las bravuconadas de Greg Jameson hasta el cobertizo de la entrada donde había aparcado hasta que se llevó la mano al sombrero a modo de despedida.

Salvo a primera hora de la mañana, me había pasado todo el día fuera de la clínica de un lado para otro. Lo primero, una urgencia en un alumbramiento que se había complicado. Y, a partir de ahí, a cumplir con las tres visitas agendadas con más retraso del que me permitía estar cómoda. Y la peor y más larga de todas había sido la última. Greg Jameson no estaba entre mis clientes favoritos por varios motivos.

El primero, que era un escaqueado. A diferencia de los demás negocios, en donde el propietario o, en su defecto, su capataz me acompañaba y se quedaba en aquellos casos en que eran necesarias más manos, Jameson nunca lo hacía. En este caso me había acompañado un nuevo empleado de aproximadamente mi edad llamado Walter Green con pocas ganas de trabajar y que había pasado más tiempo de brazos cruzados que intentando ayudar con los caballos.

Y luego estaba el otro problema: le costaba pagar. Eso era un tema recurrente en cada una de mis visitas. Y cada vez se comportaba de la misma manera. Aparecía justo cuando estaba a punto de marcharme para acompañarme a la salida divagando sobre los problemas del rancho y que seguramente se retrasaría en el pago. Otra vez.

Golpee la radio para que comenzase a sonar y que la música se llevase parte de mi cabreo. Menos mal que el resto no eran así, porque si mis principales clientes actuasen de esa manera me costaría mucho mantenerme a flote.

«Como a Vera»

Me la había encontrado esa mañana cuando había parado en el centro de Strokeville y me había acercado al Sally's a por un café y una comida para llevar por si la urgencia de Stover me complicaba los horarios. Y no me había equivocado. En el habitáculo todavía olía a pan y salsa especiada por la ración de sándwich de carne asada que no había comido.

Desde el concierto, mi relación con la mayoría de la gente era prácticamente igual que antes. Inexistente. Genial. Excepto con Vera, que habían decidido adoptarme como una de las suyas y me abordaba con familiaridad cada vez que nos encontrábamos. Y esa mañana no había dudado en hacerlo en la cafetería mientras esperaba a que Anitta le sirviese su dosis de cafeína.

—¿Sabes que estoy gafada? —preguntó tirando de mi antebrazo para llevarme a su zona apartada de la barra—. Mi tartana ha dicho basta y la antigualla de mi padre está en el taller por algo de los frenos.

No me sorprendió la noticia. Lo raro era que aquel trasto hubiese podido circular hasta el momento. Me senté en el taburete que me alcanzó y le pedí la comanda a Anitta en cuanto se acercó. La cafetería estaba hasta los topes sirviendo los desayunos a esas horas y yo tenía prisa y sospechaba que me iba a quedar un buen rato esperando. Quizá por eso cuando volvió a sacar el tema abrí la

boca y solté algo que no era para nada de mi incumbencia, aunque le había dado vueltas más de una vez en los últimos tiempos.

—Pues acepta el trabajo de los Woodhall.

Su boca se tensó tanto como sus hombros echándose sobre mí.

—¿Te ha mandado Trevor Woodhall a que me convenzas? —siseó atravesándome con sus ojos azules helados—. ¿Estáis liados o algo y por eso…?

—¡No! —chisté en un susurro—. Yo no me lío con clientes y el Rancho Woodhall es uno de los mejores que tengo: siempre pagan bien y a tiempo. Si necesitas dinero sería una decisión inteligente aceptar.

—¿*Inteligente*? —Su carcajada atrajo la atención de todos los que se arremolinaban en la barra—. Sería más inteligente darme de bruces contra esto tres veces —palmeó la superficie de madera ejemplificándolo— que acercarme al rancho de esos Woodhall por gusto.

—¿Por qué? —La escena de los tres hombres frente al cobertizo aquella noche en el rancho acudió al instante a mi cabeza —. ¿Crees que no son de fiar? ¿Andan en algo turbio y por eso no quieres trabajar para ellos?

—¿Qué? No. Imposible. Bueno, por supuesto que no me fio de ellos: son unos idiotas, aunque Trevor un poco menos. Pero nunca mezclarían el rancho o su apellido con algo ilegal o que lo pusiese en riesgo.

—¿Entonces?

Por primera vez desde que la conocía, Vera dudó.

—Todo esto no será porque en el instituto te morías por Jarrad y él pasó de ti, ¿verdad? —Soltó Anitta con una sonrisilla burlona dejando dos vasos de cartón y un envase demasiado grande para solo un sándwich.

Vera se bajó de la banqueta de un brinco agarrando la bebida de un manotazo.

—Tienes la boca como un buzón, Ani. —Dejó un billete sobre el mostrador y se volvió a girar hacia nosotras tras dar unas zancadas—. A las cinco me paso a por las llaves de tu coche.

Me apresuré a dejar un billete de veinte junto al suyo y la seguí hasta la calle esquivando al resto de los parroquianos.

—¡Vera, espera!

—No pienso hablar de *nada* de lo que pasó hace más de quince años sin estar borracha o a punto de morir.

Normal. Yo tampoco lo haría. Intenté responderle, pero elevó la barbilla como retándome a desafiarla y preguntarle. Como si lo que me hubiese llevado a seguirla fuese cotillear sobre un enamoramiento adolescente que no podía darme más igual. Puse los ojos en blanco y la agarré por el hombro antes de llegar a la esquina en la que había estacionado.

—Acepta el trabajo de los Woodhall. Lo demás da igual. Llevas las cuentas a demasiadas empresas pequeñas que te comen todo el tiempo y te pagan mucho menos de lo que necesitas. Con un cliente grande podrías ganar mucho más trabajando menos. Y lo sabes.

Sacudió la cabeza con fuerza desordenando su melena corta. Sus labios gruesos eran poco menos que una línea blanca.

—No quiero tener nada que ver con…

—Es solo trabajo, Vera. Nada más.

Quizá no tenía que haberle dicho nada, pero no pude evitarlo. Vera trabajaba muchísimo y no era justo que tuviese una situación económica tan complicada que no le permitía ni pagar el arreglo de un coche que debía tener más de veinte años. Desde el día del concierto hasta hoy habían transcurrido varios días y todas y cada una de las veces que nos habíamos encontrado algún vecino la había

interrumpido preguntándole por las cuentas y los temas fiscales. Solamente en la previa al concierto, vi a más de cinco diferentes.

Y luego esas mismas personas no tenían ningún apuro para pagarle por sus servicios.

Las luces de un camión en un cruce me sobresaltaron y reduje la velocidad concentrándome en la carretera. No tenía que haberme metido en su vida. Eso era exactamente lo contrario a lo que había que hacer para mantenerse alejada de la gente. Para no implicarse.

Al menos, había sido capaz de mantener la boca cerrada cuando me había preguntado por Trevor. Tampoco era como si hubiera mentido esa vez. No estábamos liados. ¿Qué íbamos a estar? Solo había sido un beso. O dos. Pero no me los podía quitar de la cabeza como si ya no pudiera pensar en nada más. Era el mejor beso que me habían dado desde que me había mudado a Texas y, probablemente, de mi vida. Mi cuerpo había respondido a su tacto y a su olor de una manera como nunca antes con otro hombre. Un peligro. Estaba segura de que los dos habíamos sentido esa energía vibrante zumbando entre los dos y que me tuvo media noche ardiendo.

Y ni siquiera había sido yo quien lo había detenido.

Seguí el camino incorporándome a una de las pistas de tierra que rodeaba el pueblo y me llevaba de manera más directa a mi casa. A esas horas y por esos caminos apenas circulaba un alma así que me dediqué a disfrutar del paisaje en calma intentando dejar la mente en blanco. No tenía nada de malo disfrutar del recuerdo de un beso que no pensaba repetir. Aunque tampoco tenía nada de malo centrarme en el calendario de vacunación de lechones y terneros que me iba a tener ocupada en los próximos quince días y era mucho más seguro a la larga. Lo mejor sería actualizar los expedientes de los clientes que había visitado hoy antes de acostarme para quitarme trabajo para mañana.

En cambio, cuando giré por el camino de grava vi que no estaba sola. A un lado de mi preciosa casa de madera también vi un

todoterreno que me resultaba muy familiar y tan cubierto de polvo como mi camioneta.

—Me cago en...

Parecía que alguien ahí arriba había escuchado mis pensamientos y ahora se reía de mí. Aparque a un lado del camino de entrada esforzándome por dejarlo libre para echarlo cuanto antes. Rebusqué bajo el asiento el envase con el resto del sándwich de asado y el maletín del ordenador portátil y salí del coche cerrando de un portazo. A un lado del porche de entrada con la espalda apoyada contra el poste me esperaba el hombre más atractivo que me había besado nunca con sus largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos y enfundadas en unos vaqueros tan desgastados como los míos.

—…la leche.

10. TREVOR

—¿Te ayudo con algo?

Entrecerró sus grandes ojos oscuros negando, pero cuando se detuvo e intentó liberar una mano para rebuscar las llaves en el bolso me adelanté un paso y eché mano de lo que cargaba. Me miró de reojo y se puso tiesa forcejeando para abrir la puerta.

—¿Hola?

Encendió la luz de la entrada con el codo y se echó a un lado para dejarme pasar. Era una casa pequeña con las paredes recubiertas de madera y dividiendo el salón de la cocina había una gran estantería cubierta de libros donde me encontré con la fotografía de una versión infantil de Gaby entre otras dos mujeres muy parecidas a ella que, por la edad, podían ser su madre y su abuela. A un lado sonaron las llaves contra el cristal y cuando me di la vuelta tenía a Gaby justo detrás. Tenía cara de que no le había gustado que inspeccionase sus baldas.

—Puedes dejar eso ahí —señaló la encimera— antes de irte.

Lo posé donde me indicó y apoyé la cadera en el mueble de la cocina ignorando la segunda orden. La gruesa trenza oscura caía medio deshecha en su hombro izquierdo, tenía pajas enredadas en la parte baja del jersey y una mueca que dejaba a las claras que no le hacía gracia que no obedeciera. Me encantaba ese carácter fuerte que latía bajo la superficie que siempre mostraba tan calmada y que solo la hacía todavía más atractiva.

—¿Ha sido un día duro? Pareces cansada.

—Trabajas en un rancho —replicó apartando la trenza para agacharse y sacar las botas manchadas de tierra—, ya sabes cómo es.

Reprimí una sonrisa aguantando en el sitio impasible mientras me observaba cruzando los brazos con las cejas oscuras enarcadas.

—Pues por eso mismo te lo pregunto. Yo también he tenido un día de…

—Sí. Estoy cansada —me interrumpió llevando las botas hasta el felpudo de la entrada— y estoy ocupada. No me apetece charlar. Quiero ducharme, cenar y, si todavía no me he quedado tiesa entonces, trabajar.

—Es tarde, deberías descansar.

—Claro, no se me había ocurrido. ¿A qué has venido exactamente? —Sus narinas aletearon visiblemente. Era reservada y estaba claro que desconfiaba de mis intenciones en ese momento.

Saqué su teléfono del bolsillo de mi cazadora vaquera.

—Encontré esto en la granja de Stover. Te lo he intentado devolver durante el día un par de veces, pero no fui capaz de encontrarte en la clínica veterinaria. Supuse que lo necesitarías para contactar con tus clientes.

Con los labios arrugados apretó los párpados para inspirar hondo.

—Mierda —susurró cruzando la sala para tomarlo con delicadeza de mi mano—. He estado tan liada que ni me había enterado de que lo había perdido. Gracias.

Sacudió la mano con el móvil como si no supiera qué hacer con él y se apartó de mí como si quemase. Recogió el envase de comida y se apuró a guardarlo en la nevera dejando el teléfono encima de esta.

—¿Quieres una cerveza por las molestias? Ah, no me quedan. Debería pasarme por el Dollar Matt Store. —De espaldas no me vio negar con la cabeza ni acercarme a ella. Cuando se giró llevaba una

botella de vino tinto mediada que extendió hacia mí poniendo una mueca—. Solo me queda esto.

Me acerqué más de lo necesario para tomarla y dejarla sobre el primer hueco que encontré.

—No me gusta mucho el vino.

Sus ojos bailaron frenéticos yendo de los míos hasta mis labios. Completamente oscurecidos, seguramente como los míos. Estaba demasiado cerca para lo que había pretendido esta tarde. Solo quería aprovechar para verla un rato y conocernos un poco más. No se me ocurrió dar un paso atrás y darnos un poco de espacio. No podía sacármela de la cabeza. A ella y sus malditas pecas.

Sin poder evitarlo levanté la mano y recorrí el rastro de sus pecas de una mejilla a otra cruzando el puente de su nariz con mi índice y me endurecí al ver cómo se estremecía sin dejar de mirarme.

—Joder, Woodhall, ven.

Subió las manos hasta mi nuca y tiró haciendo que acabásemos apretados contra la encimera antes de que nuestros labios se rozasen. Solo con una caricia de sus labios contra los míos se sintió igual de bien que la primera vez. Sus pechos contra mi torso. Mi erección contra su abdomen. Nuestras lenguas enredándose incapaces de darse una tregua. De repente algo crepitó entre nosotros como si fuese inevitable. Todo mi mundo había quedado invadido por Gaby y lo que sentía cuando estaba con ella.

La separé ligeramente y me bebí el gemido que se le escapó cuando la empujé hasta la nevera. La sangre hervía mientras ella me castigaba con su lengua y yo se la devolvía hasta que sentí cómo se rendía entre mis brazos pegándose más contra mí. Separé mis labios de los suyos y recorrí el espacio entre su cuello y su clavícula mordiendo, lamiendo y chupando intentando controlar un deseo que no había sentido antes igual.

Acaricié sus caderas y su cintura por encima de la deslucida tela vaquera y seguí subiendo por debajo del jersey torturándonos a ambos hasta que alcancé sus pechos. Su piel era suave, en contraste con mis manos ásperas y curtidas y sus pezones reaccionaron erizándose al instante a través de la camiseta.

El gemido que se le escapó me recorrió el cuerpo volviéndome loco. Sus uñas se clavaron con fuerza en mis hombros y me recorrió un escalofrío cuando hincó sus dientes en mi labio inferior. Gaby se retorció frotándose contra mí tironeando para librarme de mi cazadora y supe que estaba tan ida como yo, que estaba embriagada por la misma locura. Y que eran mis manos la que la hacía reaccionar de esa manera, que era por mí al igual que yo me moría por perderme en ella.

Mi cazadora cayó al suelo y con los brazos libres los bajé para soltar su cinturón. Sujetó mis dedos que estaban a punto de bajar la cremallera.

—Espera, espera —jadeó con el pecho subiendo y bajando contra mi otra mano.

—¿Qué pasa, Gaby?

—Que yo no… —sacudió la cabeza pasando la punta de la lengua por los labios sin que el resto de las palabras brotasen.

Sin soltarla eché el cuello hacia atrás con la respiración todavía alterada para observarla con atención. Bajó los párpados un instante sin hacer nada por alejarnos ni tampoco soltarme.

—¿Es por lo que dijiste el sábado en el coche, lo de que soy un cliente?

Parpadeó asombrada negando casi imperceptiblemente.

—Lo de antes iba en serio, necesito una ducha. Apesto a caballos, establo y terneros.

—No necesitas seducirme diciendo eso —bromeé sonriendo apartándole un mechón de la frente—. Y estoy seguro de que yo también.

—Pues que a mí me da… apuro.

«¿Qué?». Me costaba concentrarme en el sentido de la conversación cuando dos de sus dedos se habían posado sobre mi pene. Ella trabajaba con animales de cría mayormente y yo me había criado en un rancho desde que había nacido. El olor a establos y cuadras me parecía tan natural como el olor del puchero de mi tía Rita al entrar en la cocina. Estaba a punto de preguntarle si hablaba en serio cuando me fijé en el ligero azoramiento de sus mejillas.

—Tienes razón —respondí tras unos segundos apartándome ligeramente de ella. Gaby parpadeó con sorpresa, como si no se lo esperase, costándole soltarme. Estaba preciosa. Agarré su mano y entrecrucé los dedos con los míos—. Vamos. Yo también necesito ducharme.

No había ido buscando esto. Solo había querido acercarme un poco más a ella. Devolverle el teléfono y demostrarle que podíamos pasar un buen rato juntos fuera del trabajo para conocernos y viese que era un buen tipo. O que confiase lo suficientemente en mí para no mostrarse tan esquiva. Un poco de charla ligera con una cerveza. Y quizá, si la cosa se daba muy bien, despedirnos con un beso. Nada más.

Apenas di unos pasos hacia las dos puertas cerradas tirando ligeramente de ella cuando escuché un murmullo de algo muy parecido a un «a la mierda» con su mano agarrando más fuerte la mía. A partir de ahí todo se precipitó entre los dos mientras entramos a trompicones en el pequeño cuarto de baño.

Gaby tironeaba de mi camiseta tirándola finalmente a un lado de la puerta que cerré de un puntapié moviéndonos sin rumbo por la habitación sin dejar de devorarnos. En el momento en que sentí su aliento cálido contra el lóbulo de la oreja justo un segundo antes que sus dientes tironeándolo perdí el control. Tiré de sus pantalones medio abiertos hacia abajo, le rodeé las costillas con las manos y la levanté para posarla sobre la pileta del baño cruzando sus piernas a mi espalda. Me incliné hacia adelante para entrar en su boca una vez más colando las manos bajo su camiseta para acariciar esa piel

suave y dorada que me volvía loco mientras que ella lograba librarme de los pantalones.

Cuando sus dedos fuertes y firmes rodearon mi erección sentí que se me paraba el corazón. Quise hablar, pero solo fui capaz de soltar un gruñido porque no aliviaba la presión sobre mi miembro. No podía hablar. No podía pensar. Solo podía verla a ella y la espiral de deseo que había creado en mí y que estaba a punto de convertirme en algo primitivo. Casi un animal. Me moría por entrar en ella y dejarme llevar. Pero sabía que tenía que tratarla con cuidado. Apreté la mandíbula fijando un instante la vista en la pared de detrás buscando calmarme.

Gaby me agarró por la mandíbula y me obligó a mirarle.

—Trevor —tenía los labios hinchados, los ojos vidriosos y la voz completamente enronquecida del deseo—, ahora ni se te ocurra controlarte.

—No quiero pasarme o hacerte...

Me interrumpió apretando con fuerza mis caderas con sus muslos.

—No soy una florecilla, no me voy a romper.

Me abalancé contra su cuello lamiendo la piel morena hasta detenerme en el punto donde se le marcaba el latido y mordí hasta escuchar su gemido. Colé una mano entre sus piernas hasta llegar a las sencillas bragas de algodón gris que se interponían en mi camino. Lamí la zona dolorida ascendiendo hasta la barbilla sin dejar de acariciarla por encima del algodón intentando ganar un poco de tiempo. Su respiración se iba acelerando con cada toque. Las uñas de su mano libre subieron por mi espalda hasta clavarse en el omóplato y con cada gemido sentía un espasmo en el pene. Estaba a punto de perder el control. Si seguía así iba a terminar antes de haber comenzado siquiera.

Me aparté para mirarla pellizcándole un pezón a la vez que la estimulaba entre las piernas disfrutando de ver cómo se retorcía. Agarré la tela gris y tiré por ella para un lado y después pasé los

nudillos por su humedad. Jadeó dejando caer la cabeza contra la pared aflojando la tensión de las piernas. Lo volví a hacer dos, tres, cinco veces hasta que vi que perdía el resuello. Estaba a punto de caer y yo de hacerlo con ella.

Pasé la punta de mi pene entre sus labios de arriba abajo en sustitución del puño tan despacio como pude y me detuve contra su clítoris.

—¡Ah! —exclamó—. Me va a dar algo.

«A mí también». No pensé, solo empujé de golpe hacia delante hasta enterrarme en ella tan profundo como pude. Quería ir despacio, darle un tiempo para que se acostumbrara a sentirme dentro y que los dos disfrutásemos con la sensación.

No lo logré.

Ver a Gaby farfullando medio ida sacudiendo las caderas hizo que se me olvidasen todas mis buenas intenciones. Notar cómo sus paredes se estrechaban contra mí con ansia me estaba matando. Sus uñas se clavaron en mis antebrazos y leí en los ojos entrecerrados la misma súplica que yo sentía por dentro. Sentía su calor rodeándome a punto de abrasarme. Sentí de nuevo esa energía vibrante había llenado mi jeep la primera vez que la había besado. Y también algo más en lo que no quise reparar.

—Sigue, por favor.

Obedecí como si me fuera la vida en ello. Tal vez lo fuera. Gaby lo había pronunciado más bajo que un susurro, pero sus palabras retumbaban en mi cabeza. Entré y salí rápido y con fuerza una y otra vez llenándola. Me despedí de cualquier atisbo de control que pudiera quedar incapaz de parar. La embestí sin piedad con el sudor recorriéndome la piel. Estaba cerca, muy cerca.

Y ella no dejó de mirarme a los ojos en todo momento.

—Trevor, ya.

Noté un calor abrasador ascendiendo por toda mi columna vertebral que anunciaba el final. El aire se estancaba en mis

pulmones demandando por más. No podía parar. No sabía si iba a ser suficiente como para darle lo que necesitaba. Sus talones se hundieron en mis nalgas con ímpetu y justo antes de derrumbarme sobre ella la sentí desmadejarse entre mis brazos tras soltar un gemido ronco. Al parecer, había llegado a tiempo.

La rodeé con los brazos para apoyarla contra mi pecho sudado sintiendo que respiraba con dificultad, como yo. Nunca había sentido algo así, como si estuviese a punto de perderme dentro de una mujer como en aquel momento con Gaby. Era una sensación nueva, cálida, preciosa y un poco acojonante. Enterré su cara en mi cuello y le besé la coronilla quedándome quieto por un largo momento. Si ella me dejaba, yo estaba dispuesto a averiguar qué era.

11. GABY

—Buenos días. —La voz grave de Trevor sonó ronca en algún punto detrás de mí.

En vez de abrir los ojos, me cubrí con la sábana hasta donde me dio el brazo. Todos los recuerdos de la noche anterior me golpearon las tripas con fuerza. Había sido una puta locura en todos los sentidos. Trevor me había hecho bajar la guardia. También me había arrancado cuatro orgasmos. Y si apretaba los párpados con fuerza todavía podía sentir su lengua entre mis piernas.

Estaba claro que había perdido la cabeza.

Claro que por primera vez en los últimos cuatro años me había sentido viva. Renacida. Libre de todo el miedo que a los peores días revivía en la cabeza. Trevor Woodhall no solo me había regalado la noche más placentera de mi vida, sino que me había arrancado de esa zona oscura y sola en la que me escondía y me había traído de vuelta. Y eso me gustaba y me ponía de los nervios a partes iguales.

Era todo lo contrario al plan.

Su risa franca sonó justo sobre mí tirando por la sábana para descubrir la cabeza.

—El desayuno ya está listo. Y deja de esconderte y de ponerte nerviosa.

Habíamos follado duro en el baño. Pensaba que se marcharía después de eso, pero me desnudó con calma y me metió en la ducha donde lo hicimos de nuevo.

Y después del último en la cama caí rendida casi sin sentido. Acostarme con él había sido una idea estúpida. Aunque más que una idea, había sido un impulso incontrolable. Algo adictivo y poderoso que había hecho que mi autocontrol se evaporase y no volviese hasta la mañana.

Me obligué a separar los párpados y lo encontré exhibiendo su sonrisa magnética. Era demasiado atractivo para esa hora del día, y más si solo llevaba puestos los pantalones con el cinturón colgando sin abrochar. Tenía el mentón afilado cubierto por una ligera barba y el cabello claro cayendo revuelto sobre el rostro haciéndolo ver todavía más sexy.

Me cubrí los ojos con las manos al ser consciente de que me había metido en un buen lío. Acababa de despertarme y ya estaba deseando enredar los dedos por esos mechones desordenados.

—¿Cómo te las hiciste? —Recorrió la cicatriz de mi brazo derecho con tanta delicadeza que me puso el vello de punta mientras otra parte de mí regresaba a la realidad.

—Un accidente con un coche, hace varios años —contesté de manera esquiva.

Asintió pasando a la cicatriz del brazo izquierdo, que iba desde el nacimiento de la axila hasta un par de dedos por encima del codo. Siempre llevaba mangas largas para olvidar que estaban ahí o que los demás lo supieran. Debía ser la única persona de Strokeville que las había visto.

—Es larga. Debió doler.

—Mucho —respondí incorporándome intentando cubrirme con la almohada y escapar de su tacto—, pero ya quedó atrás. Muy atrás.

—¿Es de cuando vivías en California?

Asentí dejando la cama.

—Todavía iba a la universidad. —Saqué una sudadera enorme que usaba para estar por casa y me la puse a toda prisa.

—¿Y no echas de menos tu vida en Los Ángeles? ¿Piensas en regresar?

No quería seguir con la conversación así que salí de la habitación con él detrás. Estaba claro que no me iba a dejar en paz. Cogí uno de los platos de la encimera. Huevos revueltos con salchichas y algo que no pude descifrar a simple vista. El desayuno de un verdadero vaquero. Con un gesto ambiguo señalé hacia la fotografía que presidía la estantería lacada.

—Mi madre murió pocas semanas después de que nos sacásemos esa fotografía. Mi abuela cuando me faltaba un año para terminar la carrera. Después de perderlas ya no me quedaba nada en la ciudad. Cambiar de aires pareció la mejor opción.

Lo solté del tirón. Era verdad, aunque no *toda* la verdad. Perder a mi madre había sido duro. Solo tenía doce años y estábamos muy unidas. Mi padre había sido un impresentable que se había largado antes de que yo naciera, así que mi madre se mudó al piso de la abuela porque necesitaba su ayuda. Y tras perderla en un accidente de trabajo, la abuela se encargó de mí hasta que fui lo suficientemente mayor como para invertir las tornas. Al menos, el infarto se la había llevado antes del «accidente» de coche. Sacudí la cabeza exorcizándome de los pensamientos oscuros que intentaba mantener a raya. Saqué un tenedor del cajón y le apunté con él.

—¿A qué fuiste ayer a la granja de Stover?

El granjero se mostraba tan poco sociable como yo o peor, así que no creía que se tratase de una cordial visita de vecinos. Aunque me daba igual. Solo quería que la conversación se mantuviese en un lugar seguro para mí hasta que se marchase o lo echase. Lo que pasase antes.

—El viejo necesita el dinero y la granja se le ha quedado grande. No tiene quien le ayude.

—¿Y la vais a comprar? Pensaba que vuestro rancho ya era suficientemente grande —pregunté esperando desviar la atención. Cuando me observó sin responder me metí en la boca el trozo de

salchicha más grande que pude encontrar. Pensaba estar sin hablar todo el tiempo que pudiera.

—Si se decide a venderla, sí. Tampoco la vamos a comprar entera, porque el hombre quiere conservar parte de sus tierras. —Se sentó a mi lado con un desayuno similar al mío—. No se trata de ampliar el tamaño del rancho. Por sus fincas pasa el río y tiene varios acuíferos subterráneos. Los caballos y los pastos necesitan agua, sobre todo cuando viene un verano seco que deja la mitad de las tierras áridas.

Lo escuché en silencio explicando los problemas que habían tenido años atrás por la falta de agua debido a un invierno y primavera secos seguidos de un verano demasiado caluroso engullendo un bocado tras otro. Aquella cosa oscura tampoco estaba tan mal, aunque seguía sin identificarla. Agradecí interiormente que los problemas del rancho se hubieran convertido en el tema principal de la conversación donde podía limitarme a asentir y soltar alguna frase.

Tenía que pedirle que se fuera y reventar esa bonita burbuja que se había creado la noche anterior, pero que no era real. No era capaz. Quizá porque seguía bajo el embrujo de anoche o porque no me parecía bien echar a alguien que acababa de hacerme el desayuno. En cambio, me quedé calladita fijándome en su torso desnudo y definido recordando cómo lo había arañando la noche anterior al ver unas finas líneas rojizas.

El ligero codazo y la mirada burlona del vaquero me trajeron a la realidad al instante. Me había pillado y se lo estaba pasando en grande. Al parecer, la única que seguía atontada y medio dormida era yo. Abrió la boca para decir algo, pero el tono de un teléfono sonó en algún lugar de la casa y Trevor se incorporó a toda prisa mascullando algo por lo bajo.

Terminé el desayuno, recogí los platos y los dejé en el fregadero escuchando su voz como un murmullo lejano. La casa era tan pequeña que no daba mucha intimidad. Tampoco la necesitaba: vivía sola y era la primera vez que tenía algún tipo de visita. Sobre

todo, una de las que se quedaban a dormir. Abrí la nevera y me serví un vaso de agua que bebí con calma esperando a que el extraño silencio que se había adueñado del salón desapareciese.

Debía hacer algo, pero no sabía qué tenía que hacer o decir. No estaba acostumbrada a esta situación. Nunca había sido de rollos de una noche hasta que me mudé a Texas y me vi abocada a ello. Antes de eso no había tenido relaciones muy largas, pero sí novietes, así que las veces que había amanecido acompañada era una situación cómoda con alguien conocido y fácil de manejar para ambos.

Y después de la mudanza no había existido ninguna situación que manejar. Nunca me había quedado a pasar la noche con ninguno de mis escasos ligues en San Antonio. Bastaba con subir a la ranchera e irme al acabar. Nada más.

Trevor regresó unos minutos después con la frente fruncida, vestido por completo y con el teléfono todavía en la mano.

—¿Ha pasado algo? ¿Algún problema en el rancho?

—Algo así. Probablemente hoy vendamos a Prince.

Conocía a Prince. Era un precioso percherón joven de pelo caoba con un carácter fuerte pero más dócil que su famoso padre al que había tratado en varias ocasiones, aunque nunca por nada serio. Hice una floritura con la mano para que continuase, pero sus ojos del color de la miel brillaron sin añadir nada más.

—¿Entonces…? Son buenas noticias.

—Deberías comentárselo a mi hermano, a ver si está de acuerdo.

—Pensaba que os dedicabais a eso, a criar caballos para venderlos.

—Sí —respondió rascándose la nuca con una sonrisa—. Los Woodhall somos un poco cabezotas, pero Jarrad lo es aún más que el resto. Prefiere venderlo a otro tipo de comprador y está poco acostumbrado a ceder.

No entendía la explicación, aunque iba a preguntar. Los nervios aumentaron en cuanto se acercó lo suficiente para posar una de sus manazas curtidas en mi hombro.

—Será mejor que me vaya antes de que se le ocurra pagarlo con Isabella, que es quien nos ha conseguido el comprador.

Su pulgar trazó varios círculos bajo mi clavícula. Tenerlo tan cerca, volver a sentirlo sobre mi piel me puso un nudo en la garganta que no me dejaba hablar y tuve que obligarme a tragar saliva para deshacerlo.

—Bueno, … Entonces… —Levanté la mano en el estrecho margen que había dejado entre los dos—. Hasta luego. Ya nos veremos.

Se inclinó dándome un beso fugaz y dulce que me abrió las ganas. Hubiera querido más, pero estaba bien para una despedida.

—Hasta luego, Gaby. Nos vemos esta noche al salir del trabajo.

Parpadeé perpleja viéndolo acercarse a la salida. No estaba muy segura de lo que había pasado, pero no había salido como yo pretendía.

—Perdona, Trevor. —Se volvió con la puerta a medio abrir. Hice un gesto rápido señalándonos a ambos intentando ser más clara esta vez—. Esto no se va volver a repetir.

—Claro que no, Winston. La próxima vez cenaremos antes.

«¿La próxima vez?»

El sonido de su carcajada se escuchó nítido desde el otro lado de la puerta. Los nervios me recorrieron de arriba abajo la columna. Y aun así me incliné hacia la ventana lateral y me quedé allí hasta que su vehículo desapareció en la parte superior del sendero que desembocaba en mi casa.

La luz del sol era todavía tenue en las ventanas delanteras. Era temprano. Mucho más de lo que solía despertarme para mi trabajo, pero era bien sabido que los rancheros amanecían muy

pronto para hacer todas sus faenas. Regresé a la habitación y comprobé el desastre en que habíamos convertido la cama. No podía volver a dormirme después de todo lo ocurrido, así que abrí el armario buscando ropa limpia de diario y me dirigí directa al baño. Iba a necesitar una ducha de las buenas para poder despabilarme por fuera y por dentro.

12. TREVOR

El resto de los coches de la casa todavía estaban en el garaje cuando aparqué el mío. Era temprano, aunque no tanto como para que no me encontrase con toda mi familia en la cocina con el desayuno en la mesa, así que me apresuré a subir a mi habitación para cambiarme de ropa tras una ducha rápida y unirme a ellos.

La tía Rita me dedicó una sonrisa y señaló mi asiento con el cazo en una pregunta muda a la que respondí que sí sirviéndome una taza grande de café antes de sentarme en mi sitio de siempre. La tía se secó las manos en el mandil antes de posar una fuente con los restos de huevos, tocino y tortitas en medio de la mesa y volver hacia la nevera.

—¿Has amanecido muy temprano en otro lado o es que se te han pegado las sábanas, hijo?

—Déjalo, Rita —replicó el tío jugueteando con su taza de café —. Cuando acabaron el instituto acordamos que no queríamos saber de sus líos de faldas y pienso mantenerme así. Sobre todo, porque son un desastre.

Me eché a reír al ver cómo la tía le daba la razón antes de sentarse a su lado y pregunté:

—¿Podéis haceros cargo vosotros de las cuadrillas por la mañana?

—Claro. ¿Ha pasado algo?

Negué mientras me servía una buena cantidad intentando retrasar la discusión que sabía que estaba por venir, aunque la

mirada insistente de Jarrad me hizo bajar la tostada y soltarlo de golpe.

—Isabella me ha avisado de que la chica de Menard y su entrenadora llegarán sobre las nueve para conocer a Prince y quiero estar presente.

—Ah.

Arrugó el ceño a la vez que apartaba el plato, pero me sorprendió no añadiendo nada más.

El tío abrió la boca para preguntar algo, pero la tía se le adelantó clavándole el codo en las costillas y negando sin discreción con la cabeza. Las discusiones por la posible venta de Prince habían sido un tema recurrente en la última semana, aunque intentábamos evitarlas durante las comidas para no disgustar a la tía.

—¿Habéis sabido algo más de Kevin? —preguntó desviando por completo la conversación. Era algo que hacía con frecuencia en esas ocasiones y se le daba bien.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser, Bill? ¿Qué ponía en el periódico de ayer?

Mi tío espantó sus palabras sacudiendo la mano en el aire con desagrado.

—Eso son mentiras y el que lo ha escrito es un sinvergüenza. El chico anda cabreado y mi hermana está que se sube por las paredes. Me la encontré ayer en el centro y estaba discutiendo con la señora Grass por eso.

—Me refería a los robos, cielo —aclaró con una sonrisa apretada recolocándose los rizos tras la oreja—. Por si le habían informado de algo sus colegas de Nuevo México. O por si ya los habían atrapado antes de que llegasen a Texas y ya no tenemos que preocuparnos por eso.

Los tres negamos casi a la vez. Kevin no había vuelto a informar de nada, lo que probablemente significaba que no había grandes avances en ese tema. Tampoco es que tuviese que

haberlos. Texas estaba lleno de pequeñas ciudades con ranchos tan importantes o más que el nuestro, y no era el único estado del país con empresas de explotación equina.

Y eso si eran verdad las hipótesis del oficial que había alertado a mi primo sobre el caso.

En cuanto mi tía apoyó las manos sobre el mantel para levantarse, Jarrad se incorporó adelantándose al recoger la mesa y meterla en el lavavajillas mientras la conversación derivaba hacia la comida del domingo antes de que los tres nos acercásemos a darle el acostumbrado beso de despedida y saliéramos de la casa.

Enfrente de la casa, en el saliente del garaje, había aparcados ya cinco coches que pertenecían a personas que teníamos contratadas en el rancho y que nos aguardaban fuera de los vehículos. Antes de que mi hermano siguiese al tío, lo enganché por el hombro y lo interpelé:

—Si quieres estar presente podemos decirle a John que se encargue de una de las cuadrillas.

—Mejor te ocupas tú de Prince y yo del tío —respondió entre gruñidos en voz baja tras dirigir un par de miradas hacia los hombres—, que si lo dejamos solo seguro que vuelve con lumbago. Y yo soy capaz de truncarte la venta sin despeinarme.

Me soltó un manotazo brusco en la espalda para luego echar a andar hacia el resto y yo me dirigí al picadero para prepararlo todo antes de que llegasen las compradoras y atender al resto de los ejemplares que estaban en esa edificación.

Jarrad se lo había tomado mucho mejor de lo que me esperaba o quizá sus intentos de conseguir inversores estaban siendo menos fructíferos de lo deseados y había aceptado la venta. Hacía días que no me hablaba de ello, y sospechaba que podía ser por eso. Y lo del tío era cierto, era otro cabezón que en cuanto se quedaba a solas con los muchachos enseguida creía que tenía treinta años menos y después se echaba una semana que no se podía poner derecho por los dolores. Aunque el trabajo de hoy no

era especialmente pesado, así que sospechaba que no quería venir por lo primero.

Cuando la entrenadora llegó todavía estaba preparando el amplio espacio del picadero para que nuestras visitantes pudieran probarlo. Isabella me hizo un gesto rápido hacia el compartimento de Prince y no necesité seguirla para saber que lo estaba cepillando y preparando para que la primera impresión que se llevasen de nuestro chico fuese la mejor posible.

Dejé que el olor del heno, los caballos y la tierra me llenasen la cabeza mientras me ocupaba de una tarea pendiente tras otra. De todo lo que no pudiese adelantar ahora tendría que ocuparme después de que se fuesen y normalmente los compradores solían tomarse su tiempo para decidirse. Y solía ser más cuanto más caro fuese el ejemplar, así que por el precio que íbamos a pedir por Prince estaba seguro de que estaría allí hasta cerca del almuerzo.

Tras responder a una llamada de teléfono Isabella salió del establo para guiarlas y recibirlas y poco después escuché el sonido de un vehículo deteniéndose en las cercanías. Ya habían llegado. Entré directo en el compartimento de Prince y le pasé la mano por la mejilla aterciopelada dejando que me olisquease como solía.

—¿Estás preparado, chico? Hoy tienes que darlo todo.

No pude evitar sacar el teléfono del vaquero y enviarle un mensaje a mi hermano con las dos entrenadoras conversando entusiasmadas a mi derecha con la vista puesta en la pista de entrenamiento. La chica y el caballo llevaban ya un buen rato juntos y si algo sabía de caballos podía decir que ambos habían conectado. Había muchos motivos por los que comprar un caballo además de ese, aunque los jinetes con bajo presupuesto no tenían tantos, y menos cuando están empezando a competir en serio.

Y en este caso estaba más que claro: Charlotte y Prince habían conectado. Y lo habían hecho desde que ella extendió la mano para darle pienso y él había movido las orejas y se había acercado a la valla con total tranquilidad para comer de ella. Como si no hubiera nada más. El animal había reaccionado de manera

positiva a todos los acercamientos de la chica y solo con un poco más de reserva con la entrenadora. Y ahora que Charlotte lo cabalgaba las dos estaban muy contentas con el desempeño conjunto.

Me había recordado a mi primera vez con Red Smoke, nuestro chico de oro. O a la primera vez que Gaby lo atendió. Sacudí la cabeza para no distraerme con pensamientos que me acabarían llevando a lo sucedido en las últimas horas en la pequeña casa de madera y abrí la aplicación de mensajería.

Yo: Esto está hecho. Las dos están encantadas y Prince también. En cuanto cierre la venta me uno a vosotros si aún no habéis regresado.

Levanté la cabeza y vi a la chica terminando de practicar un ejercicio sencillo en torno a los barriles antes de levantar el dedo con una sonrisa satisfecha hacia su entrenadora. Guardé el móvil en el pantalón sin aguardar la respuesta de Jarrad y me acerqué hasta las dos entrenadoras.

Ya pasaba de la hora habitual de comer en el rancho cuando nos despedimos de ellas. Me rugía el estómago y con una mezcla de sentimientos empujé ligeramente a Isabella Blackhorn en dirección a la casa principal sin prestar atención a sus palabras.

—Puedo ir hasta el centro a por comida…

—Y también puedes sentarte en la cocina y disfrutar de la comida de mi tía mientras nos da palique —repliqué cerrando el portón tras ella.

A diferencia de otros empleados, Isabella no comía con el resto. Se traía algo para el almuerzo o se iba a una de las cafeterías del centro y comía sola, pero se había hecho demasiado tarde para ello. Además, lo de Prince estaba casi cerrado y en parte había sido gracias a ella y a sus contactos y quería celebrarlo.

Habíamos firmado un preacuerdo de compraventa por el caballo que se cerraría antes de acabar el mes si todo salía según lo previsto. No éramos los únicos que precisábamos patrocinadores

para dar el salto y conseguir objetivos más ambiciosos, y ellas necesitaban todavía varios miles de dólares para poder hacer frente al pago.

Eran casi las seis de la tarde cuando me sorprendieron dos golpes en el vano de la puerta de «la cueva» rodeado de papeles. John Buttler con las perneras manchadas de tierra y esa sonrisa cínica que conocía desde los siete años observaba el desastre desde el pasillo. Sabía por qué contenía la risa. Aquel despacho estaba a punto de convertirse en una leonera de la que apenas había sido capaz de mejorar la contabilidad o de ordenar el caos en todos aquellos días. Era un desastre que no sabía ya por donde atajar en el poco tiempo que disponía ni tampoco le dedicaba grandes esfuerzos.

—Me parece increíble que el rancho siga funcionando viendo *esto*, Trev.

—Pues imagínate cómo de mal lo llevarán el resto —respondí haciéndole un gesto para que entrase.

Mi amigo se sacudió la ropa de trabajo antes de entrar y se colocó ante la silla sin llegar a sentarse.

—¿Estás muy ocupado?

Giré la vista en redondo por la estancia y posé la mano sobre la montaña de papeles que tenía delante y que ahora coronaba el precontrato recién firmado y que había sido el motivo inicial por el que había entrado allí después regresar del picadero tras ayudar a Isabella a acondicionar la pista para los siguientes entrenamientos ya que no había nadie más disponible para hacerlo.

¿Ocupado? Era un eufemismo, claro.

—¿Qué necesitas, John?

—Que me acerques a Strokeville. He venido en el coche de mis primos y se han largado antes de que nuestro grupo acabase.

Me incorporé casi al instante asintiendo y lo empujé entre bromas de camino a la cocina para despedirnos de la tía y coger una

cazadora. Si John me lo pedía era porque lo necesitaba y ese desastre de papeles sin clasificar no se iba a escapar de ahí hasta que regresase. Esperé en el jeep a que entrase comprobando el teléfono; ni rastro de Jarrad, aunque su cuadrilla ya había terminado.

John tenías las piernas agarrotadas de tanto cabalgar durante toda la jornada y se las masajeaba mientras me explicaba cómo les había ido con los pastos del noreste antes de pasar a otros temas más intrascendentes, pero en los que se extendió mucho más. Como en los rumores surgidos respecto a los posibles ladrones de caballos a pesar de la falta de indicios.

Al parecer, varios trabajadores que llevaban poco tiempo en el condado habían tenido algunos percances sin importancia y todo por no ser de aquí. La mayoría de la gente decía que no creía en la noticia, pero aun así se había avivado la desconfianza de algunos vecinos. Era el problema de siempre en los lugares pequeños.

A pesar de que no había aparcado allí, me pidió que lo dejase en el Sally's dándome un codazo para que no hiciese preguntas. No necesitaba hacerlo. A todos nos había quedado muy claro lo que pasaba entre el vaquero y la camarera de cabello platino y mechones de colores al verlos escabullirse juntos de la zona de baile.

Noté el rugido del estómago, pero en vez de entrar en la cafetería me dirigí al Dollar Matt Store. Si seguía a mi amigo al interior le cortaría el plan con Anitta, además de que en casa me esperaba un montón de trabajo. En concreto, el que no quería hacer. Así que entré y cogí dos paquetes de comida precocinada pensando en Jarrad y un paquete de chicles de menta y saqué el teléfono del bolsillo mientras esperaba en la cola al escuchar entrar varios mensajes.

Jarrad: Anderson nos da otra oportunidad. Tenemos que presentarle las cuentas antes de final de mes. Consigue a alguien que nos las lleve ya.

Estrujé el teléfono con una mano y me colé por uno de los pasillos. Necesitaba una cerveza. En realidad, necesitaba un contable, pero conocía lo suficientemente bien a Vera Stanway como para saber que presionar muy directamente no me iba a llevar a nada. Quizá a que me mandase a paseo. Pero yo no podía poner al día toda nuestra documentación en tan poco tiempo. Rayos, con la cantidad de trabajo que daba llevar un rancho no podría hacerlo ni en meses.

«Menuda mierda»

Dejé la comida y el pack de seis cervezas frías en el asiento contiguo decidido a regresar al rancho y encerrarme en «la cueva» hasta que se me ocurriese un plan o se me subiese la cerveza a la cabeza. Lo que antes sucediese. En cambio, al llegar al cruce pasé recto y frené delante de la clínica veterinaria. Era demasiado tarde para que tuviera las luces encendidas. Y también lo era para que yo estuviese allí frente a su puerta. No tenía tiempo para esto. Y, aun así, detuve el jeep junto a la acera y en cuanto empujé la puerta la vi con cara aburrida en la sala de espera leyendo lo que parecía algún tipo de manual sobre los muslos.

—Está cerrado —indicó sin levantar la cabeza con el cabello recogido en una coleta alta y que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Llevaba una sencilla camiseta azul de manga larga y unos vaqueros con las rodillas medio rasgadas—. Vuelva mañana en horario de consulta, salvo que sea una urgencia.

No respondí de inmediato. Cerró el libro con un golpe seco y pareció sorprendida al verme.

—¿Qué haces aquí?

—Pensaba que te habías olvidado la luz encendida o que había pasado algo. ¿Y tú?

Abrió la boca, la cerró y dejó el libro sobre una mesita cercana antes de responder:

—Esperar. Le he prestado la furgoneta a Vera Stanway porque sigue sin coche y tenía que ir a Kerrville.

—Y se ha hecho tarde.

Asintió con las manos cruzadas sobre las rodillas. Su casa quedaba lo suficientemente apartada como para que no resultase buena idea regresar caminando a esas horas cuando ya estaba oscuro. O, al menos eso era lo que había aparecido como excusa en la cabeza para aproximarle señalar al exterior.

—Pues entonces tienes suerte de que esté a punto de meterme a taxista. Acabo de traer del rancho a Buttler. Vamos.

Se retiró un mechón del flequillo lateral que le tapaba los ojos alternando la vista entre los míos y la puerta abierta a mi espalda.

—Un momento que le envío un mensaje por si ya está cerca.

Pensé en que yo también debía enviarle un mensaje a Stanway para averiguar de una vez si podía contar con ella o debía buscar a otra persona dispuesta a ayudarnos a lidiar con el caos. Esperó un par de minutos concentrada en la pantalla iluminada hasta que se apagó.

—Vamos, Winston. Envíale otro diciéndole que te acerque las llaves mañana que tengo el taxímetro en marcha.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba y extendió el brazo para asir la bandolera que colgaba de la silla saliendo tras de mí para cerrar la clínica. Entré en el jeep y cuando me volví me encontré con una mirada interrogante con un paquete de comida preparada en la mano.

—Lo compré porque seguramente se me haga tarde currando en el despacho de casa.

—Pues sí que tienes hambre —replicó agarrando el segundo envase que se había escurrido hasta el suelo.

—Es para mi hermano, por si se une.

—Claro.

Disimuló la sonrisa echando la comida al asiento trasero y sin añadir nada más volvió a teclear con rapidez en el teléfono. El viaje fue mucho más tranquilo y silencioso que el trayecto de ida y la

mayor parte del tiempo me esforcé en concentrarme en la carretera y no en el dulce olor a malva que me llegaba del asiento contiguo cada vez que se movía y que me evocaba lo sucedido entre los dos la noche anterior.

Detuve el vehículo frente a la puerta de entrada de la cabaña y esperé a que se soltase el cinturón y se despidiese para regresar al rancho. Gaby sin decir una palabra tiró del freno de mano hasta que no dio más de sí y giró las llaves en el contacto para poder sacarlas y meter el llavero en el dedo girándolo como si se tratase de un anillo.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Sonrió.

—La cena que me prometiste esta mañana.

—¿Qué?

—Ya que la has traído, vamos a aprovechar.

—Entendí que no querías repetirlo. —La imité señalándonos con el índice.

—Podría repetir solo una noche más, vaquero. ¿Y tú?

Me estiré como pude por el hueco entre los asientos para abalanzarme sobre la comida precocinada e imitarla al abrir la puerta del vehículo.

—Una noche más. De acuerdo.

13. GABY

Me despertó la delicada caricia de la mano curtida de Trevor contra la melena en mi espalda antes de separarse para calzarse las habituales botas de trabajo. El delicioso aroma a café recién hecho en algún punto de la casa me hizo espabilar del todo y abrir los ojos para deleitarme su perfil.

—¿Ya estás despierta? —preguntó acercándose lo suficiente para rozarme los labios.

Asentí desperezándome a sus espaldas viendo como rebuscaba su vieja gorra de beisbol entre el gurruño que habían formado mis prendas de la noche anterior a un lado de la cama. Se la colocó domando en parte el desastre de su pelo y me guiñó un ojo de camino a la puerta. Me costó demasiado no pedirle que se olvidase del rancho y regresase a la cama conmigo o, al menos, me diese un beso en condiciones. En cambio, le devolví la sonrisa sin moverme del sitio cuando se giró al lado de la puerta.

Y Trevor volvió a saltarse todos los límites que yo nos había auto impuesto en mi mente aproximándose hasta la cama y besándome con delicadeza en los labios antes de ajustarse la gorra.

—Tienes el desayuno esperándote en la cocina, dormilona. Nos vemos luego.

Me obligué a no levantarme de la cama para verlo marchar como había hecho otras veces. Llevábamos una semana con esa rutina. Todas las noches venía a mi cabaña con cena para dos que tomábamos en la mesa de la terraza mientras atardecía o ya de noche si no llegaba a tiempo. Y todas las mañanas se iba temprano, cuando amanecía. Y más de una vez me descubrí preguntándome

ansiosa si lo volvería a ver otra vez o si esa había sido la última noche juntos.

Tiré las sábanas a un lado y me puse la primera camiseta que encontré para disfrutar del desayuno. Algo me estaba pasando en la cabeza que no me dejaba funcionar con la normalidad de los últimos tiempos. Años. Probablemente era que llevaba demasiado tiempo sola y fuese verdad eso que decía Jon Bon Jovi de que nadie es una isla. O quizá se debía a que era más permeable de lo que me gustaba reconocer y Trevon Woodhall había encontrado la manera de colarse muy adentro de mis pensamientos. Algunas veces cenábamos conversando como si fuésemos viejos amigos y otras nos arrastrábamos hasta el dormitorio y tomábamos la cena fría cuando ya nos habíamos saciado mutuamente. El sexo con Trev era tan bueno que me evadía de lo demás y aunque sabía que no iba a durar mucho no podía evitar disfrutarlo durante el tiempo que lo tuviera.

Di un trago largo al café caliente de pie ante la ventana que daba al patio posterior y mi cabeza evocó distintas imágenes entre él y yo, así que me giré para tirarme en el sillón que apenas usaba y que estaba libre de ese tipo de recuerdos. Y el problema era que empezaba a afectarme. Fuese por la soledad o porque ese vaquero se había sabido hacer un hueco a base de caricias, confidencias y sonrisas, el caso es que lo había logrado y eso era algo que no me quería permitir. Porque en más de una ocasión a punto de dormirme sobre su pecho o riendo por una de sus ocurrencias me había visto tentada a confiar en él y soltar la lengua.

«Pero, al menos, has entrado en razón y no lo has hecho»

La única parte sensata que debía quedar en mí tenía razón: había resistido sin abrir la boca. Y para eso había una sola razón. Antes de vivir en Texas había pasado toda mi vida en California y, aunque no era la persona más popular del mundo ni estaba interesada en serlo, había conocido a un número suficiente de personas desde el jardín de infancia hasta la universidad con diferentes niveles de confianza. Como todo el mundo, lo normal.

Pero tras la pérdida de mi madre y también después de mi abuela, cuando las cosas se pusieron feas y necesitaba apoyo toda esa gente se hizo a un lado para evitar que les salpicase.

Y eso por no pensar en lo peor.

Me incorporé de un brinco queriendo espantar esas memorias y agarré dos tostadas que me comí con rabia y sin poder saborearlas. Al final, la vida me había demostrado que únicamente había podido confiar, pero confiar *de verdad*, en mi familia, pero ahora ya no la tenía. Y Trevor no lo era. Podía conocerlo desde hacía tres años y pico, pero solamente de vista.

Hasta hacía unas dos semanas éramos casi extraños. Conocidos. Nada. Personas que hablaban sobre caballos. Y, según lo que la vida me había enseñado hasta el momento, unos días no era nada como para poder arriesgarme a exponerme y que me traicionaran de nuevo. Tiré lo que me quedaba en la mano sobre un plato cercano. La boca me sabía a cartón y a decepción. Regresé a la habitación para prepararme y el olor a cuero, tierra y una especia salvaje me invadió y se me escapó un suspiro.

La noche pasada ese mismo olor me había rodeado actuando como un somnífero hasta que me dormí sobre su pecho completamente relajada y saciada. Y ahora Trevor estaba por todas partes. No me podía quejar. Hacía años que no me sentía así, tan llena. Tan viva.

Tal vez fuese porque Trevor me había dado las noches más salvajes y placenteras de mi vida y con cada encuentro que teníamos encajábamos mejor y ambos nos esforzábamos en darnos placer el uno al otro como si fuese la mayor prioridad en la vida. En cierto modo, lo estaba siendo. Una vez encerrados en mi habitación, fuera no existía nada más.

Con media sonrisa en la cara me acerqué a la ventana y la abrí para que su olor característico y los recuerdos de la noche se escapasen por la rendija mientras me daba una ducha caliente que me desentumeciese el cuerpo y me ayudase a aparcarlo en algún rincón de la cabeza antes de revisar la agenda del día.

Eran casi las doce del mediodía cuando acompañé a Greg Jameson y a ese ayudante perezoso hasta la salida de mi clínica despidiéndome de ellos con la cara más afable posible, aunque por dentro estaba deseando que se callase y se largase para poder comprar la comida en la cafetería y encerrarme en mi despacho para poner al día los expedientes, ocuparme de los correos y planificar las citas y tareas pendientes para los próximos días.

Pero en vez de eso me limité a esperar allí de pie con la mano extendida. Ese hombre era un caradura que había demorado todo lo posible el pasarse por la clínica a recoger la factura de las vacunaciones. Y lo había hecho con mil excusas cutres y sin traer ni un dólar para pagar la cuenta.

Cerré la puerta con llave siguiéndolos con la mirada y me quedé en el umbral de la entrada viéndolos entrar en su ranchera lamentando el no poder librarme de ese cliente. Sus animales no lo merecían. Aunque yo tampoco. Di dos pasos y volví a detenerme sobre la acera para esquivar a dos hombres que discutían sin fijarse en mí. A esas horas la calle solía estar llena de gente ya que muchos aparcaban por esa zona y después caminaban hasta los obradores de comida tranquilamente. Era una de las ventajas de vivir en una ciudad pequeña: dentro del núcleo urbano no había nada que quedase lejos.

Había otras, pero al encontrarme con la mirada escrutadora del sheriff Gómez tras comprobar que de verdad había cerrado la puerta con llave se me olvidaron todas. A cambio, recordé otra cosa de la que también había estado a punto de hablarle a Trevor en todas esas noches, pero no había hecho. El sheriff se llevó una mano al sombrero reglamentario a modo de saludo a un lado del coche patrulla. Y casi como en un reflejo yo también levanté mi mano para llamarlo.

—¿Tiene un momento, sheriff? —pregunté al alcanzarlo y asintió con el rostro apretado.

A pesar de que llevaba puesto el uniforme tenía un aire casi salvaje, indómito, que me costaba unir con la imagen tradicional de

la policía. No era a la única, había escuchado las quejas de la señora Staton respecto a que llevaba el pelo demasiado largo para lo que correspondía a las autoridades. Y tampoco parecía primo de Trevor. En todo caso, podía colar más como mío, ya que los dos teníamos la piel olivácea y los ojos oscuros, aunque su pelo era casi negro y muy brillante.

—¿En qué puedo ayudarla, Winston?

Inspiré despacio y escondí las manos en los bolsillos de la bomber.

—Es que me he acordado de algo que quizá pueda servir. —Enarcó la ceja y soltó la puerta del coche oficial para prestarme toda su atención—. Sobre su pregunta de si había presenciado algo raro en alguna visita a los ranchos.

Me apuntó con la barbilla en una calma tensa y esperó hasta que volví a hablar. Me miraba de una manera tan intensa que me dieron ganas de desdecirme o maldecirme por este cambio de idea, pero era algo que me carcomía desde hacía un tiempo. Si no era nada, mejor soltarlo y librarme de ello que tenerlo dando vueltas por la cabeza o sentirme culpable cuando lo recordaba entre los brazos del vaquero. Así que resumí en un par de frases lo que había visto aquella noche en el rancho Woodhall.

—Igual no era nada. No es que viese nada concreto, pero…

—¿Eso cuándo fue?

—Hará dos o tres semanas. Cuando atendí a Red Smoke por el cólico. Si quiere la fecha exacta lo puedo comprobar en el expediente.

Asintió con calma, pero sus ojos no decían lo mismo. Me escrutó una vez más con detenimiento, como si intentase leer todo lo que cargaba por dentro y retorcí los dedos en el bolsillo deseando largarme de allí.

—Si puede, se lo agradecería mucho, Gabriella. Seguramente no será nada, porque en este tiempo mis primos me han asegurado

varias veces que no han notado nada, pero es mejor cerciorarse. Y mis primos no son siempre los más organizados.

Su boca se curvó ligeramente hacia arriba en una sonrisa al decir lo último y levantó la mano en señal de despedida, así que hice un gesto con la cabeza y continué con mi camino.

Era ridículo que me pusiera nerviosa solo por dirigirme a un sheriff durante unos minutos. No había hecho nada malo. Ni en esa ocasión ni en ninguna como para arrugarme de esa manera. Y, aun así, no lo podía evitar. Si en ese tiempo no había querido intimar con nadie de Strokeville, menos con sus autoridades.

No tenía nada que esconder, pero tampoco me apetecía que nadie removiera mi pasado. Me había alejado lo suficiente como para dejarlo atrás hasta poder olvidarlo. Y eso jamás pasaría en cuanto lo supiese uno de los cotillas de Strokeville. Otro de los problemas de las ciudades pequeñas: los secretos acaban en la boca de todos los vecinos. Otro motivo más para no bajar la guardia.

Y para alejarme del vaquero con la sonrisa más seductora que había visto.

Apuré el paso hasta llegar a la cafetería con una mezcla de sensaciones dentro. Incomodidad, sobre todo. No debía seguir quedando con Trevor, pero no me sentía tan fuerte como para dejar de hacerlo. Ni me fijé en la gente que estaba dentro del Sally's Café. A esas horas estaba lo suficientemente lleno como para que no quedase ni una sola mesa libre, plagado de vaqueros, transportistas y personas que trabajaban en el centro, pero tampoco tenía interés por conseguir una libre. Pedir, recoger y guarecerme en mi oficina hasta que terminase el día encarnaba la mejor idea.

El olor a especias y guiso que llenaba el local se intensificó cuando llegué a la barra y uno de los camareros salió de la zona de la cocina empujando las puertas abatibles. Mi estómago rugió en respuesta recordándome que últimamente le estaba dando mucha menos energía de la que estaba consumiendo.

—¿Comemos juntas?

No.

—No hay ni una mesa libre.

—¿Y? Bastante tengo con trabajar para ese *ligue* tuyo —replicó la rubia en un tono hastiado— como para tener que comer sola.

«¿*Qué*?»

La sangre se me congeló en las venas antes de latir a toda velocidad.

—¿Qué? No es mi… *ligue* —susurré entre dientes.

Vera soltó una carcajada colgándose de mi brazo y señaló un lugar al fondo, junto a las puertas de los baños. Una mesa para dos acababa de quedar libre en la peor ubicación del local y no tardaría en volverse a ocupar.

—Mira: primer problema resuelto. Y sobre lo segundo…

Sin soltarme pidió menú y me dio un codazo para que la secundase en cuanto el chico dio unos golpecitos impacientes contra la libreta. Apenas indiqué mi consumición tiró de mí hacia allí con más fuerza de la que se esperaba de alguien tan flaco.

—Dile a tu «no ligue» que si lo queréis llevar en secreto tiene que dejar de aparcar en la parte delantera de la finca porque el jeep se ve desde lo alto de la carretera. No es que haya muchos modelos como el suyo en la ciudad. Y, por lo que sé, mínimo van tres veces esta semana.

Bajé los párpados para evitar que viese cómo ponía los ojos en blanco, pero al abrirlos sus pálidos ojos azules se burlaban de mí con descaro.

—¿Cambiamos de tema? —pedí dibujando los surcos de la mesa con el índice.

—De acuerdo. ¿Fue idea tuya que Trevor me ofreciese una de sus rancheras para que aceptase llevarles las cuentas?

—Me refería a cambiar de tema *de verdad*, Vera.

Se encogió de hombros revisando el teléfono y tecleando algo brevemente con su pelo corto y brillante cubriéndole media cara.

—Vale. Pues aprovecha antes de que llegue Anitta. —Giro la pantalla contra la mesa y apoyó los dos codos sobre la mesa con descaro—, que es la que os ha pillado. En diez minutos la tienes aquí.

El temido interrogatorio tampoco llegó. Anitta era mucho más comedida conmigo que su amiga, al menos de momento. Y estaba mucho más interesada en comentar que John Buttler, el segundo capataz del rancho Woodhall, parecía que quería ir en serio con su historia que cotillear sobre la del resto, lo cual me pareció estupendo. Así que me limité a comer y a asentir sin aportar demasiado a la charla para evitar que se pudiese centrar en mí.

Tras varias horas en la clínica poniendo al día la parte administrativa, que muchas veces llevaba más atrasada de lo que me gustaría, y actualizando algunos de los expedientes en los huecos libres entre las citas de clientes que habían acudido hasta el local con sus mascotas, recibí una llamada de un rancho al que hacía unos meses que no atendía. Era cliente de la clínica desde que la llevaba mi predecesor, Dortmund, aunque en realidad no formaba parte de nuestro condado.

Y aun así recurría a la clínica de Strokeville porque estaba en un lugar tan apartado y tan al límite entre los dos condados, que la suya le era mucho más lejana. Sucedía lo mismo a la inversa con otras de nuestro condado. Y a veces el veterinario que la llevaba se excusaba para no tener que visitarlo cuando llamaba por una urgencia y casi fuera del horario de atención.

Exactamente lo que estaba sucediendo en ese momento.

La preocupación del hombre se había hecho patente desde el momento en que había saludado. Al parecer, al acercarse a recoger el ganado su hijo y él habían detectado unos síntomas preocupantes en media docena de vacas y su mayor preocupación era que se tratase de alguna enfermedad contagiosa y grave que pudiera acabar diezmando su ganadería. Y por los síntomas que me había

descrito había razones para preocuparse, a pesar de que se habían dado prisa y las habían separado en cuanto lo habían notado.

Era lo que menos me apetecía en ese momento. Quedaba menos de media hora para el cierre, pero era una urgencia. Y ese hombre y sus animales me necesitaban. Me pasé una mano por la frente intentando pensar con rapidez en todo lo que podía llegar a necesitar para tratar a los animales. En una ocasión así, era mejor llevar material de más que de menos, ya que dependiendo de la enfermedad que las aquejase quizá no tuviese el margen para hacer otra vez el trayecto hasta la clínica y de vuelta sin perjudicar el tratamiento de los animales. O, mucho menos, para dejarlo hasta el día siguiente.

Fuera lo que fuese lo que aquejase a esas vacas, tenía claro que era una visita que no acabaría temprano.

Yo: Tengo que atender una urgencia. Seguramente acabe muy tarde.

Trevor: No lo suficiente como para librarte de mí. Avísame.

Sentí un calor confortable en el pecho. Una tontería. Acabaría tan tarde que no me esperaría. Y tampoco tenía que sentir *nada*. Pero me gustaba saber que formaba parte de sus planes una noche más.

Yo: Cuando termine ya estarás dormido.

Trevor: Lo digo en serio, preciosa.

Con el cuello entumecido bajé la vista un momento hasta el reloj del salpicadero de mi ranchera y solté una maldición por lo bajo. Las once y veinte de la noche y hacía poco que había pasado el aviso que indicaba que me quedaban todavía diez millas por delante para tirarme en el sofá. El vaquero había hecho bien en llamar. No era un caso tan crítico como habíamos temido, pero los animales infectados necesitaban tratamiento urgente y mantener el aislamiento para evitar contagiar al resto de las reses.

Había tenido que examinar una por una a todas las vacas y terneros de la ganadería con la ayuda del propietario, su hijo, su esposa y otros dos empleados de confianza que se habían quedado hasta tarde para asegurarnos de que no había más contagiados, aunque fuese en un estado embrionario. Y había cenado unos bocadillos de carne asada bastante secos junto un atado de heno a un lado del establo, al igual que el resto. Al menos, no me rugía el estómago, pero los ojos me picaban del cansancio.

Puse el intermitente unas cincuenta yardas antes de llegar a la intersección que me permitía coger el desvío más directo hasta la cabaña sin tener que cruzar Strokeville. Era un camino más rudimentario, casi como una pista del monte, pero que me llevaría hasta mi cama de manera más directa.

En cambio, al llegar el momento giré hacia el centro de la ciudad maldiciendo por dentro.

Al preparar los fármacos y utensilios había metido dos medicamentos que necesitaban conservarse a una determinada temperatura. La pequeña nevera portátil del maletero se había encargado de conservar el frío, pero no podía garantizar que lo hiciera durante el resto de la noche. Y si las guardaba en la nevera de casa se me acabarían olvidando al fondo del electrodoméstico. Ya me había sucedido tiempo atrás. Así que lo más conveniente para mi yo del futuro era parar un momento en la clínica para dejarlas a buen resguardo y olvidarme de problemas cuando las necesitase y no las encontrase allí.

Atravesé la calle principal de Strokeville que estaba vacía a esas horas. Bajo la escasa luz de las farolas pude ver a un par de hombres saliendo de uno de los bares haciendo eses, al coche del sheriff en dirección contraria y a una clienta paseando su gran danés. Era tan tarde que me sorprendió que todavía quedase algún local abierto entre semana. Quizá la ciudad tenía más vida nocturna de la que yo suponía.

No me crucé con más coches en mi trayecto hasta la clínica, pero la mayoría de los huecos para aparcar estaban ocupados por

los residentes así que estacioné en el primero que encontré tras el último cruce. Todavía tenía el freno de mano sujeto cuando escuché sonar el teléfono. Me hundí en el asiento con los ojos en blanco deseando que fuese spam y no un aviso del vaquero al que acababa de visitar.

Trevor: ¿Me estás esquivando o es que te has quedado a dormir en ese rancho?

Otra vez esa sensación caliente en mi pecho nada más ver su nombre.

Mierda.

Yo: Casi. Acabo de parar en el centro. Duerme.

En el chat vi el icono de que Trevor estaba escribiendo, pero desapareció sin que llegase nada. A la tercera vez que pasó me eché a reír y guardé el móvil y las llaves del coche en la cazadora yendo a la parte trasera para sacar la neverita. Me costaba creer que se hubiese quedado sin respuesta. Igual se había quedado dormido.

Rebusqué en la bandolera que tenía tirada a los pies del copiloto hasta que di con las llaves de la clínica y ni cerré el coche. Iban a ser dos minutos como mucho. Entrar, llegar al almacén y salir. Y en diez minutos estaría en tirada en el colchón extrañando a Woodhall, aunque lo nuestro no fuera nada serio. Una circunstancia temporal, nada más.

En cuanto me giré las llaves se cayeron suelo sin que fuese capaz de reaccionar. La puerta estaba abierta. Lo podía ver desde allí gracias al reflejo de la luz de una vivienda cercana. No estaba abierta del todo, solo entornada, pero estaba segura de que la había cerrado con llave antes de salir. Como siempre. Y lo había comprobado para asegurarme. Como siempre. Era una de las rutinas más férreas que mantenía desde hacía años. Cuando vi el cristal roto en una de las ventanas la neverita se me escurrió hasta el suelo sin que pudiera hacer nada.

Se me había congelado la respiración y el cerebro, y me sentía completamente incapaz de moverme o regresar a la seguridad

de la ranchera, encerrarme y poner rumbo a cualquier otro lado. Estaba allí quieta en mitad de la acera, a unos pasos de la entrada y con el teléfono sonando en algún sitio, pero mi cabeza estaba tan lejos que era incapaz de hacer nada.

Solo reaccioné con un grito sordo cuando sentí una mano cernirse con firmeza sobre mi hombro.

14. TREVOR

Cuando llegué a la oficina del sheriff la encontré sentada ante el escritorio de mi primo con una manta azul oscuro por encima de los hombros que agarraba por las esquinas como si no hubiese nada más a lo que asirse. Desde el pasillo Kieran me hizo una seña para que entrase en la oficina con el teléfono pegado a la oreja. Por lo silencioso que estaba todo, éramos los únicos en el edificio. Al escuchar el ruido de la puerta tras de sí vi que se estremecía.

—¿Estás bien, Gaby?

Por un momento me dio la sensación de que ni me veía. Como si estuviese perdida en otro sitio y le costase oír mi voz. Asintió y se envolvió en torno a la manta encogiéndose más. No se parecía en nada a la mujer que conocía. Mucha gente del pueblo estaba convencida de que apenas se relacionaba con el resto porque era tímida o introvertida, pero yo siempre había visto un fuego y un carácter en ella que contradecía eso. Desde la primera vez que me la había cruzado en el rancho cuando todavía trabajaba junto con el anterior veterinario. Y desde que había empezado a pasar más y más tiempo con ella, mi opinión no había cambiado ni un ápice.

Dentro de Gaby existían multitudes.

Podía ser tierna, divertida, apasionada o sarcástica, dependiendo de la ocasión. Pero siempre la había visto como una mujer fuerte e independiente que se sentía muy cómoda en su piel en cada una de esas facetas.

Y la persona junto a la que me había sentado ante el escritorio de mi primo no encajaba para nada en ninguna de ellas.

Le bailaba la barbilla y cuando le rocé el brazo para rodearla por los hombros se arrugó de un modo que parecía que estaba a punto de quebrarse por la mitad. Se me rompió el alma. Aparté el brazo y posé la mano con delicadeza en su rodilla sin que rehuyese el contacto.

Al sentir sus pasos me giré para verlo con el uniforme arrugado en el hueco de la puerta.

—¿Qué ha sucedido, Kieran? ¿Qué le han hecho?

Mi primo elevó los hombros como si desconociese la respuesta y movió la cabeza en una invitación muda a que lo acompañase fuera. Levanté el pulgar y me puse en cuclillas ante Gaby para intentar que me mirase a los ojos.

—Voy a salir fuera con Kieran un momento. Estaré en el pasillo por si necesito algo.

Asintió otra vez con una expresión perdida.

Dudaba que me hubiese escuchado.

Cerré la puerta con cuidado y lo seguí, que se apartó para evitar que nos escuchase dentro. Todo aquello me estaba poniendo de los nervios. Mi primo bajó el tono clavando los pulgares en las trabillas del pantalón.

—Han entrado a robar en la clínica. Han roto una ventana, también forzado la puerta y por dentro estaba todo revuelto. Todavía no sabemos qué se han podido llevar. Gabriella Winston estaba demasiado nerviosa como para poder colaborar en el momento y no ha podido decirnos si se han llevado algo o no. A simple vista no lo parecía.

—¿Estaban dentro cuando ha llegado? ¿Se los ha cruzado? ¿La han…?

Torció el gesto pasándose la mano por la nuca y se dejó caer contra la pared con pesadez.

—No lo creo. Tampoco es que ella esté colaborando mucho. Recibimos un aviso de unos ruidos sospechosos por la zona y

cuando llegó mi ayudante se la encontró paralizada frente a la puerta.

—Algo ha tenido que pasar. No parece ella. Casi ni ha reaccionado al verme.

—Por eso te he llamado, por si podías aclararme algo. Ya la ha visto el médico y dice que no tiene nada físico, pero que la situación la ha dejado en shock. No ha querido ir al hospital ni que la acercásemos a su casa. Estaba muy afectada.

Giré la cabeza hacia el despacho de mi primo con sorpresa. A Gaby le encantaba su cabaña. Más de una vez le había comentado que había sitios más céntricos disponibles y a un precio similar y se había echado a reír en mi cara. «Estoy segura de que esos sitios no tienen esto» había contestado en varias ocasiones estirando los brazos para abarcar la estancia principal o señalando hacia la terraza trasera con las preciosas vistas a la montaña.

—¿Sabes si le ha sucedido algo, alguna discusión o un problema que lo justifique?

Negué con vehemencia.

—Apenas se relaciona con la gente del pueblo fuera del trabajo por motivos que no sean laborales, así que me cuesta creer que haya podido tener un problema por ahí. Ahora queda con Vera Stanway y Anitta Larsen, quizá ellas puedan saber algo.

Kieran alternó el peso de un pie a otro contrayendo la cara y me fijé en las bolsas que aparecían bajo sus intensos ojos negros.

—¿Y en la clínica? ¿Ha comentado algo sobre algún cliente descontento?

—No. Algo ha soltado de retrasos en los pagos de algunos vaqueros, pero poco más. Es bastante reservada en sus cosas.

—Ya. Demasiado. Como si fuese invisible.

Lo dijo con un tono tan ácido que la respuesta me salió sola.

—O anónima más bien. Viene de una ciudad de más de tres millones de habitantes, Kieran. Seguramente allí estaba

acostumbrada a tener un mínimo de privacidad que es difícil conseguir en una de poco más de dos mil. Quizá no le gusta que se metan en su vida y ya está.

El sheriff torció la boca en un gesto indiferente y señaló hacia su oficina antes de echar a andar. Me pegué a su costado y pregunté con confianza.

—¿Por qué me has llamado a mí?

Enarcó la ceja como si le hubiese preguntado una estupidez que no merecía respuesta y solo añadió:

—La gente habla y yo tengo oídos, Trev.

—¿La gente?

—Sí, la gente. Si no queréis que se enteren deberíais ser más discretos, supongo.

Boqueé un par de veces sin llegar a decir nada y hundí las manos en los bolsillos del pantalón pensando en ello. No habíamos quedado en lugares públicos en todo este tiempo, ni tampoco los habíamos evitado. Sencillamente, quedábamos y pasábamos el rato juntos en su casa. No era nada serio. Ella había insistido en más de una ocasión en que no estaba buscando una relación y me había parecido bien, porque yo tampoco. Aunque no me molestaría ver hasta donde de lejos podía llegar esto. Me gustaba estar los dos solos en su cabaña sin tener que compartirla con nadie más en los pocos ratos libres que le robábamos al sueño y a nuestros negocios.

—Solo nos… estamos conociendo —chisté antes de que alcanzásemos el despacho—. Nada más.

Si a Gaby no le apetecía que los chismosos de Strokeville se metieran en su vida a mí me parecía perfecto.

Kieran me dedicó una expresión escéptica a la vez que sujetaba la puerta que resultaba más que clara. Era el problema de conocernos tan bien. Hasta que se había ido a estudiar a otra ciudad había pasado tanto tiempo en el rancho con Jarrad y conmigo que era casi como si se hubiera criado con nosotros o, para mí, como

tener otro hermano pequeño más. Uno con un detector de mentiras incorporado, al parecer. Bufé al pasar por su lado y me senté junto a Gaby tomándola de la mano. Su intento de sonrisa se debilitó en cuanto mi primo se sentó tras el escritorio atiborrado de papeles para hacerle unas últimas preguntas.

***

Hacía tanto tiempo que había amanecido que el sol se colaba por la ventana trasera de la cocina con más intensidad que de normal. Era lógico. A esas horas yo debía estar con el resto de los muchachos trabajando, pero no había podido dejarla sola y había esperado tumbado a su lado hasta que se había despertado. Tomé dos tazas de desayuno y las coloqué en la encimera indicándole que se sentase junto a la mesa de la cocina, pero ella se limitó a pegarse a la pared esperando.

—¿Qué pasa? ¿Se te han pegado las sábanas, holgazán? —La voz alegre de la tía Rita sonó guasona tras de mí.

Al girarme la encontré en el vano de la puerta con una sonrisa en la cara y un gran cesto de ropa apoyado en la cadera. La tía era el motor principal de nuestra familia y del rancho, como había demostrado mil veces desde que había convencido a su marido que lo mejor era mudarse con nosotros para ayudar a su cuñado con sus hijos y con aquel negocio que había estado a punto de írsele de las manos. Me revolvió el cabello con dulzura y posó el canasto sobre la encimera apoyando las manos en las caderas como si estuviese a punto de echarme una riña. Sonreí, le besé la mejilla y señalé con la barbilla al punto donde Gaby nos observaba sin despegarse del sitio.

—Ah, ya veo que es lo que ha pasado… —Sacudió la cabeza para los lados como si todavía fuese un chiquillo. Agarró el cesto de la ropa sucia del trabajo y lo llevó hasta el pequeño cuarto de lavandería sin dejar de sermonear—. Pues tienes a tu hermano contento. Entre esa chica Stanway, que no sé para qué la contratas si ya sabes que no se tragan desde que iban al instituto y que lo has dejado solo para pararle los pies a esos Buttler que no son tu amigo, pues…

Me la hubiera tomado un poco en serio si no le estuviese bailando la barbilla de la risa. Me acerqué a la nevera para sacar lo necesario para hacer el desayuno saltándome el aclararle que Jarrad sabía exactamente lo que estaba sucediendo porque se lo había contado antes de que bajase por la mañana. La tía se pasó las manos por el mandil un par de veces viéndome sacar la sartén del mueble y abrió otro mueble.

—Igual es mejor que haga otra cafetera.

—Tía, ella es Gaby Winston. ¿La conoces?

—La veterinaria que sustituyó a Dortmund —respondió con obviedad pasando junto a mí para dejar la cafetera en el fogón y pegado a mi costado añadió entre murmullos—. No la conocía personalmente, pero la señora Grass se ha quejado de ella varias veces en las reuniones de las damas de los miércoles. Claro que ella siempre se queja de todo el mundo.

Miré por encima del hombro, pero Gaby ni se enteró. Volvía a parecer sumida en sus pensamientos. Tenía las ojeras marcadas, el cabello despeinado y una fragilidad difícil de ignorar. La sudadera enorme que le había prestado se arremolinaba en torno a sus caderas y le tapaba por completo las manos. Mi tía me clavó el codo en las costillas señalándola con una expresión similar a cuando la descubrió en la cocina.

Me hubiera reído si no fuese por la mala noche que había pasado Gaby entre mis brazos. Hacía como mil años que la tía Rita no me pillaba con una chica en la casa. Aunque Gaby no era exactamente eso y esta noche no hubiera pasado *nada*. Ni Jarrad ni yo llevábamos ligues a casa desde hacía mucho tiempo porque la tía enseguida se hacía ilusiones si la misma chica se quedaba a desayunar un par de veces.

Serví el café en las tazas dejándolas en el centro de la mesa junto a las tostadas y me senté en mi sitio tirando del brazo de Gaby hasta que lo hizo en el contiguo.

—¿Vas a salir del rancho? —La tía levantó las cejas. La mayoría de las mañanas se pasaba por el centro para comprar o visitar a sus amigas al acabar las tareas—. Kieran se pasará luego por aquí para ver cómo está Gaby. Anoche entraron a robar en su clínica y…

La expresión de su cara se ensombreció de la preocupación, frotando las manos en el mandil sin parar hasta que se sentó frente a nosotros.

—Claro que sí, puedo bajar a Strokeville después. O mañana. ¿Un robo? ¡Cómo iba a quedarse esta chica tan joven a dormir sola en esa cabaña tan apartada! Has hecho bien en traerla, hijo. Has tenido que estar muy asustada, muchacha.

—No quiero molestar —negó con las manos cruzadas bajo la mesa. Se volvió hacia mí—. Si me acercas al pueblo puedo coger el coche para marcharme. Tengo que…

—Ni hablar, joven. Esperaremos a que venga mi sobrino. —Empujó el plato y la taza en su dirección señalándolo con la mirada hasta que Gaby le dio un trago al café—. Come algo. Un robo en pleno centro… ¡A dónde vamos a llegar!

Me apuré a tomar el café y a recoger lo que había usado para hacer el desayuno antes de acercarme de nuevo a la mesa. Mi tía observaba a Gaby de otra manera. Se había dado cuenta de las ojeras y de que estaba casi ausente.

—Estaré en los campos del este, junto al pozo. Llevaré el coche, así que avísame en cuanto llegue el primo o con lo que sea.

La tía me dio un beso en la mejilla susurrando un «no te preocupes» que me quitó un poco de peso de la espalda. Odiaba tener que dejarla sola en ese momento, pero tenía que ocuparme de un problema con el pozo que no podía posponer y que me había comprometido a arreglar.

—Volveré tan rápido como pueda —le prometí besando su sien. Gaby asintió apretando mi antebrazo y un tenue olor a malvas me hizo abrazarla para que sintiera que todo iba bien.

Salí hasta el recibidor para vestirme la cazadora y con la gorra de beisbol todavía entre las manos regresé hasta la cocina para asegurarme de que hacía lo correcto. Me detuve al otro lado de la puerta entornada al escuchar la voz de mi tía tras un susurro que no llegué a comprender.

—Tú eras de Los Ángeles, ¿no? ¿Hay alguna posibilidad de que conozcas a Harrison Ford? No por mí, por mi Bill, que es…

Se me asomó una sonrisilla a la boca y me giré sin hacer ruido para salir por la puerta principal. La tía Rita tenía la fuerza interior de un trasatlántico, como había demostrado veintimuchos años atrás al plantarse con su marido en el rancho para ayudar a llevar las riendas de un negocio del que no sabía nada y ocuparse en gran medida de la crianza de dos niños que no entendían lo que sucedía a su alrededor antes de que nuestro padre lo perdiese todo por la desesperación que lo arrastró cuando nuestra madre nos abandonó.

Y no había sido la única ocasión en que lo había demostrado.

Además, lo que tenía que hacer era urgente, pero no me llevaría más de dos horas y la tía se ocuparía de que Gaby se evadiese y estuviese lo mejor posible hasta que llegásemos el sheriff o yo. Solté una exhalación notando un menor peso sobre los hombros antes de arrancar el todoterreno. Stokeville era una ciudad pequeña con un índice de delitos muy bajo: peleas de borrachos los días de fiestas, animales extraviados, algún turista despistado que se caía por el barranco y poco más. Kieran traería buenas noticias y todo se cerraría enseguida.

15. GABY

—Entonces, ¿para qué ha venido el sheriff? ¿Han averiguado algo o qué?

Estiré la manga de la gigantesca sudadera vieja de Trevor que olía a él encogiéndome de hombros e inspiré lo más profundo que pude con disimulo. Seguramente no iba a disfrutar de ese olor mucho más tiempo. Me volví hacia Anitta que estaba sentada en la parte superior de la valla de madera con las piernas colgando cruzadas.

—No mucho. Creen que ha sido un robo. Tendré que ir con ellos esta tarde o mañana para hacer un inventario rápido para ver qué se han podido llevar.

Isabella volvió el cuello en nuestra dirección con la frente arrugada y el joven potro al que llevaba sujeto por las correas se detuvo en seco.

—Pero eso no va a servir para nada. Quiero decir… —añadió con las mejillas sonrojadas antes de volver a emprender la marcha dentro del cercado—. Si entran a robar en una clínica es por las drogas, por las medicinas, ¿no?

Asentí con calma apoyando los antebrazos sobre el vallado a la derecha de Anitta. Eso era lo que el sheriff Gómez creía también, que alguien había intentado acceder por la fuerza a medicamentos de los que solo podían conseguirse con una autorización o receta. La camarera se apartó un mechón rubio de los ojos afirmando a su vez.

—Ya le pasó al veterinario anterior hace bastantes años. Se lo he escuchado a unos que estaban delante de mí esta mañana en el

banco.

La noticia había corrido por todo Strokeville, como era de esperar. Por eso Anitta se había presentado allí solo media hora después de que se hubiese marchado Kieran preocupada por mí.

Tensé la sonrisa y no dije ni una palabra. Era verdad que eso podía suceder, aunque también era cierto de que con internet cualquier persona medio espabilada y con unos conocimientos suficientes podía llegar a comprar casi cualquier cosa sin necesidad de delinquir de una manera tan expuesta. Además, por lo que había visto desde la puerta, la recepción estaba completamente revuelta, con las sillas volcadas y las plantas tiradas por el suelo y eso que allí no era donde guardaba los medicamentos. Para robar diez pastillas, o las que fuesen, no era necesario cometer tanto destrozo.

Isabella Blackhorn acarició al potro para calmarlo deteniéndose frente a nosotras del otro lado del vallado exterior, dudando en añadir algo más. Conocía lo suficiente a la entrenadora porque solía estar presente en muchos de los exámenes o tratamientos de los caballos que educaba desde que los Woodhall la habían contratado y me caía bien. Una mujer seria y profesional que amaba su profesión y que se dedicaba más a su trabajo que a parlotear por ahí. Como yo. Pero nuestros motivos eran diferentes. Lo mío no era por timidez o vergüenza, como Isabella, a la que había visto callarse muchas veces si creía que podía molestar con sus contestaciones.

Estiré el brazo lo suficiente para golpear el suyo haciendo un gesto para que continuase. Sus mejillas se encendieron un poco más, acercándose al color cobrizo de su cabello, pero añadió:

—No digo que no seas responsable o que no lleves bien tu inventario, pero… ¿cómo de minucioso hay que ser para saber si se han llevado unas cuantas pastillas de varios botes que ya tienes abiertos?

—Si entrasen en el Sally’s a robar el macizo del sheriff iba a flipar porque el inventario no se actualiza desde hace años. —Soltó una carcajada y al poco se llevó la mano a la boca removiéndose

incómoda en la valla pasándose las manos por el vestido—. No le digáis a mi jefa que os lo he dicho.

Isabella rio sacudiendo la mano y tiró ligeramente de las riendas del animal para dirigirse al hueco de la salida. Debíamos llevar allí ya un buen rato si había terminado la sesión con ese potro. Me despegué de la valla y ayudé a bajar a Anitta antes de seguirla hacia el establo. La tía de Trenton era la que me había arrastrado hasta allí poco después de que se marchasen sus sobrinos. El olor de los establos me recordaba un poco a Trev, especialmente cuando llegaba a la cabaña recién salido del rancho y aprovechaba para arrastrarme hasta la ducha con la excusa. También me recordaba buenos momentos en mi trabajo. Y las dos cosas me daban calma.

Sin hacer mucho caso del parloteo de la camarera me adelanté un poco para dirigirme a la zona en que guardaban los instrumentos de limpieza y acerqué uno de los cestos a Isabella, que me agradeció antes de ponerse cepillarlo en silencio mientras el potrillo disfrutaba de sus caricias en el morro.

—Oye, ¿y tú qué tal por aquí con tu Woodhall? —preguntó Anitta sin demasiada discreción. Agradecí que Isabella ni se moviese fingiendo no escucharla. Aunque era imposible porque estábamos a unas yardas.

Negué y me aparté de su lado yendo hasta la puerta como si me interesase el paisaje que acabábamos de dejar atrás.

—Si te ha traído aquí… es que ya va más en serio que su amigo John conmigo —añadió a mis espaldas con resquemor.

Alcé una ceja. La última vez que había hablado de John estaba encantada. Ella sacudió los brazos en el aire para que no preguntase nada.

—Me trajo porque al sheriff no le pareció buena idea que me quedase sola en la cabaña.

Eso no era exactamente verdad, aunque Kieran lo había secundado. Era yo la que no había querido ir cuando me dejé dominar por un ataque de pánico que no debería haber tenido en

presencia de nadie. Y menos en una ciudad tan pequeña. La mirada que cruzaron el médico y el sheriff dejó muy claro que pensaban que había perdido la cabeza. Y quizá había sido así. Me había comportado de una manera tan irracional que Kieran hasta había llamado a Trevor, y eso seguro que también formaba parte de la comidilla de Strokeville.

Aunque para lo que iba a durar aquí…

—Por lo de que te agobiaste —añadió en un tono mucho más suave acariciándome la espalda.

—Sí.

«Agobiarme» era una manera muy fina de llamarlo y seguro que Funke, el ayudante del sheriff, ya le había contado durante el desayuno mi numerito cuando me encontró paralizada ante la clínica.

—Es normal, Gaby. Una vez mi abuela le clavó la sartén en la cabeza a mi abuelo por un susto. Uno nunca sabe cómo va a reaccionar en momentos de tensión. A mí porque la cafetería me da igual que no es mía, pero entro en mi casa y me la encuentro hecho un cirio y seguro que me caigo redonda sobre la alfombra.

Me giré hacia ella conteniendo la risa y Anitta me guiñó el ojo en respuesta. Era una buena chica, la iba a echar de menos. Le apreté la mano y ella abrió en la boca, pero soltó un chiflido. Isabella se apuró a acercarse a nosotras sacudiéndose las briznas de heno de los muslos.

—Mirad, espectáculo en directo.

Apuntó con la barbilla a un lugar a mis espaldas y me giré con rapidez sin entender a qué se refería. Vera Stanway con sus habituales vaqueros desgastados y un jersey que se le escurría por un hombro se dirigía al establo y levanté el brazo en señal de saludo, aunque no tenía claro si podría vernos desde el exterior.

—No la distraigas, que nos lo perdemos —susurró la otra señalando a la derecha de su amiga.

Un precioso caballo blanco con pintas castañas se había detenido frente a uno de los cobertizos de mantenimiento y su jinete se bajó tras amarrarlo a uno de los postes. Había tratado lo suficiente al ejemplar como para saber que quien estaba debajo del sombrero de vaquero era Jarrad Woodhall, el único que lo montaba. Isabella se volvió hacia la camarera con la misma extrañeza que yo hasta que una brizna de una conversación entre ellas me vino a la cabeza.

Vera giró la cabeza al escuchar el relincho y tampoco necesitó que el vaquero se sacase el sombrero para alzar los hombros con rigidez sin dejar de avanzar. Probablemente era la primera vez que los había visto juntos. Jarrad estrujó el gorro entre las manos al darse cuenta de su presencia. Por un momento pareció que intentaba dirigirse a ella, pero la espalda de Vera se enderezó un poco más en cuanto se acercó y pasó por su lado acelerando el ritmo y girándole la cara sin contemplaciones.

«¡Joder con Vera Stanway!»

Anitta sacó medio cuerpo por la entrada del establo agitando el brazo para que nos localizase y cuando vio hacia nosotras sus preciosos ojos azules estaban cargados de veneno. Era tan obvio que hasta alguien tan discreto como Isabella comentó:

—¿Qué pasa con esos dos? Eso acaba de ser un desplante en toda regla. Y a su jefe.

Anitta elevó las palmas al cielo con la vista clavada en Vera.

—Yo eso no lo sé —explicó deprisa bajando el tono pasando las manos nerviosas por entre los dos mechones de colores que adornaban su melena rubia—. Todavía no vivía aquí y la tía no suelta prenda. Todo lo que sé es que durante la época del instituto se moría por sus huesos y un buen día le dejó de hablar en plan radical.

Lo que acabábamos de ver también había sido un desplante bastante radical. Y por la cara impresionada de Isabella no era la única en verlo de esta manera.

—Es mi mejor amiga, pero es muy rencorosa y está claro que lo que sucedió en su momento se le ha quedado aquí —se golpeó en la sien dos veces— y no parece que lo vaya a dejar pasar.

—La gente no suele cambiar —respondió Isabella—. Si es muy rencorosa…

Un soplo de brisa fresca me golpeó la cara y antes de darme cuenta me estaba apretando la parte superior de los brazos hasta doler. Estaba claro que el robo a la clínica había activado un millón de emociones en mi interior porque no pude evitar que su rostro cargado de rabia me viniese con demasiada claridad a la memoria.

Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral y me abracé intentado librarme de eso. La mano callosa de Isabella se posó en la mía apretando hasta sacarme del trance.

—¿Estás bien, Gabriella? Te has quedado un poco pálida.

Sacudí la cabeza con fuerza soltando parte de la coleta hasta que la cara de mi antigua amiga desapareció de mi mente.

—No es nada, solo que me he acordado de alguien. Estoy de acuerdo contigo en que no lo va a dejar estar. Yo también tenía una amiga de la infancia que era muy rencorosa y vengativa que se enfadó conmigo y estoy segura de que no me perdonaría ni muerta.

—Pues qué coñazo de gente. A mí es que los cabreos no me duran nada. —Se puso la mano ante los labios y chistó todavía más bajo con Vera a apenas unas yardas—. No le digáis que os lo he contado que me buscáis la desgracia.

—Con la cara que trae ni se me ocurriría —susurró Isabella escondida tras de mí.

Saludamos a Vera en cuanto alcanzó el umbral y ella nos devolvió un gruñido antes de colarse en el interior. Estaba tan molesta que era incapaz de disimularlo y no dejaba de moverse caminando a grandes zancadas por el pasillo que conducía a las cuadras individuales como si necesitase escapar corriendo de allí. Las tres lo obviamos y volví a repetir mi conversación con el sheriff Gómez por tercera vez esa mañana como un disco rayado.

Las dos amigas se habían desplazado hasta el rancho para asegurarse de que estaba bien y sentía que era lo menos que podía hacer. Total, en un par de horas lo acabaría sabiendo todo el mundo y al menos habría una versión más o menos correcta de lo sucedido por ahí circulando y no la mitad de las exageraciones sobre las que me había puesto al día la camarera nada más llegar.

Apenas había pasado media hora cuando las dos se pusieron en pie para marcharse. Anitta entraba a trabajar de nuevo para el turno de comida y todas teníamos claro que Vera llevaba deseando marcharse de allí desde el encontronazo. Me incorporé para acompañarlas hasta el coche, pero Isabella me agarró el codo tirando de mí.

—¿Te puedo pedir algo? —Asentí indicándole que nos acompañase hasta la entrada para no perder a las otras—. ¿En los días que te quedes en el rancho puedes firmar el reconocimiento de salud veterinario de Prince?

Me tensé casi al instante. ¿Cuándo había confirmado yo que me iba a quedar ningún día más allí? No es que estuviese deseando estar a solas en la cabaña, pero…

—¿Te vas a quedar aquí, Gabby? —exclamó Anitta aplaudiendo—. Joder, al final esto del robo va a traer algo bueno. A ver si nos ponemos las pilas el resto.

Vera gruñó algo entre dientes y Anitta puso los ojos en blanco esperándolas.

—No me voy a quedar…

Isabella desechó mi queja sacudiendo la mano.

—No sé si Trevor te lo ha contado, pero Charlotte, la chica de Menard, ha conseguido el dinero necesario para comprar a Prince. Casi seguro que lo firman la semana que viene. Seguro que al jefe no le parece bien que te lo pida justo ahora, pero necesitamos tener todos los documentos necesarios. O podemos llamar a otro veterinario si no puedes.

—¿Estarás aquí por la tarde?

—Me paso aquí todo el día. Me encanta este sitio.

A mí también. Era una pena.

—Pues lo reviso esta tarde y si me dejan usar el ordenador de la clínica ya queda hecho.

16. GABY

Me bajé del coche patrulla y seguí a Alan Funke, el ayudante del sheriff que me había encontrado allí mismo hacía apenas dos días, hasta la acera frente a mi clínica. Habían asegurado la entrada con unos tablones y marcado la zona con cintas de «prohibido pasar» como si se tratase de una escena criminal de una serie de la televisión. Y eso me ponía los pelos de punta.

Allí nos esperaba otro de sus compañeros con un martillo en la mano que había usado para liberar dos de los maderos para dejarnos el espacio suficiente para pasar. Dentro nos esperaba el mismo caos que había intuido el otro día. La sala de espera era un completo desastre con el mobiliario volcado de cualquier manera y las plantas tiradas con la tierra cayendo sobre la alfombra. Estiré la mano para recoger una de las macetas, pero Alan se interpuso negando con la cabeza.

No habíamos ido a eso, claro. Nada de ordenar. Estábamos allí por el inventario, a pesar de que ya le había indicado al sheriff lo mismo que a las chicas: no iba a poder ser tan contundente como él pretendía. Sorteé una de las sillas y me adentré en mi despacho. Otro desastre. El suelo estaba lleno de papeles pertenecientes a los expedientes que había sobre la mesa y una de las estanterías estaba casi vacía, con los manuales y otras carpetas amontonándose dispersas por el suelo. Casi sin darme cuenta me agarré la parte superior de los brazos apretándolos con fuerza.

—A simple vista, parece que está todo —comenté tras unos minutos paseándome por la estancia—. No veo que me falte nada. Si

queréis saber si falta un expediente, un documento o algo así, tendría que comprobarlo con la base de datos del ordenador.

—¿Y sobra algo?

La pregunta me sorprendió y los dos ayudantes del sheriff se echaron a reír al darse cuenta.

—A veces algunos ladrones son un poco descuidados y se dejan cosas. En mi primer destino me encontré un zapato y la cartera del delincuente. No hemos visto nada de eso, pero quizá haya otra cosa…

Negué examinando uno de los cajones entreabiertos del archivo. Allí no había nada que no fuese mío. Cuando terminé de revisar la estancia los seguí hasta la parte trasera. Revisé primero la zona que usaba como lugar de descanso para los animales que debían quedarse en la clínica en observación. Afortunadamente hacía días que no se quedaba ninguno porque las jaulas habían sido arrastradas hasta la esquina opuesta y parte del pienso se había desparramado por el suelo.

Uno de los ayudantes abrió la puerta que daba al almacén y me sorprendió un poco ver que estaba en mejor estado que el resto de las estancias. No había nada por el suelo. La nevera continuaba cerrada. Las estanterías estaban llenas de cajas y botes con productos y medicinas. Como si no formase parte del mismo escenario.

—Casi no parece que hayan entrado aquí.

—¿Por qué dices casi? —preguntó Alan. Al fondo se escuchó un ruido de pisadas seguido de un quejido y el otro ayudante salió disparado dejándonos solos.

—Esa estantería de ahí, la han movido un poco. Y esos dos botes están fuera de sitio —añadí señalando dos frascos de gran tamaño de 500 pastillas para luego indicar un lugar vacío dos baldas más abajo—. Van aquí.

—¿Y eso para qué sirve? ¿Ha podido ser el motivo…?

Se detuvo a mitad de pregunta al verme negar con vehemencia. No podían haber entrado por esos comprimidos, hubiese sido una tontería enorme.

Si es que habían entrado para robar algo, claro.

—Estos son complementos nutricionales y estos otros, antiparásitos. En frascos mucho más pequeños se pueden comprar hasta en hipermercados, sin necesitar receta ni nada.

Asintió y las voces de su compañero nos sobresaltaron. Abrió la puerta llevándose la mano a la cartuchera y empujándome con delicadeza hacia el fondo.

—¡Que no puede ver a la veterinaria ahora, señor Smith! ¡Y no puede entrar aquí, que es una escena del crimen, hombre!

Funke cerró la puerta de golpe dejando los ojos en blanco y se tomó un par de segundos para sí mismo. Yo le di la espalda y comencé a revisar si encontraba en falta algún medicamento. Ese era el objetivo del sheriff al programar esa visita. Al poco de comenzar con la inspección, el ayudante me dejó sola en el almacén y se escucharon más voces fuera. Abrí la nevera y me encontré que todo estaba tal cual lo había dejado la última vez.

La puerta se abrió a mi espalda, pero nadie entró y al girarme los ayudantes me indicaron que se quedarían fuera para darme espacio hasta que acabase. Mejor. El almacén no era tan grande como para tenerlos por allí en medio pululando. Aunque me gustaba saber que estaban a menos de tres pasos de mí.

Tras un buen rato, me aproximé al marco de la puerta y carraspeé para llamar su atención, ya que estaban entretenidos con su charloteo. Se separaron de la pared para aproximarse con rapidez.

—¿Has encontrado algo?

«Mucho menos de lo que esperaba. Nada, en realidad»

Negué encogiéndome de hombros.

—Está todo. —Levanté una mano y me corregí automáticamente—. Están todos los envases. Y, los que estaban todavía precintados, lo siguen estando. Pero como ya le expliqué al sheriff no tengo manera de asegurar que no puedan faltar algunas dosis de los envases de mayor tamaño. No llevo un control tan exhaustivo como para saber cuántas pastillas o gramos tienen que quedar en cada bote, me temo.

Asintieron y señalaron hacia la recepción adonde los seguí hasta detenernos junto a las sillas volcadas. Uno hizo un gesto y se apartó hasta mi despacho donde se llevó el *walkie-talkie* a la boca. Repasé el desorden ante mis ojos nuevamente y sin darme cuenta volví a abrazarme. Alan me observó con atención mientras esperaba a que le contestasen al otro lado de la línea y sin poder evitarlo me giré para ganar un poco más de intimidad.

Sabía lo que estaba pensando. En realidad, lo que debía estar pensando la mitad de Strokeville. La veterinaria de ciudad había perdido la cabeza a la primera. Un robo de nada y se me habían aflojado dos tornillos. Y quizá fuese así. A lo mejor me estaba pasando de paranoica dándole vueltas al asunto. El sheriff parecía muy convencido de que aquello era un robo y al parecer en esas zonas más aisladas no eran tan extraños los robos a puestos veterinarios como el mío para conseguir medicamentos a los que no se podía acceder legalmente sin autorizaciones y sin problemas con la justicia. Como para emplear con peleas de animales clandestinas, ganado de contrabando o animales robados, que era la tesis favorita del sheriff Gómez en este caso.

El problema era que no había visto nada que me asegurase que aquello era un robo. Las medicinas más caras y difíciles de conseguir estaban allí intactas, nuevecitas. La puerta del almacén también había sido forzada y ya no cerraba bien, pero de allí no habían sacado nada. Y si lo había hecho, sería una menudencia.

Claro que Nelson el del supermercado me había contado lo mal que lo había pasado cuando tenía catorce años una vez que un

hombre drogado lo había amenazado con un cuchillo desde el otro lado de la caja para robar una compra de menos de veinte dólares.

—Si, sheriff. Ya lo ha revisado todo y dice que no falta ni sobra nada. Sí, sí. Y que salvo que se hayan llevado un par de pastillas lo demás está. De acuerdo, ahora mismo, jefe.

Se guardó el *walkie* dando un par de zancadas para detenerse frente a mí y colgar los dedos de las presillas del pantalón del uniforme. Igual era un gesto obligatorio con el cargo.

—El sheriff quiere que sepas que estamos tratando esto con todos los medios que tenemos, pero que el informe de las huellas tardará. Y que, aun así, …

Guardé las manos en la enorme cazadora de pana que había tomado prestada del rancho y el olor masculino y especiado de Trevor me golpeó de repente. Cerré las dos manos en sendos puños reprendiéndome a mí misma. Había intimado demasiado con ese vaquero. Tanto que me hacía dudar, y no debería. Antes de que él se hubiese colado en mi vida, si hubiese pasado esto mismo habría puesto los pies en polvorosa sin darle tantas vueltas a la cabeza. En realidad, ya me hubiera ido.

Y era lo que debía hacer en cuanto pudiera.

No era paranoia si era real.

Además, mejor ser una paranoica viva que una veterinaria racional y muerta.

La mano de Funke me apretó con cuidado el antebrazo llamándome la atención. Los dos ayudantes del sheriff me observaban fijamente, como temiendo que me fuese a desmayar en cualquier momento. No los culpaba.

—¿Has escuchado lo que te he dicho?

No, pero algo parecido me había contado Kieran Gómez en el rancho el día anterior, así que improvisé.

—Que las huellas pueden no ser determinantes. Aquí viene mucha gente y seguro que aparecen huellas de medio pueblo. Y si

no está fichado o llevaba guantes, pues nada.

Arrugó el gesto, pero asintió con los ojos clavados en mí y me esforcé por comportarme lo más tranquila y *normal* posible. Los dos comentaron por encima las siguientes actuaciones que iban a realizar y fingí atender para que dejasen de analizarme con tanta atención.

—¿Me podéis acercar hasta mi cabaña? Alguien llevó mi ranchera hasta allí en vez de hasta el rancho.

Los seguí hasta la calle y me subí al coche patrulla con mil pensamientos sobre qué hacer a continuación. La cabeza bullía a toda velocidad, pero en el momento en que me puse el cinturón, una sola idea resonó con claridad por encima de todas las demás.

«Mete lo que necesites en la bolsa de deportes y lárgate cuanto antes»

Durante todo el camino me estuve convenciendo de que era lo mejor y más fácil. Sin embargo, en cuanto me quedé a solas en la cabaña no me pareció tan sencillo. Tomé la fotografía familiar de la estantería y me dejé caer en el sofá con pesadez, con mil recuerdos golpeándome por todos lados.

Mierda.

Me froté el rostro con ambas manos con ganas, pero era incapaz de liberarme de la sensación. No era solo por la vivienda en sí, a la que no me había costado hacer mi hogar más que un par de semanas o porque hubiese hecho de aquellas cuatro paredes un muro o el fuerte tras el que me había escondido durante casi cuatro años convirtiéndolo en algo muy mío.

Eran un millón de pequeñas cosas: la taza de Trevor en la encimera junto a la mía de nuestro último desayuno hacía apenas dos días, la paz que me embargaba en la terraza los días donde el trabajo se hacía más pesado o el olor acogedor de la cabaña con solo abrir la puerta. Era la fuerza de la cotidianeidad que había construido en todo este tiempo y a la que ahora me costaba renunciar.

Me obligué a ir hasta la habitación con la fotografía, que posé con cuidado sobre el cobertor y abrí el armario para rebuscar la maldita bolsa de deportes al fondo de todo. No la había usado desde que me había mudado a Strokeville y las manos me temblaron ligeramente al encontrarla. Con rabia abrí la cremallera y la dejé caer a mis pies para lanzar dentro la escasa ropa interior que había en el cajón y un par de camisetas antes de tirarme al suelo junto a ella apretándome las sienes.

Al empezar la universidad, uno de mis objetivos profesionales había sido entrar a formar parte del Zoo de San Diego, uno de los zoológicos con más diversidad de especies del mundo y donde los profesionales eran bien reconocidos por la comunidad de veterinarios. Otra de las opciones fue intentar entrar como becaria en una reserva animal en unos de los grandes parques nacionales y formar parte de algo más grande. A los veinte años un trabajo como el actual, en aquellos momentos, quedaba completamente fuera de mis planes.

Y, en este momento, no lo cambiaría por nada.

Extendí la mano y jugueteé con la cremallera entre los dedos. Tenía miedo a precipitarme y también a tomarlo con demasiada calma. En ambos casos, perdería demasiado. Quizá el sheriff Gómez estaba en lo cierto, al igual que el resto, y lo sucedido en la clínica no había sido más que eso: solo un robo.

Solo.

El estruendo del timbre me espabiló al momento y me incorporé despacio frotando las manos contra las caderas. Seguramente sería el sheriff o alguno de sus ayudantes con otra tontería. O eso esperaba, y no que fuese algún vecino con ganas de chismorrear porque no estaba de humor para ese tipo de visitas. El timbre sonó otra vez apenas entré en el salón y una voz grave que me erizó la espalda le siguió.

—Gaby, que soy yo.

Corrí a la habitación con una sonrisa para lanzar el macuto al fondo del armario y dejarlo allí olvidado durante unas horas cerrándolo y regresé hasta el salón para abrir la puerta y encontrarlo allí plantado con esa sonrisa que me desarmaba entera.

—Pensaba que esos inútiles de los ayudantes de mi primo te traerían de vuelta al rancho.

—Echaba de menos mi ropa —repliqué señalando la sudadera que me sobraba por todas partes.

—¿En serio? Porque a mí me encanta cómo te queda. —Se inclinó y en cuanto me rozó la sien apreté los párpados con fuerza disfrutando del contacto. Me quedé allí quieta cuando entró y cerró la puerta a su vez.

—Como ya me temía algo así, he traído la cena —añadió levantando una bolsa de papel desde un lado de la encimera—. Por si recuperábamos viejas costumbres.

Que denominase «viejas costumbres» a algo que no llevaba sucediendo ni un mes me hizo sonreír y me despegué de la pared notando que la sangre se me había acelerado por dentro. Después de años creyendo tenerlo todo bajo control el caos se había apoderado de mi vida de nuevo.

Al igual que Trevor.

Estaba haciendo la maleta. Estaba a punto de marcharme de allí. Era lo correcto. Estaba dispuesta a relegar a un rincón de mi mente las semanas que habíamos pasado juntos en mi casa y evitar recordarlo durante un buen tiempo. Y entonces se presenta en la puerta con la barba recién recortada y cena del Dollar Matt Store. Siendo viernes, lo más probable es que sea un sushi atroz que le encanta porque nunca ha probado uno de verdad. Y eso hace que de pronto todo lo que quiero sea más.

Más noches con Trev. Más días. Más semanas. Más de todo.

Más.

Saqué la botella de vino de la nevera, cogí dos copas de la vitrina, entrelacé nuestros dedos y me dirigí a la terraza sin despegar la vista de sus ojos color miel que brillaban bajo la visera de su gorra desgastada. El cielo comenzaba a teñirse de colores anaranjados y las luces se reflejaban en el río a su paso por la montaña. Me senté y serví una copa para cada uno mientras él dejaba los envases sobre la mesa y me contaba lo que había sucedido con dos de sus trabajadores en el rancho esa tarde mientras le daba un trago a mi bebida.

Me perdí en sus ojos sabiendo que no tenía todo el tiempo que hubiese querido para disfrutar de él y de lo que fuera que estuviese pasando entre nosotros. Pero sí que podía atesorar una más.

Era una noche perfecta.

Solo Trevor y yo y una dulce despedida.

17. TREVOR

Al girar en la curva la radio volvió a funcionar y una canción de rock de los setenta rellenó el espacio. El trayecto era demasiado largo para tanto silencio y, sin poder evitarlo, le eché un vistazo de reojo. Permanecía con la misma expresión seria y controlada que de costumbre, aunque seguía con esa sensación de que algo había cambiado.

—¿Qué crees que quiere mi primo ahora? ¿Habrá encontrado alguna pista?

Levantó los hombros y al girar la cabeza hacia la ventanilla su gruesa trenza del color del chocolate cayó sobre el hombro.

—Ni idea

Sacudió la cabeza con la vista puesta en el paisaje boscoso aislándose.

—Quizá tenga a los ladrones o algo así.

Se encogió de hombros como si no tuviese que ver nada con ella.

—¿Queda mucho para llegar?

Ahí estaba. Otra vez. Me había dado cuenta al día siguiente del robo en la clínica. Cada vez que le preguntaba por algo relacionado con eso, eludía responder directamente. Hasta Kieran me había dicho aquella noche en la comisaría que no estaba colaborando demasiado. Y no entendía el por qué.

Centré la vista en la carretera que llevaba al condado de Mason mordiéndome el interior del carrillo. Mi tío Bill siempre había

dicho que lo mejor para obtener respuestas era dar tiempo. Tenía la teoría de que la gente estaba más dispuesta a contar lo que fuera que llevase dentro si, en vez de atosigar con preguntas, les dejabas el espacio necesario para respirar y abrirse a ti. Era lo que usaba con nosotros cuando éramos unos críos y también con los empleados cuando había problemas. Y yo estaba de acuerdo en la mayoría de los casos.

—Unos diez minutos o así. ¿No has estado nunca? Pensaba que íbamos a la granja de los Velasco porque eran clientes tuyos.

—Que va —negó toqueteando la radio en el salpicadero cambiando el dial hasta que sonó una canción pop de los dos mil—. Creo que los lleva el de Mason. Les queda más cerca.

Asentí y también me quedé en silencio sin saber qué más añadir. Esa mañana estaba distinta desde que la había encontrado desayunando a solas ya vestida. No quedaba ni rastro de la Gaby dulce y tierna que se había sentado en mi regazo viendo atardecer. Ni mucho menos de la ruda y apasionada que había sido incapaz de aguantar a llegar a su cama y que me había exigido por más sobre la encimera de la isleta. No.

La Gaby que me había encontrado en la cocina esa mañana era distante, callada y un poco fría. Y por cómo había torcido la boca durante una fracción de segundo, la noticia de que debíamos encontrarnos con Kieran en una granja apartada entre el límite de Strokeville y Mason, tampoco la había ilusionado.

Encontrar el sitio fue fácil. Tras muchas millas sin rastro de humanidad apareció un cercado que rogaba por una puesta a punto. Y al otro lado de la hierba, junto a la entrada, el vehículo oficial del sheriff destacaba en medio de otras dos camionetas viejas aparcadas. Reduje la velocidad dirigiéndome a la zanja que marcaba el límite de propiedad. Aparqué a suficiente distancia de la cancela y apreté el claxon un par de veces. En esas zonas tan aisladas la cobertura fallaba muchas veces.

Mi primo apareció unos minutos después con el sombrero en una mano y una taza de desayuno en la otra. Apenas lo vio, Gaby se

encogió un instante para luego cuadrar los hombros. Kieran nos hizo una señal con la mano para que nos acercásemos a la vez que dos hombres con atuendo de granjero a los que no reconocí en la distancia aparecieron tras él.

Quité las llaves del contacto y eché la mano a la manilla para abrir la puerta, pero Gabriella ni se movió. Parecía perdida en sí misma. Me costaba entender lo que le estaba sucediendo. Si unas semanas antes me hubiesen preguntado si era una mujer fácil de impresionar me hubiese echado a reír con ganas. Y todavía la veía así. Podía mostrarse reservada o callada, pero nunca me había parecido asustadiza. Pero desde que se había encontrado la puerta de la clínica forzada la había visto temblar como a un conejo asustado y eso era lo que me chocaba.

Quizá la tía Rita tenía razón al afirmar que la gente es mucho más de lo que percibimos a simple vista. O quizá hubiese sufrido algún atraco traumático en Los Ángeles que ahora revivía, aunque lo ocurrido no fuese para tanto. Strokeville podía ser un lugar muy tranquilo, pero en las noticias aparecían atracos con armas en todas las grandes ciudades con demasiada frecuencia.

—Seguro que tiene buenas noticias, ¿vamos?

Apretó la mandíbula y me siguió al exterior arrebujándose en la cazadora y en cuanto el viento sopló de cara se pegó un poco más a mí.

—¿Qué pasa, te ha costado encontrar el sitio? —preguntó mi primo con un manotazo en la espalda. Negué—. Estos son Velasco y su ayudante.

El de más edad se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y lo reconocí de haberlo visto alguna vez por el centro. Los seguimos hasta una construcción cercana que estaba en una situación similar a la del cercado. O a la de la vieja granja de Stover, que al fin había firmado la venta. Y al igual que nuestra nueva inversión, aquel sitio necesitaba de varias manos extra y muchos días de faena para ponerlo en condiciones.

—Os he hecho venir por si podéis ayudar —indicó Kieran guiándonos al interior de lo que resultó un establo de buen tamaño con caballerizas a un lado. Se detuvo frente a uno de los habitáculos y al asomarme vi un caballo pardo con manchas claras que se sacudía nervioso junto a una mujer que intentaba calmarlo—. Este es el Señor Botones, Gabriella. Me gustaría que le echases un vistazo.

—No he traído el maletín. —Dio un paso al frente sin sacarle la vista de encima al rocín—. No hemos venido en mi coche.

Al escucharla puse más atención y entonces me fijé en sus heridas: bastantes en las patas, sobre todo las delanteras, y una marca en el flanco que quedaba a mi vista. La mujer conversaba con el animal en susurros pasando la mano por los cuartos traseros y Gaby extendió un brazo sin llegar a tocarlo.

—No es necesario. Ya lo han tratado. —Ambos nos giramos hacia mi primo interrogándolo con la mirada. Me costaba creer que nos hubiese molestado para nada—. Solo échale un vistazo y dime qué te parecen esas heridas.

—¿A dónde quieres llegar, Kieran? —refunfuñé acercándome a su perfil—. Si ya lo ha visto otro veterinario…

—Trevor… —resopló y hundió sus ojos en mí en una clara advertencia de que mantuviese el pico cerrado. Era mi primo, pero también la autoridad y no estábamos en nuestro rancho como para que le discutiese en público—. Los Velasco me han llamado porque han desaparecido algunos caballos y tienen varios metros de verja rota. —El hombre a su lado abrió la boca y la cerró al instante—. Botones era uno de los animales desaparecidos y está herido. Solo quiero que Gabriella me diga *en su opinión profesional* si esas heridas se deben al cercado roto o a algo más.

—Al robo de caballos que has estado investigando —murmuró quedamente entrando en el espacio del Señor Botones.

Kieran conversó por lo bajo con los otros dos hombres mientras duró la inspección. Gaby se movía con cuidado en torno al

caballo procurando calmarlo, o al menos no alterarlo más, mientras que la mujer le acariciaba la crin susurrándole algunas palabras. Y yo me limitaba a estar calladito y tragarme mi opinión para no ganarme otra mirada de advertencia de las autoridades.

No conocía esa granja, pero por lo que había visto hasta ese momento, no me sorprendería nada que la mitad de la verja se hubiese caído o estuviese a punto de hacerlo y sin necesidad de ninguna ayuda externa. Ni de un caballo. Ni de nadie. Si eso nos había a sucedido a nosotros en más de una ocasión debido al temporal a pesar de las horas dedicadas semanalmente al mantenimiento de todas las instalaciones.

Poco rato después Gaby y la mujer salieron del compartimento dejando solo al rocín, que seguía inquieto.

—No puedo darte una respuesta concluyente, sheriff Gómez. Se ha podido hacer las heridas en las patas de muchas maneras y…

—Es lo mismo que dijo nuestro veterinario —murmuró Velasco a mi espalda.

—¿Incluyendo la reja?

—Sí, claro. Pero también con rocas o con alguna rama puntiaguda al galopar afuera de la granja. Me llama más la atención esta marca de aquí —añadió señalando una fina línea que iba desde la cruz hasta la cima del hombro y en la que no había reparado hasta el momento—. También tiene otra más ancha en el lomo. Parecen abrasiones, como las que sufren a veces en las patas los ejemplares que entrenan con cuerdas. Aunque si lo emplean para ayudar en la granja no se me ocurre un motivo más para que las tenga ahí.

Kieran apretó el ceño y la granjera se aproximó al resto apretándose las manos.

—¿Podemos apartarnos un poco? No quiero que se ponga más nervioso.

Mi primo asintió y se dirigió a la otra esquina del establo junto con el granjero y su ayudante mientras que su esposa se quedaba

atrás, más pendiente del estado del animal que de lo que el sheriff les tuviera que decir.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos podemos largar ya?

Kieran podía ser el más bajo, pero su manaza cerniéndose con fuerza mi hombro me recordó que tenía más fuerza que Jarrad.

—Si os he llamado, primo, es por algo. Me sorprende que no te hayas enterado. Quizá mis chicos estén aprendiendo a mantener la boca cerrada al fin. A los Velasco le han desaparecido cuatro caballos y el Señor Botones es el único que ha reaparecido. Pusieron la denuncia la mañana siguiente al robo en la clínica veterinaria de Gabriella Winston, pero los echaron en falta unos días antes.

Gaby alternó los ojos entre el sheriff y el granjero hasta que este asintió con contundencia, refrendando cada palabra.

—¿Antes? ¿Y por qué no lo denunciaron hasta después?

—Pensábamos que los animales se habían escapado y los estuvimos buscando. No nos enteramos del rumor de los ladrones de caballos hasta que nos lo contó el chico. —Dejó de rascarse la nuca para señalar a su ayudante—. Mi esposa y yo no es que salgamos mucho de la granja.

Hundí las manos en los bolsillos de los vaqueros observando la mueca sorprendida de Gaby y la de satisfacción de mi primo sin sentirme ni la mitad de entusiasmado que ninguno de los dos, pero decidí permanecer callado hasta que saliésemos de esa granja. Kieran ya había dejado muy clara su postura cada vez que le había llevado la contraria.

—¿Entonces crees que los dos hechos están relacionados? —preguntó Gaby dando dos pasos hacia él.

—Dímelo tú, Winston. ¿Crees que han podido tratar a este o a los demás caballos desaparecidos con los fármacos que hayan podido llevarse de tu clínica sin que te dieras cuenta?

Hice un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. ¡Por el amor de Dios! Aquello no me parecían más que palos de ciego y

conjeturas vagas. ¡Pero si hasta el propio granjero había creído que se le habían escapado de la finca y seguro que por eso no había avisado! Y, visto lo visto, no me sorprendería nada.

En cambio, Gaby esbozó una sonrisa y le dio la razón.

—Si sabían lo que hacían, sí. Desde luego.

Mi primo me palmeó la espalda y señaló la salida con la barbilla dirigiéndose hacia allí con Velasco, que se acomodaba el peto de trabajo. Y yo lo imité tragándome mi opinión de que, si este era su principal hilo de investigación, no iba a atrapar a los ladrones de la clínica jamás. Mi teléfono vibró un instante con una llamada perdida del rancho y me aparté de Kieran y Gaby intentando conseguir algo de cobertura para devolverla sin éxito, así que me uní a ellos de camino a la salida mientras que los Velasco se detenían a la altura de la vivienda principal.

—Ahora sí que ya os podéis largar —se burló Kieran estrechándome la mano.

—Esto mismo nos lo podías haber contado por teléfono.

—Sí, pero prefería que Gabriella lo viera con sus propios ojos para que comprobara que le decía la verdad.

—Y dejase de preocuparme —añadió extendiendo la mano con más ímpetu que en los últimos días—. Gracias, sheriff. Me quedo mucho más tranquila.

—Yo tengo que volver para cerrar algunos detalles antes de regresar a la oficina. Diles a los tíos que nos vemos el domingo.

Kieran se llevó la mano al sombrero en señal de despedida antes de regresar junto a los granjeros. Gaby se pegó a mí y me metió un codazo sonriendo antes de correr hacia el coche llevándome consigo.

—¿Te lo puedes creer? Todo para curar al pobre Botones.

Se coló en el interior del Jeep antes de que yo y en cuanto me senté cubrió mis mejillas con sus manos tirándose sobre mí para pegar mis labios con los suyos.

—Tenías razón —susurró contra mi oreja y un escalofrío me recorrió por entero—. Tu primo tenía unas noticias estupendas.

No tenía ni la más mínima idea si eso era así o no. En realidad, lo dudaba, pero en ese momento me daba igual. Solo me importaba seguirla sintiendo. Froté la nariz contra su mejilla y dejé que tomase la iniciativa mientras nos besábamos sin tregua. Me acarició el labio inferior con la lengua y, cuando la introdujo entre mis labios, su sabor combinado con el del café me invadió la boca. Me encantaba esa mezcla.

—¿Sabes que eres la primera persona que conozco que se alegra porque le confirmen que le han robado?

Su carcajada rebotó por todo el habitáculo hasta traspasarme y la apreté contra mi pecho para que no saliese de ahí. Gaby me rodeó los hombros con los brazos y volvió a entrelazar su lengua con la mía. Estábamos ante la entrada de la granja de aquella gente, a plena luz del día, pero me daba igual. Deslicé la lengua entre sus dientes y recorrí la parte de cuello descubierta. Gaby jadeó apretándose más contra mí.

—Trev, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Se me cortó el aliento.

Me despegué despacio de su piel inclinándome hacia atrás tanto como pude para poder observarla mejor. Su sonrisa era la más reluciente que le había visto en días. El sonido del teléfono vibrando sobre el salpicadero nos sacó del trance y no me quedó más remedio que atenderlo al ver el nombre de mi hermano en la pantalla.

—Ya te lo puse en el mensaje, Jar. Ha sido cosa de tu primo el sheriff, por lo de… Que sí, que salgo ahora. ¡Llego en media hora, pesado!

Cuando colgué Gaby ya se había acomodado en su asiento y se había puesto el cinturón. Me moría por perderme en esas pecas y odiaba a mi hermano por la interrupción. Me hubiese quedado en ese coche hasta que al salir Kieran nos hubiese detenido por escándalo público.

—¿Tienes mucha faena?

—Trabajo en un rancho —respondí molesto arrancando el todoterreno—, siempre hay algo que hacer. Lo que le pasa a Jarrad es que hoy se llevan a Prince y sigue cabreado.

—Porque tenéis un rancho de caballos y no quiere venderlos. Ya.

No pude evitar sonreír por su manera de exponerlo. Más de una tarde en su terraza habíamos hablado de lo que le mosqueaba a mi hermano esa venta o no haber podido colar a ninguno de nuestros mejores ejemplares en la liga profesional hasta el momento. Y Gaby estaba conmigo. Mejorar el negocio estaba bien, pero entendía que no podíamos esperar a cerrar un trato que no sabíamos si llegaría jamás a cambio de perder una venta importante. Y más con todos los problemas que estábamos teniendo para ponernos al día con las cuentas a pesar de la ayuda de Vera.

—Algo así.

—Pues arranca antes de que venga a buscarte.

Metí la llave en el contacto y en vez de arrancarlo me giré de nuevo hacia ella. Tenía trabajo pendiente y a mi hermano de morros, pero me costaba dejar de mirarla. Extendí la mano y enredé el índice en un grueso mechón castaño que se había desprendido de su coleta. No quería soltarla.

—Lo que has dicho antes… —Pegó un ligero respingo y no pude evitar acariciarle la nariz.

—¿Sí?

—Intenta recordarlo cuando esté en modo cabezota como ahora Jarrad y te ponga de los nervios.

18. GABY

—Esto no tiene nada que ver con el plan —rezongó Vera arrugando la nariz.

—¡Pero si lo propusiste tú! —Anitta levantó la mano para llamar la atención de la camarera que tomaba nota en la mesa contigua.

—Dudo mucho que yo propusiese venir a un sitio donde la media de edad ronda los cien años.

La única respuesta de su amiga fue poner los ojos en blanco antes de pedir una bebida y un aperitivo esperando a que se fuese la camarera para responderle en un tono similar.

El Hickory Hotel Coffe Shop no era exactamente eso de lo que se quejaba Vera. En realidad, se trataba de una pequeña cafetería de estilo clásico y con servicio de cocina que formaba parte del hotel más antiguo de la ciudad y en el que nunca había estado. Tampoco era un lugar demasiado popular en Strokeville, ya que la mayoría de las mesas estaban vacías.

Eché un vistazo en derredor y contuve la risa al darme cuenta de que éramos las más jóvenes del lugar y por mucha diferencia.

—También dijiste que querías quedar para un brunch y eso que te estás tomando no tiene alcohol. —Sacudió la mano con gracia para después apartarse el cabello platino del rostro—. Y llevas tres días con ese humor de perros.

Vera chasqueó la lengua y apuró parte de la bebida con el pulgar repicando sobre la mesa. Anitta tenía razón. Su amiga había entrado por la clínica como un ciclón y me había resultado imposible

negarme a ese descanso a media mañana con ellas. Aunque tampoco lo hubiera hecho. Y su frente no se había alisado ni un poquito en todo ese rato.

—¿Por qué no te tomas algo más fuerte que ese zumo de pomelo? —propuse—. Puedo conducir yo a la vuelta.

—Lo haría si no tuviese que acompañar a mi padre en poco más de una hora. Seguro que no le parece bien que llegue medio beoda.

Dejó el vaso sobre la mesa con más intensidad de la necesaria y dos de mis clientes se volvieron desde una mesa cercana para llamarnos la atención con la mirada. Vera les respondió con una mueca.

—Podemos quedar en otro momento para que te desquites.

—¡Claro! ¡Esta noche sería estupendo! Pero nada de sitios peñazo como este. Mejor vamos al Willow Rock Bar para que me pueda tomar unas buenas copas.

Compuse una sonrisa de compromiso dándole vueltas al plato que tenía delante. Vera me señaló, pero Anitta se adelantó:

—Es martes.

—¿Y? Necesito pasarlo bien y desconectar un poco. No pienso correrme la gran juerga; solo achisparme lo justo. —Se volvió con descaro hacia mí con la mitad de su melena corta pegándose a sus labios—. ¿Y tú por qué pones esa cara? Espero que no estés a punto de darme plantón porque me lo debes. Fuiste tú la que me convenció para que aceptase como clientes a esos Woodhall y mira cómo estoy.

—¡Acabáramos! —jadeó Anitta Larsen dejando caer la frente contra las manos con teatralidad—. Pareces el día de la marmota con el tema, Vera. Si no quieres llevarles las cuentas pues se lo dices, les devuelves la ranchera, te pagan lo que sea y ya está.

Me llevé dos dedos a la boca para no reírme porque estaba en lo cierto. Llevaba dos semanas despotricando contra los

hermanos por cualquier cosa. Las quejas habían cambiado de la nefasta organización y las deficiencias en la contabilidad del principio a quejarse sobre Jarrad cuando Trevor le había asegurado que solo tendría que tratar con él.

—Tú también te quejarías si tuvieras que aguantarlo —refunfuñó engullendo un trozo enorme del bollo para luego apuntarme con el tenedor—. ¿Y tú por qué no quieres quedar?

—Quiero, pero es que tengo planes y no creo que te quieras apuntar. Precisamente, he quedado con los hermanos para cenar en el Willow Rock. Te invitaría, pero…

Se dejó caer contra el respaldo con los brazos cruzados y los ojos claros entrecerrados.

—Esos machitos Woodhall… Quieren que le quede claro a todo el mundo que ahora eres una de ellos. Como si el chisme sobre lo vuestro no lo supiese todo Strokeville.

—Solo vamos a cenar una hamburguesa para que escuche la nueva idea que se le ha ocurrido Jarrad.

—Ya, ya. Pues esa idea te la podían haber explicado en el rancho o en tu clínica o en cualquier otro sitio, en privado.

—Déjala, Vera. Ojalá tuviese ese problema yo con John.

Se sostuvieron la mirada durante un minuto largo hasta que la contable claudicó y se desentendió de nosotras revisando algo en su teléfono con el ceño fruncido. Giré la copa entre los dedos esperando a que fuera otra quien rompiese el silencio. Vera no estaba así por mi cena y eso lo sabíamos las tres, pero todavía no sentía la confianza suficiente como para comentárselo. Ni la tendría. Me tragué los pensamientos con el último trago de la consumición y al mirar al frente me encontré con la mirada curiosa de Anitta.

—Por cierto, últimamente se te ve más relajada.

«Que desde el robo», le faltó añadir en alto. No lo hizo, pero estaba implícito para las tres. Me encogí de hombros y seguí jugueteando con una servilleta.

—Sí. Una parte de mi cabeza ha hecho clic al fin. —Eso era cierto—. Si ya se han llevado lo que necesitaban para tratar los caballos robados, no van a venir a por más. Así que no tiene sentido seguir nerviosa.

Anitta asintió con una sonrisa radiante y sentí una punzada. No era toda la verdad, pero me mordería la lengua antes de contar nada más.

—¿Sabes si ya los tienen? —preguntó Vera levantando la cabeza—. ¿O si descubrieron quiénes fueron?

—No. Ni idea.

—Fue hace como una semana.

—Pues por lo que se le escapó al ayudante Funke ayer en mi turno de desayunos en el Sally's, no parece que hayan avanzado mucho. Que en el almacén solo había huellas tuyas y de los transportistas, o algo así le entendí.

***

—¿Sabes que eres la segunda persona del día que viene a secuestrarme a la clínica? —pregunté con la bolsa de los cruasanes todavía caliente sobre el regazo contemplando el paisaje por la ventanilla.

—Pues al primero no le ha salido muy bien si te he encontrado tan fácilmente. ¿Quién ha sido?

—Vera. Al parecer, está hasta las narices de ti y tu hermano.

Trevor soltó un gruñido y refunfuñó algo que no llegué a entender por lo bajo.

—Ya le he dicho a Jarrad que la deje en paz, pero cree que se nos va a escapar Lucien Anderson, un inversor que no se decide si se fía de nuestro negocio, y en cuanto me despisto la presiona. Aun así —giró por un sendero estrecho por el que el jeep apenas entraba —, tu amiga tiene carácter de sobra para lidiar con mi hermano, con todos mis chicos y con un regimiento.

El camino se hacía más estrecho cada vez, con los árboles cada vez más pegados al camino y la maleza tan alta que casi alcanzaba las ventanillas. No tenía ni idea de a dónde íbamos, aunque tampoco parecía que estuviésemos en ningún sitio mientras poníamos a prueba los amortiguadores con tanto bache. Intenté buscar algo identificativo al fondo del paisaje, pero era tan cerrado que no veía nada más que la naturaleza que nos rodeaba. Cuando Trevor me había llamado poco después de la comida preguntándome si tenía un hueco para acompañarlo, no había pensado que se refería a esto.

—¿Te has perdido y no quieres admitirlo en alto?

—¡Para nada! —exclamó sonriendo.

—¿Entonces es un atajo espantoso para llegar al rancho si el coche no nos deja tirados antes? ¿O es *ese* el objetivo, vaquero?

Los árboles empezaron a distanciarse dejando a la vista un prado de hierba alta y de un verde vibrante ante nosotros que me dio ganas de bajar el cristal para poder disfrutar con su tacto.

—Algo así —murmuró con los ojos color miel brillando y no pude resistir darle con la bolsa en el bíceps.

—Vale. ¿Dónde estamos y qué hacemos aquí?

Lanzó la bolsa al asiento trasero y me agarró por debajo de los brazos hasta que quedé tumbada sobre su pecho.

—Me apetecía estar contigo un rato.

—Si ya hemos quedado para cenar en unas horas.

Me observó desde arriba con los párpados medio bajados.

—A solas, Gaby. No necesito que Jarrad esté aquí con nosotros de carabina. —Sonrió de medio lado apartándome parte del flequillo de la frente y se me escapó un jadeo en cuanto me rozó la piel. La oferta sonaba muy tentadora—. No me refería a eso, pero, si quieres, también podemos.

No me dio tiempo a reaccionar. Me enganchó de nuevo por las axilas hasta que nuestros alientos se mezclaron y me apresuré a

deslizar una pierna hasta quedar sentada a horcajadas sus muslos.

—¿Te he dicho ya lo que me gustan tus pecas? —preguntó antes de devorar mi boca.

Me separé frotándome la nariz con la manga de la camiseta.

—Debes ser el único. Y no tengo pecas. Es por el sol.

Sonrió con maldad apretando mi cintura hacia abajo para hacerme sentir lo excitado que estaba. Apreté los dientes tragando saliva y moví las caderas para frotarme contra él. Ese vaquero no necesitaba mucho más que sonreír para hacerme perder la cabeza. Otra vez.

—¿Qué pasa si viene alguien?

Estiró todo lo que dio de sí el escote redondo de mi vieja camiseta de trabajo arrastrando el sujetador a la vez dejándome expuesta y terriblemente excitada. Con los ojos completamente oscurecidos fijados en mis pechos encogió los hombros.

—Quizá tengamos que visitar a mi primo a la comisaría de nuevo. Como detenidos.

—Pues yo pref…

Bajó la cabeza y atrapó uno de mis pezones ya duros entre sus labios cortándome la respiración y la respuesta. Su lengua jugueteó un rato provocando que unos deliciosos escalofríos me subieran por la espalda y cuando chupó con fuerza me estremecí y fuera de control eché la mano a la hebilla del cinturón. Al movernos sonó la bocina, pero me dio igual y seguí peleando con el botón y la cremallera hasta que pude rozar la tela de sus calzoncillos. Trevor se levantó lo suficiente como para poder bajar su ropa hasta la mitad de los muslos y acaricié su pene al mismo ritmo al que lo hacía su lengua en el interior de mi boca.

Estaba a punto de arder. De estallar en llamas.

Le di un empujón y regresé a mi sitio con la mitad de la trenza cayendo desordenada por mi cara. Trevor gruñó. Tenía las mejillas encendidas, los ojos casi negros y el pelo todavía más

desastroso que de normal. Estaba increíble. Abrió la boca y se la cerré con un beso mientras me arrancaba una de las botas con la otra.

—Tengo que quitarme este puto pantalón, Trev.

Torció la boca y me retorció un pezón con suavidad, lo que no ayudaba para nada en mi pelea con las perneras del vaquero. Apenas me quedó una pierna libre regresé a su regazo y me lancé sobre su boca. Necesitaba sentirlo dentro ya y a juzgar por el modo en que sus dedos rasposos se clavaban en mis nalgas, mi atractivo vaquero estaba igual que yo. Me levantó enganchando mis caderas con un brazo y con la otra orientó su punta hacia mí mientras que yo apartaba las bragas lo suficiente para dejarlo entrar.

Llevé las dos manos a sus hombros, me dejé caer a la vez que él empujó hacia arriba y grité su nombre en cuanto entró hasta el fondo. Sus manos inmovilizaron mis caderas y su boca regresó a las curvas de mis pechos. La sensación era tan intensa que no podía evitar apretarme por dentro. Pero quería más.

—Trev… —supliqué en un susurro ahogado intentando moverme.

—Si te mueves y gimes así no voy a durar nada.

Se me escapó otro gemido bajito y cerré los párpados, incapaz de añadir nada. Me daba igual que no durase. Me daba igual todo. Yo también estaba a punto de correrme y no quería esperar más. Entreabrí un ojo y sonreí al ver el modo en que su pelo rubio oscuro brillaba más con la luz del atardecer. Era una imagen perfecta que siempre estaría conmigo y por ahora, al menos, eso me bastaba.

—Pues mejor —susurré contra su oreja.

Su cabeza se hundió entre mis pechos acariciando uno y otro con la boca y con las manos antes de regresar a mis labios.

—Esto me gusta demasiado, Gaby. Es algo a lo que podría acostumbrarme muy fácilmente.

«Y yo»

Mordí su labio inferior, me alcé lentamente, apenas una pulgada, y los dos gemimos casi al unísono con las frentes sudadas pegadas. Sus manos bajaron hasta rodear mis nalgas y me levantó un poco más. El corazón latía a doscientos como si en cualquier momento fuese a explotar. Trevor me observó con atención y movió ligeramente la barbilla en una pregunta muda a la que asentí sin estar completamente segura de lo que significaba. Tampoco me importaba. En aquel momento, era lo correcto.

Lo que necesitaba.

Llevó una de mis manos al respaldo y yo hice lo mismo con la otra intentando aguantar más de una embestida. Se retiró un poco más de mí y me pegué a sus labios para que no me escuchase gemir. Tiró de mí con más fuerza y a la vez que me embestía con la cadera con fuerza y a la siguiente vez que lo hizo no pude aguantar más. Me estremecí entre sus brazos apretándolo con ganas con todo mi interior.

—Joder, Winston, haces que siempre quiera más.

No me dio tiempo ni a pensar en sus palabras. Necesitaba lo poco que me quedaba de lucidez para centrarme. Empezó a moverse debajo de mí con lentitud y a la tercera embestida no aguanté más y me corrí. Me estremecí pegada a su torso susurrando su nombre una y otra vez dejándome llevar mientras él aceleraba. Nunca había sentido algo así. No era solo el placer, era mucho más. Como si le importase y pudiera confiar en él. Algo que de haber tenido la mente un poco menos ahogada en orgasmos me hubiera hecho huir despavorida escuchando mi propia alarma interna. Pero en vez de eso, en cuanto mi cuerpo se relajó un poco pegué mi frente sudada a la suya colgándome de su cuello ansiando por más.

Trevor apartó dos mechones castaños oscuros llevándolos hasta mis orejas y me guiñó un ojo antes de volverse a mover. A cada embestida sentía que el resto del mundo, lo que fuera que existiera fuera de ese coche, iba desapareciendo y poco a poco no quedábamos nada más que él y yo.

Trevor y yo.

Su respiración estaba igual de acelerada que la mía y a los dos se nos escapaban jadeos cada poco. Sentí que estaba a punto de correrme otra vez. O que estaba a punto de desfallecer. No había nada comparable a esta sensación de sentir que lo tenía para mí.

—Trevor —gimoteé entre dientes conteniéndome como podía —. Por favor. Ya, por favor.

Bajó la cabeza, me mordió un pezón y embistió con ímpetu. Fue demasiado para mí. Perdí el control y me amarré a él sintiendo cómo una oleada intensa me barría con fuerza. Escuché a lo lejos mi voz gritar su nombre sin ser consciente de lo que hacía. Me sentí viva, renacida y dejé de pensar desplomándome sobre ese hombre que estaba a punto de volverme del revés.

Cuando volví a reaccionar noté la caricia delicada de su mano trazando círculos por debajo de mi camiseta en la parte baja de la espalda. Era agradable. Demasiado. Me obligué a abrir los párpados antes de quedarme dormida. Me besó en la sien y me apartó un poco agarrándome por la barbilla.

—¿Sigues aquí, cielo?

—Más o menos —susurré arrancándole una carcajada. Subió la mano libre y la enredó en mi melena que a esas alturas ya se había escapado por completo del coletero. No entendía bien lo que me estaba pasando. Hacía varias semanas de nuestro primer encuentro. Joder, esa misma mañana lo habíamos hecho en la encimera antes de que se marchase al rancho a ocuparse de la yeguada. No podía entender por qué me estaba dando un poco de vergüenza sostenerle la mirada y volví a refugiarme en su cuello.

—En realidad te había traído a este sitio porque quería que lo vieras.

Torcí la espalda lo suficiente como para quedar de frente al paisaje intentando ignorar la intensidad de su mirada y el modo en que su palma callosa acariciaba mis muslos. Más allá del mar de hierba verde me fijé en que el paisaje era muy parecido al que

disfrutaba desde mi terraza, aunque con una perspectiva diferente. La montaña se erguía más cercana y majestuosa al lado contrario al que solía hacerlo en mis atardeceres, pero sin rastro del río que estaba mucho más abajo. Podría tomarme mi copa de vino allí perfectamente.

Me volví y me dejé caer contra su torso aspirando sobre su camiseta gris de algodón sin darme ni cuenta. Olía a sudor, a heno y a algo sexi y especiado que era solo de él.

—¿Te gusta?

—Es precioso. Se parece a las vistas de la parte trasera de mi casa.

—Tío Bill cree que este sería un buen sitio para mi casa.

Me tensé de manera automática.

—Entonces sí que te tenías que haber traído a Jarrad —contesté con la voz rasposa.

—Si me voy del rancho no es para seguir aguantándolo.

Trevor se rio, pero yo me quedé medio petrificada incapaz de entender a qué venía la conversación o que preguntase por mi opinión. No estábamos juntos, solo éramos dos adultos que se acostaban y mantenían un sexo increíble al que me veía incapaz de renunciar. Y nada más.

Lo que habíamos tenido hasta ese momento estaba muy bien, pero era lo que era.

—Tranquila, cielo. No estoy insinuando nada. Tampoco se trata de un plan para ya, pero tengo edad suficiente para emanciparme. ¿No crees?

Ignoré su broma e intenté desviar la conversación a un tema más seguro. Uno lejos de planes de futuro.

—Pensaba que el rancho era vuestro. De tu hermano y tuyo.

—Y lo es.

Me agarró por los hombros apartándome hasta que mi espalda chocó con el volante y coló un dedo por el borde de la camiseta completamente estirada para llevarla a su sitio cubriéndome los pechos. Esa camiseta se había echado a perder.

Al igual que el ambiente.

—Pero la única manera de sacar a Jarrad de ahí es con los pies por delante. Y mis tíos... Cuando las cosas se pusieron feas, vendieron su casa para ayudar a mi padre a conservar el rancho…

La frase quedó suspendida en el aire mientras que él apretaba los puños y los dientes con ganas. No pude evitar pasar un dedo por la línea afilada de su mandíbula intentado que la aflojase. Trevor atrapó mi mano y besó mis nudillos con detenimiento sin sacarme la vista de encima.

—Había pensado construir una casa como la tuya, pero un poco más grande, con más habitaciones. Y quizá podías socorrerme con la decoración. No sé si has visto mi despacho, pero necesito ayuda.

Otra vez esa punzada ahí, atravesándome las costillas hasta helarme los pulmones y tiré de mi mano para liberarla. Quizá Anitta no estuviese tan desencaminada con sus bromas sobre los dos. A lo peor Trevor iba en serio conmigo. Y por primera vez yo ya no estaba tan segura de lo que quería. El corazón se detuvo un instante antes de ponerse a funcionar a toda prisa.

Agarré el reposacabezas contrario para tirarme de bruces contra el asiento del copiloto. Tenía que salir de allí. Ya.

—Me tengo que ir —pronuncié sin aire intentando darle la vuelta a la pernera vacía del pantalón—. Tengo trabajo pendiente en la clínica.

—¿Qué pasa, Gaby? —Me pasó un mechón tras la oreja y acarició el lóbulo despacio. No hice amago ni de mirarlo. Me incliné hacia abajo buscando el calzado—. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo —repuse entre dientes. La voz había sonado mucho menos firme de lo que me hubiera gustado, pero a

esas alturas ya daba igual. Me pasé el cinturón de seguridad por encima y volví al calzado— ¿Arrancas de una vez?

Durante un instante no sucedió nada. De soslayo vi que frotaba un labio contra otro apretando un punto a un lado de la sien. Después arrancó el Jeep y el aire volvió a llenar mis pulmones. Dio marcha atrás para salir de la protección bajo los árboles y volvió a detenerse antes de internarse en el sendero estrecho.

—Sé que te lo guardas todo para adentro: no has querido hablar de tu vida de antes, en Los Ángeles, del accidente en que te hiciste esas enormes cicatrices en los brazos o de por qué estabas tan agobiada con lo del robo. Y no pasa nada. Pero tienes que saber que también puedes bajar la guardia de vez en cuando y desahogarte. Puedes confiar en mí.

Lo observé de reojo. Toda su atención estaba puesta en mí. Me aferré con ambas manos al cinturón de seguridad mientras esas últimas palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza como un mantra.

«Puedes confiar en mí»

Y dudé.

Llevaba demasiado tiempo sin confiar en nadie. Sin sentir que podía hacerlo y era tentador. Pero volví la cabeza hacia la ventanilla y me obligué a cerrar la bocaza para reprimir las ganas hasta que volvió a poner el coche en marcha.

19. TREVOR

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sentado en esa maldita silla. Levanté la cabeza buscando el reloj de la sala y al verlo apreté los párpados con molestia. «Mierda». Habían pasado más de dos malditas horas. Y todavía nada. Jarrad me dio dos toques sobre la rodilla, pero me limité a esconder las manos en los bolsillos de la cazadora vaquera porque estaba harto de ver cómo me temblaban.

Me quedé un rato así, en silencio, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared intentando no sentirme un inútil. Y esperando a que pasase el tiempo.

—¿Qué es lo que ha pasado, chicos?

La caballería. O lo que quedaba de ella. Al abrir los ojos mi primo estaba de cuclillas frente a mí vestido de paisano y con el pelo húmedo. Y sus ojos reflejaban la pena. Frustrado levanté las palmas de las manos hacia arriba y susurré con la poca voz que me quedaba:

—No lo sé. No tengo ni idea, Kieran.

Intenté añadir algo más, pero fue imposible. La voz se me terminó de romper, no salió nada y me tapé los ojos con las manos.

—Trevor y Gaby se vieron poco después de la hora de comer —respondió mi hermano pequeño tomando el dominio de la situación—, y la llevó de regreso a la clínica antes de volver al rancho. Serían las tres y media o las cuatro cuando llegó. Estuvimos trabajando juntos y después nos preparamos para la cena. La llamó de camino a Strokeville. —Kieran arrugó la frente y mi hermano se le

adelantó—. Teníamos reservada una mesa a las siete en el Willow Rock Bar, si llamas te lo dirán.

—Por ahora no hace falta, Jar. Sigue.

—Pues la llamó y como no respondía pensó que estaría en la ducha o terminando de prepararse, así que fuimos hasta su casa a recogerla, como habían quedado.

Jarrad se detuvo dudando en cómo seguir y tras unos segundos de silencio y la expresión impaciente de nuestro primo, se levantó lentamente de la incómoda silla haciendo un gesto para llevarse a Kieran consigo hasta el extremo contrario de la sala de espera, deteniéndose ante una de las máquinas expendedoras. Como si fuesen a comprar algo. No necesitaba escucharlo para saber lo que le estaba contando. Bajé la vista enfocándome en respirar con calma mientras las imágenes volvían a repetirse en mi cabeza de nuevo.

Jarrad conducía su viejo todoterreno por el camino que llevaba a la cabaña de Gaby todavía refunfuñando por el último encontronazo con nuestra nueva contable. Le solté un manotazo con ganas riéndome de él.

—Le prometí que no tendría que tratar contigo. Solo conmigo. Así que dejar de colarte en «la cueva» y ella dejará de amenazarte con lo que tenga a mano.

Saqué el teléfono del bolsillo y pulsé el contacto de Gaby antes de que nos detuviésemos en su puerta. No respondió. Jarrad señaló la ranchera estacionada a un lado de la casa y levanté los hombros agarrando la manilla para bajar.

De acuerdo que nuestra despedida unas horas atrás no había sido la mejor, pero me costaba creer que nos estuviese ignorando solo por eso. Quizá debí tener más paciencia y no presionarla para que se abriese a mí. Pero eso no era excusa para que ahora pasase de Jarrad y de mí cuando al despedirnos había estado de acuerdo en que la fuésemos a buscar.

Volví a marcar el número en el móvil y al llegar ante la entrada de su casa lo escuché sonar en el interior sin que lo descolgara. No me lo podía creer. Eso me encendió por dentro y aporreé la puerta llamándola.

—¡Gaby!

La puerta cedió abriéndose un poco y vi una mancha oscura y espesa en el suelo. El cuerpo de Gaby estaba retorcido de una manera extraña a dos pasos de mí con el brazo izquierdo doblado de una manera antinatural y el teléfono, que continuaba sonando, a mitad de camino entre su mano y el sillón que tanto le gustaba. Su cabello chocolate se pegaba al rostro y a la alfombra cubierto de más sustancia viscosa y oscura.

Su sangre.

La misma que se extendía a la izquierda de su cuerpo.

El aire apenas me entraba en los pulmones, las rodillas me temblaban y me costaba fijar la vista, que cada vez se me emborronaba más. Fue una mano apretando con fuerza en mi hombro izquierdo la que me trajo de vuelta a la superficie para poder respirar.

—Tranquilízate, Trev. Así no le sirves de nada.

Tenía razón, pero en ese momento no era capaz de reaccionar. Nunca me había sentido tan perdido. Ya en la sala de espera me explicó que entró al escuchar mi grito de desesperación, aunque yo no fui consciente de haberlo soltado. Fue Jarrad quien se arrodilló a un lado de Gaby para comprobar sus signos vitales mientras yo lo observaba incapaz de hacer nada hasta que vi su señal tranquilizadora. Se giró levantando el pulgar y el aire volvió a entrar de lleno en mis pulmones, ardiente y sofocante.

Gaby estaba viva.

Apreté las manos y recordé que todavía tenía el teléfono en una de ellas. Reaccioné y marqué el número de emergencias. Necesitábamos ayuda. Gaby necesitaba ayuda. Y al parecer yo no era capaz de dársela. Tras un par de frases, tuve que poner la

llamada en altavoz para que Jarrad respondiese a parte de las preguntas. Ni siquiera era capaz de explicarme correctamente y no podíamos permitirnos esa pérdida de tiempo.

Estuvimos allí esperando hasta que el helicóptero medicalizado se la llevó y, después, hasta que uno de los ayudantes del sheriff nos dio permiso para salir tras responder a unas preguntas. Y Jarrad se empeñó en traerme hasta el hospital en Kerville. Tampoco me había opuesto. Dudo que hubiese sido capaz de hacer algo más que arrancar y estrellarme contra el primer roble vivo que me cruzase en la carretera.

Estiré las piernas cruzando un tobillo sobre el otro y eché un vistazo alrededor. Solo había dos personas más, además de nosotros. La sala de espera estaba en calma, era blanca y debería resultar muy tranquilizadora para los que aguardasen, pero a mí me invadía una sensación opresiva y oscura en el pecho que me estaba desquiciando. Y la espera. Nadie nos había dicho nada de su estado de salud desde que habíamos llegado.

Y lo peor de todo era cerrar los ojos y verla bajándose del Jeep con los labios fruncidos después de la discusión unas horas antes. No quería creer que esa pudiese ser nuestra última conversación. Tampoco me hacía bien esa sensación de culpa creciente por no haber estado con ella para que aquello no hubiese pasado. Por no haber llegado antes. Por limitarme a observarla con mi hermano pequeño teniéndose que ocupar de todo.

Apreté los párpados e inspiré lo más lentamente posible para controlarme. Jarrad tenía razón: así no le serviría para nada. Aunque sentado en aquella estúpida silla de hospital, tampoco. Me incorporé para aproximarme a ellos, que sostenían un vaso de café. Keiran me ofreció el suyo, pero lo rechacé.

—¿Cómo estás?

«¿*Yo*?» Me encogí de hombros.

—Bien. ¿Qué sabéis?

—Ha pasado muy poco tiempo, Trev. Mis chicos apenas han tenido tiempo para analizar la casa y hacer un par de llamadas. —Endureció el rostro un segundo y se metió los dedos por las trabillas del vaquero negro observándome atentamente—. Además, tienes que estar tranquilo. Tú déjame trabajar a mí.

—Quiero saber lo que está pasando. Saber quién le ha hecho esto.

Jarrad se aproximó a mi costado abriendo la boca para interceder, pero el sonido de la puerta abatible llegó desde el lado contrario.

—¿Familiares de Gabriella Winston?

Los tres nos volteamos hacia el médico que sostenía una tablilla que revisaba en esos momentos. Su expresión era seria, pero sonrió y se me quitó un gran peso de encima.

—La paciente ha respondido bien a la craneotomía y ya la han trasladado a la unidad de cuidados. No era tan grave como nos temíamos. Todavía queda pendiente la operación del brazo, pero esperaremos hasta que se reponga un poco de la operación para intervenirla de nuevo.

—¿Entonces está bien?

—Está estable —bajó la cabeza hacia sus notas y se subió las gafas con lentitud—, es una operación complicada. Y una recuperación complicada. Por ahora está sedada y probablemente continúe así unos días más. No le puedo decir nada más.

El alivio se mezcló con un sabor más amargo. Asentí con brusquedad y regresé a mi asiento en cuanto el médico se dio media vuelta.

—Deberíamos irnos al rancho para descansar. Mañana será un día muy largo.

—Kieran te puede llevar de vuelta. Sé que mañana hay mucho quehacer, pero … Yo no me muevo de aquí hasta que la vea

Mi primo se pasó la mano por el pelo y Jarrad se sentó a mi lado con una mirada compasiva.

—No iba por eso, Trev, pero tienes razón. —Sacó el teléfono del bolsillo y lo plantó sobre la rodilla—. John puede encargarse de los muchachos y el tío le ayudará. Mejor nos quedamos.

20. TREVOR

No me había separado de Gaby desde que la habían subido a la habitación. Y, antes de eso, los escasos momentos que iba hasta el hotel a ducharme, cambiarme y regresar. El único que dormía en ella era mi hermano, que era quien la había alquilado y con quien había discutido porque me negaba a dormir allí. O a regresar al rancho. No pensaba estar lejos de ella si me necesitaba.

Si volvía a necesitarme, más bien.

Porque hasta este momento, no se había despertado.

Crucé las puertas del edificio del sheriff como si me llevasen los diablos y recorrí el pasillo a grandes zancadas mientras que uno de los empleados con los ojos muy abiertos me señalaba el pasillo del fondo con disimulo.

Y Kieran, al verme avanzar hacia él, apretó la mandíbula, contrariado.

—Si te molesta verme por aquí, más me revienta a mí tener que venir.

—Trevor…

—¿Qué? —exclamé furioso y varias personas se volvieron hacia nosotros—. ¡Si hubieses contestado al puto teléfono no hubiera venido, *sheriff*!

Mi primo extendió el brazo, agarró el mío y tiró de malas maneras hasta meterme en un cuarto cercano que parecía una especie de almacén o depósito. Cerró la puerta con más delicadeza y señaló una silla metálica mientras él se apoyaba en la pared contraria. Una pared gris y deprimente. Muy apropiado.

—Acabas de comportarte como un descerebrado y aquí soy el sheriff y no solo tu primo.

Eso era una obviedad viéndolo vestido con el uniforme reglamentario, incluyendo el sombrero. Me encogí de hombros con los labios arrugados. Me daba exactamente igual lo que le hubiese podido parecer al resto de sus subalternos. Estaba allí porque necesitaba respuestas.

—Te he estado llamando y no has respondido.

—Porque estaba trabajando, Trev.

—Eso ya lo sé, pero no por ti. Anoche uno de los Buttler me llamó para preguntarme si el culpable era ese tipo al que habíais detenido en un pub de Mason.

Kieran chasqueó la lengua con desagrado y se sentó en la silla contigua rascándose la nuca.

—Malditos bocazas —murmuró entre dientes con la vista fija en un punto del laminado de madera.

Esperé a que añadiera algo más tamborileando los dedos contra las rodillas sin apenas darme cuenta. Después de tantos días a su lado sin soltarle la mano más que para lo básico, a pesar de la insistencia de mi familia, del personal sanitario y de los vecinos que se habían pasado por allí, al final había tenido que hacerlo. Y no para tomarme un respiro, como el resto me habían recomendado. No.

Había sido porque mi primo, que era casi como mi hermano, llevaba evitando mis llamadas desde hacía varios días.

Así que había aprovechado que mi tía Rita había venido de visita con otras dos vecinas para enterarme de lo que fuera que hubiesen averiguado hasta el momento sobre la agresión a Gaby.

Y a partirle la cara a ese tipo al que habían detenido, también.

—¿Me lo vas a contar o qué? —Arrugó la frente y me adelanté antes de que respondiese—. Ni se te ocurra decirme que no puedes.

Está en boca de todos que ayer detuvisteis a uno que estuvo trabajando para Greg Jameson porque tenía algo que ver con lo que le ha pasado a Gaby y quiero saber la verdad.

Se giró evaluándome en silencio unos segundos con seriedad. Como si estuviese debatiendo consigo mismo si debía o no. Lo conocía lo suficiente para saber que debía estar callado y esperar, pero me estaba costando la misma vida hacerlo. Tras lo que me pareció una eternidad se agarró el reposabrazos de mi silla volviendo todo el cuerpo hacia mí.

—Todavía no sabemos quién le ha hecho esto a Gaby, ¿de acuerdo?

—¿Y ese tipo, el tal Green? La señora Staton dice que sigue detenido.

Suspiró y miró al techo.

—De lo que te diga ni una palabra. ¿Me has entendido? Ni a Jarrad. —Asentí y me agarré las manos para detener el temblequeo —. Hasta el momento estábamos investigando la agresión como si estuviese relacionado con el robo de los caballos. A todos los que les he preguntado me han asegurado que Winston no tenía ningún problema con nadie, que apenas se relacionaba, … ya sabes. Y lo único que conocíamos era que habían desaparecido los caballos de la granja de Velasco y que Winston había visto unos movimientos raros en tu rancho hacía unas semanas.

Mi primo se dio cuenta de que no sabía de lo que hablaba. Empezó a explicarse y enseguida recordé que hacía una o dos semanas me había pedido grabaciones de nuestras cámaras de seguridad y que después me había asegurado maldiciendo entre dientes que no habían servido para nada. Ignoraba que había sido Gaby quien le había dado la información.

—¿Crees que ha podido ser por eso?

—Ya no lo sé, Trev. —Se encogió de hombros y golpeó la mesa—. Como has visto, en esta oficina a algunos les cuesta demasiado tener la boca cerrada. Pensé que los dos casos estaban

relacionados. Que quizá los ladrones habían escuchado que alguien los había identificado, aunque no fuera verdad, y eso les hubiese movido a actuar de esta manera. En tus vídeos solo se ven unas sombras borrosas que no pudimos reconocer.

Me retorcí los dedos furioso. Si la habían atacado por algo que había sucedido dentro de mi rancho no me lo podría perdonar nunca. Kieran posó su mano sobre las mías para que me detuviese.

—No ha sido por eso, Trev. Estoy seguro de que el tal Walter Green, al que detuvimos, está implicado en los robos. Por Dios, si yendo medio borracho hasta se ha jactado ante la esposa de Funke, mi ayudante, que es la que nos ha dado el chivatazo. Pero en cuanto lo hemos traído aquí y se le ha pasado un poco la curda lo ha negado todo.

Me removí en el asiento cada vez más incómodo, con la sangre picándome en las venas. Me sentía como un animal y solo tenía ganas de levantarme, buscar a ese hombre y arrancarle la verdad como fuese.

—Así que un ladrón, un criminal, asegura que no es culpable y ya está. Le crees.

—No es tan sencillo. No ha admitido los robos, pero tampoco los ha negado. Hablaba de ello en condicional, añadiendo el «hipotéticamente», como hacen los idiotas de las series de la tele. Es listo y está convencido que no lo vamos a pillar con lo de los caballos. Pero ha negado cualquier relación con lo sucedido a Gabriella Winston o a su clínica y ahí sí que me lo creo.

Me pasé la mano por el pelo de atrás hacia adelante y otra vez para atrás. La risa fresca de Gaby peinándome con sus dedos en la cama y haciendo bromas sobre el desastre que solía llevar en la cabeza me dio un mazazo por dentro. Había mucha diferencia entre esa Gaby y la que estaba tumbada y sin reacción en una cama con la piel fría y de un pálido amarillento.

Rodeé los reposabrazos hasta que los nudillos se me quedaron blancos y me obligué a parar. Y a escuchar.

—¿Por qué lo crees? Gaby no ha tenido ningún problema con nadie desde que ha llegado a Strokeville. Y hasta tú mismo has dicho que…

Kieran levantó una mano para acallarme y me dirigió una mirada compasiva que no me gustó nada. Una muy similar a la que me habían dedicado Jarrad, mis tíos o el resto de mis conocidos en la última semana en el hospital.

—Pues en palabras de ese mismo imbécil: «hipotéticamente, si ya tenemos los caballos, ¿para qué nos vamos a quedar en el sitio en vez de largarnos al siguiente lugar? ¿Y para qué vamos a cometer más delitos? ¿Para que nos pillen?» Al parecer, son un equipo y cuentan con la colaboración de un veterinario o alguien con acceso a los medicamentos que puedan necesitar. No es que lo crea, pero por si acaso he contactado con el compañero de Nuevo México que me puso en alerta para preguntarle si en los anteriores casos ha habido más delitos o si han desaparecido tras los robos. Todavía no he recibido respuesta, pero algo me dice que me he empeñado en buscar donde no era. Al menos, no con lo de Winston.

Asentí menos convencido que él. Entendía su razonamiento para descartarlo si su colega del otro estado confirmaba sus suposiciones, pero me costaba encontrar otros motivos por los que alguien hubiese atacado así a mi Gaby. Si hasta hacía unas semanas apenas se relacionaba con la gente fuera del horario de trabajo.

—Si no ha sido ese tipo o su cuadrilla de cuatreros… ¿entonces quién?

Kieran me dio dos palmadas en la rodilla con la boca apretada y se puso de pie. La reunión había terminado y no necesitaba que pusiese en palabras que la respuesta a mi pregunta era un «no lo sé».

21. TREVOR

Entré en la habitación y la tomé de la mano mientras me sentaba. La silla todavía estaba caliente de lo breve que había sido la conversación.

—Despierta, Gaby —pedí inclinándome hacia ella—. Necesito que te despiertes.

No pasó nada. Los médicos ya me lo habían advertido. En situaciones así y con ese tipo de operaciones, era algo que podía suceder. No se podía predecir cómo iba a reaccionar el cerebro. Podía no despertar nunca incluso, había recalcado el doctor esa misma mañana intentando forzarme a la idea.

Pero era algo que para mí quedaba completamente descartado.

Sacudí la cabeza y metí el teléfono en el bolsillo del pecho pensando que no era lo único. Kieran acababa de confirmar en una llamada de apenas dos minutos que Walter Green, el que había trabajado como ayudante de Greg Jameson, quedaba descartado. Los de Nuevo México habían confirmado que los ladrones habían sido rápidos y meticulosos en cada uno de sus golpes sin dejar más estela tras ellos que su desaparición de los ranchos en los que se infiltraban y la de los caballos a la vez.

Y ningún delito más.

Recorrí con el índice el contorno de sus dedos una y otra vez perdiéndome en su rostro. No había ningún cambio por fuera, ni bueno ni malo. Gaby seguía allí tumbada, con la piel cenicienta y fría y las mejillas hundidas.

—Vuelve conmigo, cielo. Te necesito —cerré los ojos y besé sus nudillos una y otra vez esperando que me sintiese, que abriese los ojos.

Que me sonriese una vez más. La había llamado tantas veces en los días que llevaba en el hospital… y no me daba por vencido a pesar de la falta de reacción en casi una semana. Quizá estaba perdida y si oía mi voz fuera capaz de regresar.

Mi primo había intentado explicarme algo más sobre el caso. Que habían aparecido nuevas pruebas en algún sitio en Arizona con lo que atrapar a los cuatreros y que se iban a llevar a ese tipo. No me interesaba lo más mínimo en este momento. Así que le había interrumpido para volver con Gaby, que era donde debía estar.

Apoyé la cabeza sobre una esquina de la cama y observé su perfil. Parecía más frágil que nunca. Acaricié con cuidado su mentón, casi sin rozarla. Los puntos de sutura estaban más arriba, en el cráneo, tanto los de la operación como los de los golpes que había recibido, aunque ya no había ni rastro de la sangre en la cara o en el pelo. Y el brazo operado y cubierto desde el codo hasta la muñeca que reposaba sobre la cama del lado contrario.

—Gaby. —Cerré los ojos y aspiré con fuerza intentando atrapar el ligero olor a malva que casi no se distinguía—. Ya sé que no es el mejor momento, pero tienes que saber que te quiero. Me has hechizado. No puedes dejarme ahora. Tienes que despertarte y… Vuelve, por favor.

No volvió.

No se movió.

Ni parpadeó.

Tampoco lo había hecho cuando mi hermano entró en la habitación con aspecto cansado y un café para llevar para darme el relevo y que saliese a comer algo.

Ni después, donde el tío Bill se sentó a mi lado durante toda la tarde en silencio.

Tampoco cuando la enfermera entró durante la ronda habitual a comprobar las constantes al filo de la medianoche.

Cansado y con el cuello dolorido por la postura me desperté al amanecer cuando las primeras luces mañaneras me dieron de lleno en la cara. Bajé la vista hacia su rostro y entonces la vi.

Una ligera sonrisa y sus preciosos ojos castaños brillando por mí.

Solo fue un instante. Apenas unos segundos, pero en ese momento me bastaba.

Gaby había vuelto.

22. GABY

Me llevé la mano a la garganta sobresaltada incorporándome tan rápido como podía con la mirada borrosa hasta que fui capaz de fijarla en lo que tenía delante. La ventana de la habitación con las cortinas a medio bajar. Me pasé los dedos temblorosos por el rostro con el brazo bueno sintiendo el sudor pegajoso en la cara.

La silla de Trevor estaba vacía, pero su cazadora de pana gris colgaba del respaldo y algo en mi cabeza hizo clic. Seguía en el hospital, como desde hacía doce días, aunque apenas recordaba los tres últimos con escasa claridad. Y, aun así, me había pasado la mayor parte de ese tiempo durmiendo.

El ruido de la puerta al abrirse violentamente me sobresaltó de nuevo. No había motivo. Quienes aparecieron al otro lado fueron Kieran Gómez con su uniforme de sheriff seguido de Jarrad Woodhall. Tragué saliva con dificultad haciendo una seña de saludo con la cabeza y el sheriff paseó la vista por la estancia analizándolo todo antes de regresar de nuevo a mí.

Cada vez que me miraba daba la sensación de que podía leerme por dentro y, sin querer, volví a tensarme. No era la primera vez que lo veía desde que me había despertado, como el resto de los Woodhall y otros vecinos que me habían sorprendido con sus visitas, aunque la mayoría de esas ocasiones estaban borrosas en mi mente.

—Gaby… —La frente de Jarrad se arrugó con preocupación.

—No ha sido nada. Estaba durmiendo y… No sé.

Apretó los labios y regresó junto a la puerta.

—Mi hermano ha bajado un momento a la cafetería. Lo voy a buscar ahora. —Abrió la puerta y se volvió—. ¿Te quedas con ella mientras?

El sheriff movió la mano hacia el pasillo sin sacarme la vista de encima y dio dos pasos en mi dirección. Mi respiración seguía agitada y la garganta me escocía por el grito que debía haber soltado.

Kieran podía ser el más bajo de los tres primos, pero su autoridad se hacía valer en cada uno de sus gestos, incluso cuando vestía de paisano. Sus ojos recorrieron con rapidez mi rostro, mi brazo herido y subieron a algún punto sobre mi cabeza antes de perforarme con sus vivos ojos negros.

—¿Estás bien, Gabriella?

Sacudí la cabeza con poco entusiasmo.

—Sí, sí. Estaba soñando. No quería preocuparos.

Dio dos pasos más hasta prácticamente rozar las sábanas.

—¿Has recordado alguna cosa? ¿Ahora o en cualquier otro momento? ¿Algo de lo que sucedió en tu cabaña?

Negué con la misma falta de entusiasmo de antes.

Kieran se movió desde los pies hasta la cabecera de la cama sin pestañear. Se sacó el sombrero que retorció entre los dedos por un instante para volvérselo a colocar hundido hasta las orejas, como si se estuviese conteniendo.

—Quiero que entiendas, Gabriella, que, si no me ayudas, yo tampoco podré ayudarte a ti.

—Ha sido una pesadilla, nada más —atajé intentando sonreír para aliviar la tensión.

—No he querido presionarte porque sé que todavía estás convaleciente y los médicos han insistido en que no recomiendan que te forcemos a recordar.

—Y sigo igual. No recuerdo más allá de estar en la clínica atendiendo al caniche de la señora Grass. Ni siquiera sé si fue mi

último cliente. A partir de ahí…

Era la verdad. O casi. Desde que me había despertado mi cabeza no iba mucho más allá de ese momento. Kieran torció el cuello con gravedad, como un profesor de primaria a punto de echar un rapapolvo y yo la alumna que se había portado mal.

—Necesito que colabores, Winston. No hablo solo de eso. Los recuerdos pueden volver o no, pero los dos sabemos que hay más cosas de las que estás compartiendo. —Se detuvo, me observó, pero yo también permanecí callada—. A falta de dónde tirar porque me quedaba sin sospechosos, he investigado tu pasado. Sé que te cambiaste de nombre apenas pocos meses antes de mudarte a Strokeville. —Un frío húmedo descendió por mi espalda—. También sé que unos meses antes de eso sufriste un atropello que te tuvo semanas hospitalizada y que hubo dos personas condenadas por ello.

Me llevé la mano sana a la parte superior del brazo al sentir la picazón en la antigua cicatriz y lo solté en cuanto me di cuenta de lo que acababa de hacer y que el sheriff no se había perdido un detalle. Escondí la mano bajo la sábana y me quedé muy quieta, esperando.

—Los dos sabemos que dos agresiones de esta entidad a la misma persona y por azar son demasiada casualidad. Sobre todo, en un sitio como Strokeville. Desde que soy el sheriff las únicas hospitalizaciones que he tenido han sido por trifulcas en las fiestas y un turista borracho que se cayó por el barranco. Tu nombre sale en un expediente judicial de hace unos diez años al que no he podido tener acceso por ahora porque está bloqueado. Por ahora.

Con la garganta reseca como un estropajo arrugué el ridículo camisón del hospital y sacudí la cabeza incapaz de añadir nada.

—No… no.

La puerta se abrió y Trevor entró a grandes zancadas hasta llegar al cabecero mientras su primo se hacía a un lado. Se inclinó sobre mí y me rozó los labios acariciando mi mejilla con delicadeza.

—¿Estás bien, cielo? Jar me ha dicho que has tenido una pesadilla. Deberías descansar.

Asentí sin fuerzas. Todo de lo que me había intentado alejar, de lo que había decidido huir hacía años ahora había vuelto a mí con una contundencia demoledora. Vi a los tres hombres conversar en voz baja junto a la puerta y poco después a los dos salir mientras que Trevor se sentaba en su silla de siempre.

Cerré los ojos y la secuencia se volvió a reproducir en mi mente. La misma que no sabía si había sido una pesadilla en un sueño o una en la vida real.

Yo llegando a mi cabaña todavía enfadada con Trevor y, sobre todo, conmigo misma, por haberme preguntado «¿a qué tienes miedo» y no haberme atrevido a contestar. Cerrar la puerta de un portazo con la idea de darme una ducha relajante antes de que los Woodhall vinieran a recogerme para la cena y sentir una sensación escalofriante bajándome por la espalda al percibir un olor extraño en mi casa. Algo frío contra mi cuello y una voz que llevaba años sin echar de menos no escuchar susurrar con estridencia contra mi cuello:

«¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿No me echabas de menos, Sara?»

El corazón deteniéndose por la incredulidad. Sentirme paralizada por un instante demasiado largo hasta que fui capaz de reaccionar decidida a luchar. Un grito al girarme para encontrarme con la cara de mi antigua amiga Esme Noobs completamente contraída por el odio y un dolor sordo al recibir un golpe con algo contundente por detrás de la oreja. Con la mente abotargada y un pitido intenso en el oído intenté empujarla, alejarla de mí, mientras pensaba en cómo escapar viendo la puerta a su espalda. Otro golpe en el pecho con una barra de uña de metal me cortó la respiración y me tumbó en el suelo de una patada. Intenté retroceder y sacar el teléfono del bolsillo, pero el golpe en el antebrazo me hizo soltar un aullido con todo desenfocándose por el dolor. Y a partir de ahí se

acababan mis recuerdos, aunque por las lesiones que los médicos indicaron tuvo que suceder mucho más sin que fuese consciente.

Y ahora, al volverlo a recordar, sabía que esa pesadilla era real.

Igual que la vez anterior.

Exhalé despacio entreabriendo los ojos y me encontré con la mirada cálida del color de la miel de Trevor, que no se había separado de mí en todo ese tiempo. Que no había desistido cuando ni los médicos habían creído. Que me había pedido que confiase en él cuando no era capaz de creer en nadie sabiendo que iba en serio. Si quería cambiar de verdad mi vida, ese era el momento. El de dejar de huir y agazaparme como una cobarde en el primer pueblo que me permitiese ser invisible. El de enfrentarme a un pasado doloroso para poder tener un futuro que era mucho más que simplemente vivir.

Apreté sus dedos entrecruzados con los míos para llamar su atención, aunque no hacía falta.

—¿Puedes pedirle a tu primo que vuelva?

23. TREVOR

Un ruido de fondo me sobresaltó y al darme cuenta que era una de las máquinas de una habitación cercana me froté la barba de debajo de la barbilla molesto conmigo mismo. A esas horas el hospital era un lugar casi desierto y mucho más silencioso que durante el resto del día. Nada de las animadas visitas de los vecinos que tanto habían sorprendido a Gaby al demostrarle que era una más de Strokeville. Nada de voces o risas de familiares o sanitarios por los pasillos de camino a las habitaciones contiguas. Solo sombras y ruidos confusos que ni se escuchaban durante el día.

El corazón me latía tan apresurado que me daba la sensación de que se escuchaba más que el viento que golpeaba la ventana con rudeza. Cerré los ojos y conté mentalmente hasta tres para templar los ánimos. Todo estaba tan tranquilo que me ponía los pelos de punta. Igual que en las últimas noches.

Me moví en mi asiento y mi primo me apuntó con un dedo con la expresión más severa que le había visto nunca. Ni a él ni al resto de su equipo le había hecho ninguna gracia que estuviese allí, pero me daba igual.

Había salido del hospital de manera muy visible, tal como me habían pedido. Incluso saliendo en varias publicaciones en las redes de Vera sujetando una cerveza en la mano. Y en cuanto me había asegurado de cumplir con mi parte, había entrado por un acceso lateral exclusivo para el personal sanitario subiendo por las escaleras hasta llegar a la planta de Gaby.

Si me querían fuera de allí iban a tener que detenerme, como poco. Era lo mínimo que iban a necesitar para apartarme de ella.

Todavía se me desgarraba algo por dentro al recordarla susurrando dos días atrás un «tengo que hacerlo, Trevor, porque no me va a dejar en paz: me quiere muerta». Y lo creía de verdad.

No había sido capaz de hacerle cambiar de opinión. O de que me dejasen quedarme con ella en su habitación, al menos. Kieran se había negado en rotundo ignorando mis argumentos y un colega suyo de la oficina de Kerville se había reído en mi cara antes de sacarme de la habitación a empujones.

Uno de los guardias apostado junto a la puerta se llevó el dedo a la nariz y señaló hacia fuera. Kieran tensó los hombros dejando claro que era la señal que llevábamos esperando dos días. Esa maldita mujer, Esme Noobs estaba allí.

Corrí tras ellos, pero todo sucedió muy rápido. Gaby respiraba con dificultad sentada sobre su cama con las mejillas rojas y los ojos bien abiertos. Frágil, valiente y decidida.

Dos fuerzas de seguridad agarraban a la otra mujer, que se sacudía entre sus brazos buscando liberarse mientras chillaba desesperada vistiendo un uniforme de enfermera del hospital. Entré sorteando a los guardias y seguridad del hospital para colocarme junto a su cama a solo un brazo de distancia. Por si me necesitaba.

—Tú jodiste a mi familia. A toda mi familia. Mucho ir de buenecita. Mucho fingir ser mi mejor amiga y al final fuiste una carroñera. Me engañaste, pero bien. ¡Tú tienes la culpa de todo lo que pasó! —Soltó un brazo y el brillo metálico de un cuchillo brilló en su mano derecha—. ¡Tú jodiste a mi familia y lo rompiste todo! ¡Y tienes que pagar!

Uno de los guardias se acercó y la agarró por la muñeca retorciéndosela hasta que el cuchillo cayó al suelo. Había visto su foto en el informe policial del atropello de casi cinco años atrás y parecía una persona diferente, desgreñada, los huesos de la cara demasiado marcados y los ojos verdes inyectados en sangre.

—No es verdad. —Gaby respondió en voz baja, pero firme—. Me culpas a mí porque te es más fácil que aceptar la verdad. Sabes

que el auténtico culpable de todo fue tu padre.

Esme soltó un chillido agudo y desesperado extendiendo los brazos hacia la cama, aunque estaba a más de dos yardas y era imposible que la alcanzase. Su cara afilada se contrajo mostrando un odio por Gaby que me sacudió por dentro. Ella tenía razón. Esa mujer no pararía nunca hasta llevar a cabo su venganza y sacarla del medio.

—¿Mi padre? ¿Mi padre? —bramó sacudiéndose con fuerza con el cabello rizado tapando medio rostro intentando alcanzarla—. Lo mataron en la cárcel como a un perro. Mi madre lo abandonó antes de que empezase el juicio. Mi familia se mudó a Wisconsin. Todo se fue a la mierda. Y todo porque tú tuviste que inventarte cosas y hacer llamadas.

—Vi a tu padre abusar de tu hermana Gena —repuso cruzándose de brazos con la voz temblorosa—. ¿Qué tenía que hacer, Esme? ¿Meterme en tu habitación a esperar a que llegases como si no pasase nada en el cuarto de al lado? Ella tenía doce años y nosotras diecisiete, por Dios. Hice lo que cualquiera hubiera hecho: llamar a la policía. No encubrir el problema.

Un grito de rabia la sacudió y no pude evitar abrazar a Gaby mientras mi primo gritaba por encima de la voz de Noobs que la sacasen de allí de inmediato entre varios guardias. Gaby me apretó el brazo con fuerza hundiendo la cara entre mi codo y mi costado y la escuché sollozar.

No había llorado cuando nos lo había explicado hacía unos días sin recrearse en los detalles o sentimientos, como si fuese algo lejano y que no tuviese que ver con ella. O cuando nos contó que la mayoría de sus conocidos la habían dado de lado tras el atropello, como si fuese algo que le hubiese sucedido a otra persona. Tampoco había cambiado ni un ápice su expresión cuando Kieran nos confirmó que su antigua amiga había salido de prisión por el atropello mucho antes de lo esperado y que su agente de la condicional no era capaz de encontrarla desde hacía más de una semana.

Por un momento pensé que había regresado la Gaby Winston fría y distante que se había mudado a Strokeville casi cuatro años atrás. Pero no.

Pasé mis dedos torpemente por su cabello acariciando su nuca en un intento burdo de calmarla tanto a ella como a mí mismo. La situación me había sobrepasado por completo mientras que ella había sabido mantenerse en calma hasta ese momento. Hacerle frente. Vencer su miedo. Confiar.

—Ya está, cielo. Has sido muy valiente. Mucho.

—No hubiese podido hacerlo sola —respondió muy bajito y entre hipidos rodeando mi cintura.

24. GABY

—¿Estamos listos? —preguntó Trevor de pie sujetando la puerta de su Jeep.

Entrelacé la mano con la suya con una sonrisa.

—Estamos.

Caminamos agarrados despacio hasta el porche del rancho Woodhall. Mi paso era torpe y lento todavía. Últimamente todo parecía ser así a mi alrededor. Pero no me importaba. Por primera vez en mucho tiempo me sentía más ligera, más libre, más yo que nunca. Además, este nuevo ritmo me permitía apreciar mejor otros detalles, como los preciosos tonos azules de los lupines que habían florecido en todo el tiempo que había estado sin acudir por allí.

La puerta principal del rancho se abrió y Rita Woodhall se acercó a nosotros frotando las manos en el delantal.

—Habéis tardado mucho —dijo a modo de saludo agarrando mi brazo sano.

—El médico y Gaby han tenido una pequeña discusión antes de venir —respondió entre risas volviendo hacia el todoterreno.

Su tía se detuvo ante mí con los párpados entrecerrados y contuve la risa. Durante esas semanas en el hospital había pasado tanto tiempo con ella cuando Trevor tuvo que volver a regañadientes a su trabajo en el rancho algunas mañanas que ya había llegado a conocerla bien. Apreté ligeramente su brazo con el mío señalando la puerta abierta.

—Vamos. Necesito sentarme, ya me reñirás adentro.

Rita refunfuñó por lo bajo acompañándome con todo cuidado. Al tirar para subir el escalón de entrada ahogué un gemido, pero se dio cuenta. Todavía tenía el brazo operado en cabestrillo, me dolía respirar hondo por las costillas rotas y al hacer esfuerzos sentía un pinchazo ardiente en una zona concreta de la cabeza. Era normal, según los médicos.

La luz de la mañana entraba con calidez en el salón y cerré los párpados un instante disfrutando del olor a madera, cítrico y lavanda que ya conocía en vez del habitual de los últimos días a desinfectante del hospital que no iba a echar de menos. Pasamos de largo el gran sofá de color coñac con los pasos rápidos de Trevor ya subiendo las escaleras.

La cocina estaba casi igual que la recordaba, solo que la meseta estaba llena de bandejas y platos con lazos y envoltorios. Señalé hacia allí con la barbilla acomodándome en una de las sillas de madera.

—¿Te ha dado tiempo a aburrirte con todo el tiempo que has pasado conmigo? ¿O es que hay un festival en estos días y eres la encargada?

—Lo que hay es que comprar otra nevera a este paso —sacudió la cabeza abriendo la puerta del frigorífico. El interior estaba abarrotado con más cuencos y envases. Rita gruñó, pero sus ojos sonreían—. Se han enterado que te vas a quedar aquí algún tiempo y los han traído para ti. Los de Strokeville.

Pasé de nuevo la vista por la amplia superficie con incredulidad. Allí debía haber más de treinta envases entre guisos, postres y frutas. Sentí una ligera punzada en el pecho. No me había sorprendido que algunos vecinos se acercasen al hospital los primeros días, aunque tampoco era algo que me ilusionase. Esperaba que la noticia de «la pobre chica sin familia a la que su antigua mejor amiga que había perdido la cabeza y la había intentado matar de nuevo en su pequeña ciudad» iba a ser una noticia que iba a correr como la pólvora y que todos iban a querer

verificar de primera mano. Me esperaba miradas compasivas, tonos lastimeros y, quizá, algún reproche que no me apetecía soportar.

Claro que hubo alguna que otra, al igual que un montón de preguntas. Sobre todo, sobre el ataque, la detención de Esme y mis lesiones. Pero si la pregunta sonaba un poco impertinente siempre había un bufido y un Woodhall u otro vecino dispuesto a cambiar de tema. Cuidando de mí. Como si fuese una más. Esperaba que Vera, Anitta o Isabella se pasasen por el hospital de vez en cuando o que al menos enviasen algún mensaje, pero no que toda la comunidad se movilizase.

Me había pasado los últimos casi cuatro años intentando permanecer en un segundo plano. Toda esa energía en cumplir con mi trabajo y aislarme del mundo para evitar volver a confiar y sentirme traicionada y abandonada. O para no pasarlo mal si tenía que volver a escapar dejando una vida atrás. Y ahora, esos mismos vecinos me colmaban de atenciones. No me había dado ni cuenta de cuándo me había convertido en una más de Strokeville, pero al parecer había sucedido incluso a pesar de mí y de mis actos.

Y me alegraba porque allí había encontrado mi pequeño lugar en el mundo.

Había encontrado un trabajo que me fascinaba y que no quería dejar por nada.

Había hecho amigas.

Había encontrado a Trevor.

—¿Qué soléis hacer para agradecer todos esto? —pregunté apretándome la rodilla por debajo de la mesa.

—Depende de lo buena vecina que seas —respondió abriendo una alacena y sacando varios platos—: una nota de agradecimiento, un pastel, una invitación a tu boda…

La risa de Trevor me sorprendió. Había sido rápido al dejar mis maletas en su habitación.

—Tía… —replicó acercándose para besarla en la mejilla antes de sentarse a mi lado pasándome un brazo por encima para que me recostase en su costado con comodidad mientras Rita sacudía las manos en el aire desentendiéndose.

Alguien me había hecho un regalo que no pensaba desaprovechar. La vida me había regalado una segunda, o quizá tercera, oportunidad y esa vez la iba a aprovechar de verdad. Ya no más esconderme y huir. Estaba dispuesta a vivir de verdad, a arriesgarme, a dejarme llevar. A sentir.

Y esa mudanza al rancho Woodhall era una gran apuesta.

—Mejor enviamos las notas de agradecimiento —bromeé apoyándome en su costado y Trevor me dio un beso en el pelo—, que no soy tan buena cocinera.

—No, no lo es, tía. Créeme.

Intenté pellizcarle, pero el movimiento me arrancó un quejido de dolor. El trajín en la cocina seguía ante los dos. Todos en el rancho habían estado de acuerdo en que me mudase aquí, incluida yo. No podía dejar mis cosas eternamente en la cabaña, pero en esos momentos me veía incapaz de regresar allí con la vivencia tan cercana sin que me asaltasen los fantasmas. Sabía que no tenía que preocuparme por mi antigua amiga Esme porque tras la detención la habían encerrado provisionalmente a la espera de juicio y estaba recibiendo tratamiento psicológico tras los informes médicos que declaraban que lo necesitaba.

Trevor había intentado convencerme alegando que todavía necesitaba ayuda para algunas funciones básicas y yo le había dejado creer que había funcionado cuando el motivo principal para aceptar era él.

No me quería despegar de él.

El sheriff nos había tenido al tanto de las novedades que se habían producido en los casos. En todos ellos. Aún quedaban flecos sueltos, pero la información había corrido como la pólvora por la ciudad, aunque no siempre era correcta. Y por eso Kieran se había

tomado la molestia de mantener al día a su primo. Esme no había tardado en confesar que había sido ella la que había forzado la entrada de mi clínica y la había destrozado en un acceso de ira tras esperarme durante varias horas allí encerrada sin que yo apareciese. Y había tardado en actuar porque desde el supuesto robo no había estado casi nunca a solas en la cabaña.

Y, al parecer, ese día se había cansado de esperar.

Todavía no habían averiguado cómo había logrado localizarme tras su salida de prisión porque se había negado a añadir nada más. A los pocos días de su salida había desaparecido y no habían sido capaces de seguir el rastro para tener una pista.

Si los Woodhall no hubiesen sido tan puntuales al recogerme para ir a cenar, Esme se habría salido con la suya y al fin habría conseguido lo que intentó desde el atropello. Trevor no me había contado demasiado de ese momento. Apenas un par de palabras y por lo demás estuvo callado. Demasiado. Pero cada vez que alguien lo nombraba sus ojos refulgían de furia y rabia en esos ojos castaños normalmente melosos. Más de una vez en el hospital había abandonado la habitación tras asegurarse de que me quedaba en buena compañía y no había regresado hasta un buen rato después más calmado.

Había sido Jarrad el que me había explicado que se había quedado en shock, que situación lo había sobrepasado por un momento y lo entendía. Me costaba pensar en cómo reaccionaría yo en su lugar. Pero antes o después tendría que abrirse y comentarlo conmigo para poder dejarlo atrás.

—Deberíamos organizar una comida o repartir parte de todo esto entre los muchachos o estaremos comiendo sobras un mes. Por cierto, esas dos amigas tuyas tan deslenguadas han llamado ya dos veces, seguro que se pasarán antes de que terminemos de comer.

—Cuento con ello, también me han escrito al móvil.

El teléfono de Trevor sonó y se separó de mí enseñándome el nombre de su primo en el identificador. Sonreí obligándome a

respirar con tranquilidad. No había mucho más de lo que Kieran nos pudiera informar, pero solo de pensar en nuevos problemas me erizaba la piel.

Lo último había sido lo de la granja de los Velasco. Tras un par de visitas del sheriff y sus ayudantes el matrimonio había admitido que no sabían si los caballos desaparecidos habían sido robados o solamente se habían escapado, aunque no sería la primera vez que sucedía lo segundo por el mal estado de la finca. Y al matrimonio se le había ocurrido que podían conseguir un poco de dinero del seguro sin hacer daño a nadie si su caso se cerraba como un robo. Necesitaban el dinero y esa era una oportunidad, aunque al final no habían conseguido nada.

—¿Estás bien? —me preguntó al regresar apenas unos minutos después—. Pareces cansada.

—Lo estoy. ¿Qué te ha dicho?

—Nada importante. Que el misterio de a quiénes viste aquella noche en el rancho colándose en el cobertizo se va a quedar así de momento.

Me agarró con cuidado llevándome hasta el cómodo sofá del salón que se hundió en torno a mí de una manera muy reconfortante. Mi cuerpo se quejaba por el esfuerzo de estar sentada en una silla rígida, pero mi mente reclamaba un poco de acción, de volver a los establos, de hacer algo más que descansar todo el día. Aún así, tocaba acostumbrarse. Los médicos habían sido muy claros al respecto: la baja duraría al menos dos meses más si todo avanzaba correctamente. Y no me pensaba arriesgar con una mala recuperación.

Se separó y volvió con una manta ligera de color claro que colocó sobre mis rodillas. Arrugué la nariz a sabiendas de que no iba a servir de nada y me relajé hundiendo la cara en el respaldo y se me escapó un bostezo. No quedaba más que una hora para la comida, pero los párpados me pesaban demasiado.

—Duerme una siesta, tienes que descansar. Estaré en la cocina por si me necesitas.

—No —estiré el brazo atrapando su muñeca antes de que se apartase—. Quédate aquí conmigo.

—Descansarás mejor si no estoy aquí.

—Eso es imposible. Solo hasta que me quede dormida.

Trevor refunfuñó de una manera similar a la que antes lo había hecho su tía, pero se sentó a mi derecha pegando su pecho a mi costado. Inspiré su aroma tan familiar usando su hombro como almohada y sonreí con los párpados bajados al sentir sus dedos danzando en mi pelo.

Estaba casi dormida, pero esperaba que me entendiera porque no era algo que me fuese fácil decir.

—Te escuché mientras dormía, Trev. Yo también te quiero.

Él me acarició las pecas de la nariz que tanto le gustaban y me pegó más a su torso con delicadeza. Solo escuché un suspiro y añadí:

—Y me debes una cena.

25. EPÍLOGO TREVOR

Me volví sobre la montura al no escuchar el trote de su yegua y la vi detenida junto a unos árboles acariciando la crin mientras el ejemplar parecía olisquear algo a sus anchas.

—¿Para qué te detienes ahí? ¡No vamos a llegar nunca!

Gaby se encogió de hombros echándose a reír y señaló la cabeza del animal hundida entre la hierba.

—¿Sabes cuando me dijiste que el caballo tenía que saber quién mandaba? Pues Haze tiene claro que no mando yo.

Soltó otra risotada tirando por las riendas y su nuevo caballo se volvió ligeramente hacia ella antes de bajar el pescuezo de nuevo. Su cabello castaño oscuro brillaba con los últimos destellos de la tarde y una sensación cálida me inundó por dentro. Y otra vez más me pregunté si siempre iba a ser así cada vez que la viese sonreír. Había tenido que cortarse el pelo para igualarlo con las zonas rapadas por las suturas y la operación y todavía no le rozaba los hombros. Ella se quejaba porque se le escapaba cada vez que se hacía un recogido, pero para mí estaba perfecta.

Animé a mi caballo para que se acercase hasta ellos y palmeé la grupa de la yegua dos veces. Al instante respondió irguiéndose y siguiendo al mío. Haze era una buena yegua: mansa, tranquila y leal. Por eso la había elegido para ella de entre todas las que teníamos. Porque era una buena yegua con la que aprender a montar y que se sintiese segura.

Decidió aprender durante los meses en que vivimos en el rancho con el resto de mi familia y entre todos la enseñamos. Al

principio pensé que lo hacía por encajar, porque todos en el rancho montábamos, incluyendo a las cuadrillas. Quizá fuera así, pero se aficionó tanto que Haze nos pareció el mejor de los regalos.

—¿A dónde vamos? Pensaba que volvíamos al rancho a dejar a los caballos antes de volver a casa. Tengo hambre.

—A este ritmo, a ningún lado. Venga.

Ya no vivíamos allí. En cuanto estuvo completamente recuperada alquilamos una vivienda pequeña en el centro de Strokeville, a tres manzanas de su clínica y ahí habíamos vivido juntos hasta ahora. Ella no podía conducir en aquel momento, así que estar lo más cerca posible de su trabajo era lo correcto.

Señalé sus piernas con la barbilla y tras sacarme la lengua las apretó manteniéndose erguida. El animal respondió y mi montura y yo las secundamos, aunque a un ritmo mucho menor al que estaba acostumbrado cuando cabalgaba en solitario o con mi hermano. Estaba a punto de atardecer y quería que fuese el instante perfecto. Quería que ella llegase primero y lo viese.

Me puse junto a ella y apunté la barbilla en la dirección correcta antes de que siguiese por el sendero de su derecha. Gaby abrió mucho la boca y la cerró media docena de veces con los ojos bien abiertos. Soltó las riendas llevándose las manos a la boca con los ojos brillantes y supe que todo el esfuerzo de los últimos meses había valido la pena.

Gaby no había querido volver a su cabaña ni para recoger sus efectos personales. La única vez que lo habíamos intentado se había puesto a temblar como una hoja con la respiración agitada en cuanto puso un pie en el umbral y Vera Stanway se la había llevado casi al instante dejándonos a Anitta, a mis tíos y a mí recogiendo y al siguiente día ya no la lleve para terminar de meter en cajas sus cosas.

Todavía iba una vez a la semana a terapia y estaba de acuerdo con ella y su terapeuta conque había avanzado mucho. Su relación con gran parte de los vecinos había cambiado para mejor y

ya no se mostraba tan reservada como antes, pero aquello todavía era un punto doloroso del que no hablábamos a menudo a pesar de que ya había transcurrido un año.

Aun así, los dos sabíamos que la cabaña había sido su lugar favorito de Strokeville. Y, más que la vivienda en sí, aquella terraza con vistas a la montaña en donde le encantaba disfrutar de una copa de vino al terminar la jornada y eso lo había perdido. El piso alquilado tenía un balcón que daba a la parte trasera de la casa de los Smith y no era lo mismo.

—¿Es tuya?

Me bajé del caballo y la ayudé a bajar del suyo llevando a ambos animales hasta un poste cercano.

—Es nuestra, cielo.

Sacudió la cabeza con incredulidad, cruzó el brazo con el mío y me apretó el antebrazo sin sacar la vista de encima de la cabaña que había construido para ella. Solo por esa sonrisa merecía la pena todo el trabajo extra que había tenido esos meses. Una cabaña casi idéntica a la suya, aunque un poco más grande en aquellos terrenos que le había enseñado hacía ya un año.

Una cabaña con una amplia terraza de madera que daba directa a las impresionantes vistas de la montaña y el bajo bosque donde nos esperaba servida una cena fría y dos copas de vino. Entrecruzó los dedos con los míos y fuimos hasta allí.

—Esto es increíble, Trevor —susurró antes de darme un beso suave en los labios—. Me encanta. Me parece… increíble…

Había estado muy ocupado, en un rancho nunca faltaba trabajo así que había tenido que escatimar horas y trabajar de sol a sol para no descuidar el negocio ni la construcción y había valido la pena. Nos sentamos en las sillas de jardín viendo como el sol comenzaba a esconderse tiñendo el cielo de colores anaranjados intensos. Gaby lo entendió al instante y me tendió una copa con los ojos brillantes. Si esa iba a ser nuestra primera noche allí teníamos

que empezar con buen pie para que nos trajese tanta suerte como el año anterior. Nunca había imaginado que podía ser tan feliz.

Gaby dio dos largos sorbos con la vista perdida en el horizonte sin decir una sola palabra más. A esas alturas, ya no hacía falta. Enganché su mano con la mía, besé sus nudillos y la posé en mi muslo disfrutando de las vistas en silencio.

Teníamos todo el tiempo del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace https://www.facebook.com/dulcemartinezwri